

SECCIONES

01 EDITORIAL

POLÍTICA Y ECONOMÍA

03 Derecha burra e izquierda caviar, por Carlos Díaz

EDUCACIÓN Y TERAPIA

05 La salud mental en tiempos de pandemia,

por Alejandro Rocamora Bonilla

09 La persona como lugar geométrico, por Ignacio Barcala Calvo y Antonio Martín Barcala

12 Amor y sordoceguera, por Antonio Calvo

PENSAMIENTO

14 El tontón y la muerte en el pantano, por Benito Estrella

16 Charles de Foucauld, por Carmen Herrando

OFICIO DE ESCRIBIR

19 Relámpagos en la oscuridad, por Antonio Calvo

20 RINCÓN BIBLIOGRÁFICO

CARTA DE LOS LECTORES

25 Carta a Benito Estrella, por Luis Miguel Margüenda León

ANÁLISIS

El medio ambiente en la encrucijada

PRESENTACIÓN

28

El medio ambiente en la encrucijada.

Entrevista a Federico Velázquez de Castro

INSTITUTO E. MOUNIER (SEVILLA) 29

El cambio climático: la emergencia global

DELIA GUTIÉRREZ RUBIO 35

La biodiversidad, amenazada

CARLOS GONZÁLEZ PUENTE 41

Crecimiento económico. ¿Hasta dónde?

¿Lo soportará el Medio Ambiente Integral?

ADOLFO SALTO SÁNCHEZ DEL CORRAL 45

No hay vacuna ecológica para este animal vacuno

CARLOS DÍAZ 50

Ecología y los pobres

VÍCTOR CODINA SJ 52

De la ecología como religión a la conversión ecológica de la religión

LUIS FERREIRO 56

Ecología humana, ecología integral

GONZALO TEJERINA ARIAS 61

LUIS FERREIRO, DIRECTOR DE ACONTECIMIENTO

En busca de un encuentro entre ecologismo y personalismo

El nacimiento del ecologismo moderno con un grito de dolor y denuncia por la conducta humana con la naturaleza, completamente razonable y justificado, ha conducido a una polémica en la que se enfrentan dos imágenes distorsionadas del ecologismo y del humanismo. Por un lado, algunas corrientes del ecologismo tienden a desenmascarar un humanismo que para ellos es una justificación del ecocidio. Por otro lado, basándose en la idea de la dignidad humana, las corrientes más humanistas del pensamiento ven en el ecologismo una deificación de la naturaleza y una desvalorización de la humanidad.

En estos términos polémicos la confrontación entre ambas corrientes pone en primer plano aquellos aspectos de ambas más sospechosos, oscuros o que más se prestan a ser malentendidos y tergiversados. En esta perspectiva, el desarrollo del debate deriva hacia la hegemonía de una visión sobre la otra, en la que cualquiera que se pudiera imponer lo haría sacrificando la verdad del contrario y ejecutando unilateralmente su propio programa, incluyendo su lado más siniestro.

Siendo lúcidos hay que saber discernir que hay diversidad de ecologismos y no todos son aptos para un entendimiento, pero hay que saber encontrar la razón que les asiste, aunque su expresión no sea acertada. Por otro lado, no todo el que

Continúa en la página siguiente →

dice ¡humanismo, humanismo! puede ser aceptado como humanista; por desgracia hay demasiada ganga que quiere relucir como metal noble. El discurso humanista muchas veces esconde intenciones inhumanas, resultando un expediente persuasivo que adorna y camufla proyectos perversos para la misma humanidad, cuánto más para la naturaleza.

Por tanto, es prioritario situar el diálogo sobre la base del reconocimiento de la verdad profunda del ecologismo y del humanismo, ayudándose mutuamente a clarificar los conceptos y purificar las intenciones. El núcleo del debate, en el fondo, es el puesto del hombre en el cosmos, su acción y sus fines. Pero antes del lugar que ocupa el hombre hay una cuestión previa: ¿qué es el hombre?

La respuesta del personalismo comunitario se desmarca y denuncia una antropología capitalista que concibe al hombre como un ser competitivo y ejecutivo, que lleva a cabo proyectos que crean una riqueza material y mensurable en dinero, cuya realización justifica el sacrificio de la naturaleza en aras de su artificio abstracto y egocéntrico. Esa actitud de creación destructora del capitalismo, descrita por Schumpeter, no sólo se vuelve ciega para los valores naturales, sino que, enloquecida, degrada conjuntamente a la naturaleza y a la humanidad, en cuanto el hombre y la sociedad se convierten también en materia prima del proceso de acumulación capitalista, de manera que la contaminación y agotamiento del medio y el envilecimiento del hombre son resultantes del proceso de enriquecimiento de unos pocos.

El ecologismo debe entender que esta versión del hombre es una deformación que no se debe a una naturaleza innata, sino que se ha hecho así, apartándose de sus posi-

lidades esenciales más sanas y auténticas. Cuando algunas corrientes fundamentalistas del ecologismo, para defender valores intrínsecos de la naturaleza declaran una cruzada antihumanista, se confunden y toman esta figura histórica del hombre como si fuera su esencia eterna sin remedio ni esperanza. Pero en conjunto, creemos que el ecologismo puede desarrollar el sentido del hombre como un elemento básico de su propia lucha de liberación.

El personalismo comunitario también es una praxis liberadora. Se sustenta en la noción del hombre como persona, núcleo de relaciones esenciales con otras personas y con otros seres, que se hace responsable de ellos, que es fiel a una constelación de valores entre los que se encuentran los de la naturaleza y que, cuando se descubre criatura, se sabe en relación de fraternidad con todas las criaturas. De ahí que la liberación personal, la liberación de la humanidad de todo lo inhumano que la esclaviza, sea una vía de liberación de la propia naturaleza, posiblemente la única realista y eficaz.

La naturaleza y la mayor parte de la humanidad comparten la condición de víctimas de una dominación inhumana, cuya dinámica es destructora de ambas. Naturaleza y humanidad son objetos de un complejo económico, científico-técnico y cultural cuyo proyecto incluye la propia transmutación de ambas, la interferencia en la naturaleza de la naturaleza y en la humanidad de la humanidad. Por eso, si el ecologismo incluyera el antihumanismo erraría el tiro, que habría que dirigir hacia el poderío de un núcleo decisorio, inspirado en un nihilismo que desconoce tanto los valores de la naturaleza como los de la humanidad, y que ha instaurado la hegemonía de los valores de utilidad para provecho propio.

BOLETÍN DE SUSCRIPCIÓN POR DOMICILIACIÓN BANCARIA

Fotocopie y envíe este formulario

Para enviar a la Fundación E. Mounier (Melilla, 10 - 8° D / 28005 Madrid)

Nombre _____ Apellidos _____

DNI _____

Domicilio _____

Población _____ Provincia _____ C.P. _____

Correo electrónico _____

Banco o Caja _____

Domicilio de la entidad _____ C.P. _____

Código IBAN (International Bank Account Number) (escriba todos los números)

--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--	--

Importe: _____ €, que corresponden a (marque lo que corresponda):

☐ Suscripción a la revista *Acontecimiento* (4 números, 16,00 €)☐ Cuota de socio del Instituto Emmanuel Mounier (desde 35,00 €/año)(la cuota incluye la suscripción a *Acontecimiento*).

Para enviar a su Banco o Caja

Lugar y fecha _____

Banco o Caja _____

Domicilio de la entidad _____

C.P. _____

Agencia N.º _____

N.º de cuenta _____

Sr. Director de la Sucursal:

Le ruego que, hasta nuevo aviso, se sirva abonar los recibos presentados por la Fundación Emmanuel Mounier con cargo a mi C/C o Libreta de Ahorros.

Firma:

Titular _____

Domicilio _____

Población _____ C. P. _____

Carlos Díaz
Filósofo

DERECHA BURRA E IZQUIERDA CAVIAR

La derecha agarra la pasta y no se hace fotos; se rodea de farándula y de morralla, pero es como baratija de feria de timadores y trileros, la España cutre de Puerto Hurraco aunque la mona se vista de seda con sus cacerías, princesas que pringan con sus aceites y sus cremas. Cultura cero. La playa, el pescáito, los yates, y los negocios sucios que no pasan por Hacienda. Es la España de los españolistas patrióticos y del pelo gomoso terminando con un caracolillo en la nuca. Es la España de pachanga y pandereta que no acaba, de las jacas, de las marismas, de las romerías, de los desmayos desbordados por la cursilería afectiva de los sombreros de feria, y de todo ese peso muerto, lastre emocional y ruina económica siempre necesitada de subvención. Sólo pido que no me entierren en el mismo ataúd con una pareja de la guardia civil para vigilarme y de paso para ahorrarse el sepelio, porque les robo la pistola y salgo como sea de ese pudriero pegando tiros. La derecha amante de su prole y ladrona del salario para las proles de los hijos de los jornaleros, aparentadora, culera, de alta cuna y de baja cama, el espíritu burgués de esa España mediocre es el *Australopitecus* en la evolución de las especies. Dejémoslo aquí; en su favor digo que esta gente no engaña a nadie, más o menos tranquilos en su tribu.

Esta derechona analfabeta linda con la izquierdita cobarde de colmillo retorcido, con un pensamiento presuntuoso pero vacío, violentador, chueco, alabeado, reducido a la información de la solapa de los libros, los pocos libros que dicen leer, siempre que estén de moda y salgan en las listas de éxito. La especialidad de esta izquierda, que viste con falsa ropa de *boutique* y aspira a parecer lo que no es, esa especialidad es la de no creer en nada, o sea, lo más parecido a los sepulcros blanqueados. Sus Borjamaris pasean perros con pedigrí, y sus perros con pedigrí les pasean a ellos, pues son la misma raza. Son dúctiles, maleables, proteicos, combinan con todo; convive con ellos y a la semana de haberles conocido ya estarás aburrido de su rebañega dependencia respecto de la *socialité*. Algunos de

sus miembros y miembras han estudiado en universidades privadas, las peores científicamente, las más caras, y las más vendidas a su clientela, pero las más desarrolladas en la producción de beneficios secundarios, círculos de influencias, etc.

Todo es marketing en la gaya izquierda. Los modernos, izquierdistas por supuesto, no dan un paso adelante sin el sondeo de opinión y sin las encuestas favorables, su credo único. Actúan según el barómetro de lo políticamente correcto, y sin convicción alguna mienten como cosacos; diciéndose de izquierdas, lucen sus sostenes y sus bragas de oro, por donde transpiran. Camaleón es el demótico de estas izquierdas de goma espuma que no creen en nada de cuanto ellas mismas proclaman, excepto en la necesidad de ser vistas, conocidas, reconocidas, admiradas y vitoreadas por las clases medias y bajas, las cuales introyectan el perfil de sus ídolos glamurosos a los que tratan de mimetizar, sobre todo si con ello los medios les proporcionan un *casting*, o un minuto de gloria en la tele declarando su amor eterno a algún tarado o tarada lleno de tatuajes, en busca de un culebrón y algunos euros.

En los últimos tiempos las heterodoxias constituyen el credo de la izquierda fina: todo tiene que ser distinto, diferente, lábil, descodificado, líquido, borroso. Madres solteras, empobretadas emprobetadas, parejas inestables, sin que nadie tasque el freno de su voluptuosidad y con resultado de muertes violentas por lo que llaman violencia de género, y toda esa geografía patética sostenida con todo lujo por la seguridad social y por los honrados contribuyentes.

Por sobre todo está, sin embargo, el prestigio de la sexualidad azarosa. Las/los manifiestan su orgullo gay en su calidad de izquierdistas *trasgresoras* de lo que haga falta, incluso si hay que cambiar de género se cambia, porque el sexo es de quita y pon y se consume en infinitas combinaciones. Si eres homosexual, aunque seas más de derechas que el Banco Santander, puedes montártelo como te dé la gana, ganita, gana.

«¡Ah, ya salió el católico Carlos Díaz reaccionario y de derechas!». Pero no, de veras que no. Vaya por delante que el lugar por donde entren o salgan las púndas y el orgasmo con que se lo coman me da exactamente lo mismo, aunque tener que decir esto ya me suponga un poco de violencia, pues parece una solicitud de benevolencia a los perdonavidas izquierdosos, excusa no pedida acusación manifiesta. Me molestan lo mismo los mariquitas, las machorras, los efefos porculeros y los machos alfa, por mí que les folle un pez volador.

Lo que aquí se está diciendo para gente con entendaderas es que ese identificar izquierda con pompa es propio de cretinos y cretinas más de derechas que Ana Botín, aunque los seductores seducidos por la memez de la modernez vayan por la vida marcando moda posmoderna o ultramoderna. No ha habido en la historia un cambio de paradigma más grande. Se es de izquierdas según la capacidad de que se disponga para abrir tendencia y canalizar la moda.

Sin embargo, lo primero que hay que hacer para ganar la medalla de la modernidad es dar sentido a la vida. Poner en el sexo la diana del sentido de la vida es propio de vidas aburridas que carecen de toda vinculación con lo real, excepto con su fase anal. Cuantos modernos he conocido han coincidido en renegar del poder de lo real, porque no sabían nada del poder de la verdad.

Frente a tanta ideología (poder de la mentira), y por supuesto contra nuestra propia limitación, a las personas no tan *modernas* nos corresponde una función de higiene pública mental. Contra esa policía política travestida de izquierdismo que desfigura los mínimos de salud mental social y el rigor intelectual comunitario, contra esa policía política *izquierdista* con la cual inductra el maestro vulgar, vigila el inspector sumiso, sentencia el juez cómplice, castiga la ley, refuerza el *orden* público, y gobierna el Estado, contra ese montón de trivialidad es necesario diagnosticar de otro modo, es decir, llevar a cabo un conocimiento (*gnosis*) a través de (día) la derrota del vacío nihilista que todo lo destroza, también las técnicas baratas de huida como la meditación trascendental, que no es sino intrascendente embobamiento, la terapia del renacimiento que es la psicología de patrón y de mandarín, es decir, todo ese universo de paranormalidades y de anomalías, las cuales son cultivadas hoy como lo normal y lo meritario por obra y gracia del gimnasio como canon de moralidad.

Pero buscar la continuidad de la discontinuidad debería conllevar también la búsqueda de la discontinuidad de la continuidad, de la comunidad de verdades y de la comunidad de mentiras. Aquí me tienen, llévenme cuando quieran al paredón. Pero no barro, no barro, y no barro.

Alejandro Rocamora Bonilla
Psiquiatra¹

LA SALUD MENTAL EN TIEMPOS DE PANDEMIA

1. ¿QUÉ ES LA SALUD MENTAL?

Existen dos definiciones de salud mental que son mis favoritas: una es del Congreso de Médicos y Biólogos de lengua catalana del año 1976 y otra de Freud. La primera dice así: «La salud mental es aquella manera de vivir que es gozosa, autónoma y solidaria». Es decir, pone el énfasis en el bienestar personal, partiendo del convencimiento de que el ser humano es único e irrepetible y por lo tanto necesita mantener su autonomía, lo que no es óbice para que tenga en cuenta al otro y sea solidario.

Y Freud, ya anciano, pues era el verano de 1939, ante la pregunta de un periodista de qué era para él una persona sana, madura e integrada en la sociedad, responde de forma breve e intuitiva: «Amigo mío, cualquier persona capaz de amar y trabajar». El periodista, que esperaba un largo discurso, se quedó sorprendido con la brevedad de la respuesta. Amar, como necesidad del ser humano de proyectar sobre otros sus propios afectos y también recibir de los demás valoración y aprecio; y trabajar, no como sinónimo de realizar una tarea remunerada, sino más bien como la posibilidad que toda persona tiene de modificar la realidad y de crear. De alguna manera, V. Frankl completa esta visión al insistir que en la realización de «valores creativos» y «valores vivenciales», junto con los «valores de actitud», la persona encuentra el sentido en el sufrimiento, la culpa o la muerte. Aquí se confirma el aserto de V. Frankl, cuando en varias ocasiones afirma que se considera un enano encima de un gigante (Freud), pues consigue una visión más amplia y por esto incorpora también los «valores de actitud», como esenciales para encontrar el sentido.

La salud mental, en definitiva, es el resultado dialéctico entre el sujeto (en su totalidad) y el ambiente. Este proceso dialéctico puede ser progresivo o recesivo; es decir, puede proporcionar un avance o un retroceso en la evolución del individuo. Es más, esta dinámica no es lineal, sino que puede hacer un «curso quebrado», con paradas, avances y retrocesos, dependiendo de múltiples factores y, sobre todo, de cómo el sujeto va elaborando los diferentes acontecimientos de su vida.

2. LA PANDEMIA COMO ADVERSIDAD

Adversidad, del latín *adversitas*, es la cualidad del adverso. Se refiere a algo o alguien que resulta desfavorable, contrario o enemigo. Es decir, la adversidad es una situación difícil de sobrellevar y que rompe el devenir de la vida cotidiana de un ser humano. En un sentido amplio, podemos considerar como adversidad, además de una situación desfavorable, todas las dificultades o problemas que surgen en la vida de una persona.

Como bien dicen Zukerld y Zonis (2011) «la adversidad se refiere a aquello que se presenta como contrario a alguien o a un determinado devenir. Es decir, se trata de una oposición o como se dice coloquialmente, una contrariedad, palabra que explicita el sentido de lo antagónico».

La adversidad, pues, está presente en nuestras vidas y es como la masa que empasta todos los acontecimientos. Así como no podemos concebir un empedrado sin cemento tampoco podemos pensar en una existencia sin adversidades. Es más, toda biografía está jalonada de conflictos que nos pueden ayudar a ser más felices. Incluso podríamos decir que las adversidades son

1. Alejandro Rocamora Bonilla (La Pueblanueva, Toledo), ex-adjunto de psiquiatría en un centro de salud mental de la Comunidad de Madrid, ex-profesor colaborador de Psicopatología en la Facultad de Psicología de la Universidad Pontificia de Comillas (Madrid). Estuvo en el inicio del Teléfono de la Esperanza y ha colaborado en esa institución durante más de cuarenta años. Es profesor del Centro de Humanización de la Salud (CEHS) y socio fundador de la Sociedad Española de Suicidología. Con formación en las orientaciones psicodinámica, humanista y logoterapia.

necesarias para constituir nuestra personalidad, como las olas y las tormentas marinas son precisas para formar a un buen marinero.

La pandemia también la podemos considerar como una adversidad general, pero también personal y subjetiva. Nuestra reflexión pues se centrará en las consecuencias de la pandemia de la COVID-19 en las personas sufrientes, vulnerables y los cuidadores.

3. LA SALUD MENTAL EN TIEMPOS DE PANDEMIA

3.1. Algunos datos estadísticos

Según algunos estudios de epidemias anteriores, los síntomas presentes durante la cuarentena pueden derivar hacia problemas de salud mental, en las etapas posteriores. Así, en el SARS (síndrome respiratorio agudo grave) en 2003, se pudo evidenciar que cerca del 35% de los supervivientes reportaron sintomatología psiquiátrica, y en el MERS-COV (2012), síndrome respiratorio del Medio Oriente, alrededor del 40% de las personas afectadas requirieron de una intervención psiquiátrica (Kim H-C *et al.*, 2018).

En un metaanálisis, Hurcaya-Victoria (2020) concluye que la pandemia de la COVID-19 puede provocar las siguientes patologías: un incremento de la ansiedad por la salud, es decir, una preocupación excesiva por la salud y en otras ocasiones, todo lo contrario: manifestándose conductas de alto riesgo (no cumplir con la distancia social, no ponerse las mascarillas, etc.), como un desprecio por la propia salud.

En un estudio chino iniciado en la fase inicial de la pandemia en 1.210 personas se detectó lo siguiente:

- El 13,8 % presentó síntomas depresivos leves.
- El 12,2 % síntomas depresivos moderados.
- El 4,3 % síntomas depresivos graves.

El trastorno por estrés postraumático fue descrito por Liu *et al.*, (2020) con una prevalencia del 7%. Y, por último, se ha puesto de manifiesto que los profesionales sanitarios han sido una población diana de la repercusión psiquiátrica manifestando trauma vicario y desgaste por empatía.

Otros datos: Una encuesta realizada por expertos de la Universidad de Pekín ha encontrado que un tercio de los profesionales sanitarios sufrió algún tipo de

problemas psicológicos, y otro estudio, de la Sociedad China de Psicología ha encontrado que un 42,6% de 18.000 ciudadanos chinos analizados dieron síntomas de ansiedad en relación con la COVID-19, y un 16,6% de 14.000 examinados mostraron indicios de depresión en diferentes niveles de gravedad (Vidal Liy, 2020).

Por esto podemos concluir con la OMS y OPS (2006) que los trastornos psíquicos inmediatos a sufrir en una epidemia pueden ser: depresión, estrés transitorio, conductas violentas y consumo excesivo de alcohol; los efectos tardíos pueden ser: duelos patológicos, trastornos adaptativos, manifestaciones de estrés postraumáticos, abuso de consumo de alcohol u otras sustancias adictivas y trastornos psicósomáticos. También puede aparecer miedo generalizado y ansiedad y tristeza.

3.2. Pandemia y valores

La pandemia por el coronavirus la podemos considerar como una crisis tanto a nivel comunitario como individual. Siguiendo a Caplan (1964, p.5) podemos definir la crisis como «un período transicional que representa tanto oportunidad para el desarrollo de la personalidad, como el peligro de una mayor vulnerabilidad al trastorno mental, cuyo desenlace, cualquier ejemplo particular, depende hasta cierto punto de la forma que se maneje la situación».

Es evidente que toda situación de crisis pone de manifiesto tanto nuestras debilidades como nuestras fortalezas. En definitiva, el proceso de sanación consistirá en disminuir al máximo las primeras y potenciar las segundas. Y esto debe ocurrir tanto a nivel individual como grupal o comunitario.

Durante la pandemia por la COVID-19, a nivel personal, se ha puesto en valor los siguientes aspectos:

- A. La cara positiva del ser humano: aquí podemos señalar la solidaridad, la esperanza, la confianza y la responsabilidad, como los más significativos. Así, esta pandemia ha descubierto la capacidad de solidaridad de muchas personas para ayudar a su vecino/a o prestarse como voluntario/a en los servicios asistenciales; la esperanza, en nuestras posibilidades como individuos y como grupo, junto con la confianza en nuestros gobernantes para superar esta situación y, sobre todo, ha sacado a la luz nuestra responsabilidad para cumplir las normas

dictadas por los expertos, aunque a veces se ha visto manchada por algún insensato.

- B. La salud: durante el período de cuarentena ha predominado en nuestras conversaciones una pregunta y un deseo: ¿cómo estás? y cuídate. En este aspecto la posición más sana no es ni una preocupación hipocondríaca, ni tampoco realizar conductas de alto riesgo. La primera nos llevaría a una saturación de los servicios sanitarios, además de posibilitar una angustia perenne en el sujeto; las conductas de riesgo (por ejemplo, celebrar un botellón durante la cuarentena) además de poner en peligro nuestra salud, también comprometería la salud de los demás.
- C. Importancia de la familia y amigos: curiosamente la ausencia de contacto físico y social ha resignificado y revalorado al grupo y la necesidad que tenemos del otro para seguir viviendo. Nunca ante habíamos sentido el valor de un abrazo, un beso, una caricia, o el compartir cara a cara una pena, una alegría o un deseo y un proyecto.
- D. El valor de la información: estamos en la era de la comunicación, pero nunca antes se había sentido lo imprescindible que es el estar bien informado. Ante una situación de tanta incertidumbre (no sabemos la dimensión de la pandemia, ni su duración, ni si habrá rebrote o no, etc.) la única forma de dar seguridad es a través de una información veraz, clara y ajustada al momento. Sabiendo que una sobreinformación (con datos morbosos o circunstanciales) produce el efecto contrario: pesar, agobio, sentimiento de impotencia, etc.

3.3. Pandemia y salud mental. Factores

Según la OMS y OPS (2006) en la vivencia de toda pandemia debemos distinguir tres momentos (antes, durante y después) y diversos grupos que pueden vivir diferentes patologías psiquiátricas. Así pues, teniendo en cuenta solamente su situación ante la pandemia, podemos señalar tres grupos que corren, de mayor a menor, riesgo de sufrir alguna psicopatología:

- El personal sanitario: mayor riesgo de padecer una patología psiquiátrica cuanto mayor sea el acercamiento a los enfermos (UCI).
- Los propios enfermos que han padecido la COVID-19 y hayan superado la enfermedad.

También dependerá de la intensidad del impacto que hayan sufrido.

- Las personas vulnerables (los ancianos y las personas con alguna patología somática) dado que han podido vivir una situación estresante ante el temor de la muerte próxima.

Otros factores que pueden influir, para bien o para mal, en la buena evolución de la superación de la pandemia a nivel individual, son:

- A. *Vulnerabilidad previa y tipo de afrontamiento*: es evidente que cuanto más sanos mentalmente seamos más capacidad tendremos de afrontar las consecuencias psicológicas de la pandemia. Las personas que padezcan una patología psiquiátrica previa serán más vulnerables a padecer alguna sintomatología psiquiátrica. Por otra parte, también tendremos que tener en cuenta qué tipo de afrontamiento ha utilizado la persona en anteriores momentos de adversidad. Entre los más frecuentes están: mecanismo de huida (negación y evitación), afrontamiento depresivo («soy el culpable de lo que me está pasando»), afrontamiento paranoide («los otros son responsables de lo que me está pasando» y se puede manifestar con agresión hacia los demás) y, por último, y el más sano, está el afrontamiento asertivo.

En este último caso, el sujeto es capaz de expresar lo que siente y lo que necesita y poner los medios, sin agredir, ni culpabilizarse, para salir de la situación. Parte de un concepto sano de uno mismo y reconoce sus posibilidades y limitaciones. Se podría decir que es una adaptación creativa: asume las circunstancias reales y modifica su actitud para vivir de forma saludable la realidad.

- B. *Apoyo comunitario y/o profesional*: el ser humano es vincular y es por tanto necesaria una buena interacción con su medio familiar y social para superar toda adversidad. Al inicio de nuestra existencia, sin el otro, no podríamos subsistir, y también en la adversidad (pandemia) necesitamos a los demás para superarla. Por esto, todo lo que favorezca los vínculos (afectivos y sociales) será una gran ayuda para superar la adversidad. De aquí se deduce la importancia del contacto telefónico y /o videollamadas durante la cuarentena o posterior.

Es importante que el sujeto tenga la capacidad de expresar sus sentimientos (pena, incertidumbre, esperanza, alegría, etc.), pero sobre todo es imprescindible que encuentre un interlocutor donde pueda depositar sus angustias, anhelos y proyectos. Si no lo encontrara sería necesario consultar con un profesional de la psicología.

- C. *Información veraz y clara*: ya hemos señalado antes la necesidad de una información adecuada sobre la situación y evolución de la pandemia, para minimizar los efectos de la incertidumbre y de la inseguridad.
- D. *Situación económica saludable*: al menos, se precisa un mínimo de cobertura económica (tener cubiertas las necesidades básicas de alimentación y vivienda) para que el enfrentamiento contra la pandemia sea soportable.

CONCLUSIONES

1. Partimos de un concepto de salud mental dinámico y dialéctico entre el sujeto y su contexto.
2. La pandemia por la COVID-19 se considera como una adversidad tanto a nivel general como personal. Se analizan las consecuencias de este segundo nivel.
3. Tras aportar diferentes estudios sobre la repercusión de la pandemia en la salud mental de los ciudadanos, concluimos diciendo que los trastornos psiquiátricos más frecuentes son: duelo patológico, depresión, trastorno adaptativo, manifestaciones de estrés postraumático, abuso de consumo de alcohol u otras sustancias y trastorno psicossomático.
4. También la pandemia ha puesto de manifiesto algunos valores del ser humano, como la solidaridad, el aprecio por la propia salud, la importancia de la familia y amigos y el valor de una informa-

ción veraz, clara y permanente.

5. Entre los factores que pueden influir, para bien o para mal, en el proceso de superación de la pandemia, señalamos los siguientes: a) la vulnerabilidad previa del sujeto y su tipo de afrontamiento ante la adversidad; b) el apoyo comunitario y/o profesional; c) la información veraz y clara y d) una situación económica saludable.

BIBLIOGRAFÍA

- Caplan, G. (1964): *Principles of Preventive Psychiatry*, Basic Books, New York, Versión castellana: *Principios de psiquiatría preventiva*, ed. Paidós, Buenos Aires, 1980.
- Hurcay-Victori, J. «Consideraciones sobre la Salud Mental en la pandemia de COVID-19», *Rev. Perú Med Salud Pública* 2020,37 <https://doi.org/10.17843/rpmesp.2020.372.5419>
- Kim H-C, Yoo S-Y, Lee B-H, Lee SH, Shin H-S. «Psychiatric Findings in Suspected and Confirmed Middle East Respiratory Syndrome Patients Quarantined in Hospital: A Retrospective Chart Analysis». *Psychiatry Investig.* 2018 4;15(4):355-60.
- Liu S., Yang L., Zhang C., Xiang Y.T., Liu Z., Hu S., et al. «Online mental health services in China during the COVID-19 outbreak». *Lancet Psychiatry.* 2020;7(4):e17-e8. doi:10.1016/s2215-0366(20)30077-8.
- OMS y OPS (2006). «Protección de la Salud Mental en situaciones de epidemias». <https://www.paho.org/hq/dmdocuments/2009/Pandemia%20de%20influenza%20y%20Salud%20mental%20Esp.pdf>
- Vidal Liy, M. 10 Abr. 2020. Para *El País*, 13-04-2020.
- Zukerfeld, R. y Zonis, R. (2011). «Vicisitudes traumáticas, vincularidad y desarrollos resilientes: un modelo de investigación dimensional». *Clínica e investigación relacional*, 5(2) 349-369.

Ignacio Barcala Calvo
Profesor de Religión

Antonio Martín Barcala
Profesor de Matemáticas

LA PERSONA COMO LUGAR GEOMÉTRICO

(A propósito de la canción *Qué casualidad Shinova*)

Escucho la canción de Shinova y me detengo en el estribillo:

Qué casualidad, coincidir en estos tiempos en el mismo lugar.¹

La canción nos sugiere la pregunta. ¿Cuál es ese lugar en el que coincidir? Y nos invita a la búsqueda. Y es en la búsqueda cuando nos encontramos con el otro. El lugar es *La persona*, el único *lugar* que conocemos y hacemos desde dentro, la cavidad en la que coincidimos. El *lugar* es el «tú» que construye mi «yo». Hacer del lugar *del otro* también *mi lugar* sin ocupar su espacio. La persona consiste en ser-desde el otro. Es *lugar geométrico*, medida de su extensión.

Podemos llevar este concepto matemático a una filosofía de vida. Somos «*puntos del mismo lugar geométrico*», *puntos* de una circunferencia, *equi-humano-distantes* de ese otro *punto interior* que es *el centro*. El centro del ser humano, eso que nos *constituye*, que nos hace tomar conciencia de que somos. *Coincidir* en el mismo lugar es distar lo mismo del *interior*, de lo hondo del ser, de lo que está más al fondo, en *lo escondido*, allí donde el alma cultiva sus pensamientos y sentimientos.

Hay algo en el aire / que conecta lo invisible
Como cuerdas transparentes / que enlazan lo imposible.

Cuerdas transparentes que unen *puntos* de la misma circunferencia, esos puntos que somos. *Cuerdas unidas a cuerdas*. Puente y camino que nos lleva de unos a otros, que nos atrae a la persona, a su realidad intangible que se alberga en lo tangible. Cuerdas que *tocan lo invisible* de nosotros mismos «el adentro» del ser humano que se vuelve *superficie*, extensión *cerrada-abierta al otro* para hacerle un sitio en el *interior*. «Con *cuerdas humanas* les atraje, con lazos de amor, fui para ellos como quien alza un niño contra sus mejillas, y me bajé hasta él para darle de comer» (Os 11,4). *Cuerdas*

enlazadas de ternura que conectan lo que *es invisible a los ojos* de cada ser humano.

PRIMERA PROPUESTA DE ACTIVIDAD. Expresar cómo ser hoy en el mundo *humano-cuerdas*, puente y camino para el otro.

Hay algo en el aire.../que anula distancias.

Amar es llevar *inscrito* al ser amado en tu interior, es hacer *coincidir tu centro con su mismo centro*. Anular distancias, *tocar todas las líneas* que lo limitan, ser *con-céntrico en el otro*, tenerle en el corazón.

SEGUNDA PROPUESTA DE ACTIVIDAD. Amar es decir: «tú estás inscrito en mi». ¿Cómo llegar aquí? ¿Cómo hacer creíble esta expresión?

Y a la vez el amor *des-centra*, al desplazar *el centro* de la persona que ama que vive en la persona amada. En el amor *el centro de gravedad* se sitúa fuera de uno mismo. El amor nos «transforma» en *elipse*; un nuevo *lugar geométrico*. Dos personas, *dos focos*, *dos faros de cariño encendidos*, que *se buscan*, y velan cada uno por el bien del otro.

Alguien ha encendido el faro
Cuando iba a naufragar.

Naufragar, andar a la deriva, perdido el rumbo, en medio del peligro. Vivir sin esperanza. Al hilo de este verso de la canción, me viene a la memoria la escena evangélica de Jesús y sus discípulos en la Tempestad del Mar de Galilea (Mc 4,35-41).

Aquellos hombres que eran conocedores del mar se encuentran de improviso zarandeados por la tempestad. Sacudida *su barca*, perdida su estabilidad, agitados en su *interior*. Se ven desplazados del *lugar firme*, alejados de la Persona que es quien convoca su vida. La *tempestad es* eso, ese estado de violenta inquietud interior, la *densa niebla* que no levanta y nos impide

1. https://www.youtube.com/watch?v=Ou6-NqHkj_c

encontrar *el camino*. Es la incertidumbre que nos hace dudar. Desconfiar del otro, de nosotros mismos y desconfiar de Dios. «Señor, ¿no te importa que nos ahogemos?» ¿Es que no soy nada para ti?

«¿Por qué tenéis miedo?» —es la respuesta del Maestro—. El miedo nace de la duda interior sobre el amor, del desafecto espiritual. Miedo *al naufragio del amor*. El miedo a la ausencia *del tú*. Somos menesterosos, necesitados de amparo.

Prescindiendo del milagro, en el escenario de la noche espiritual *alguien enciende el faro*, el *foco* que antes que fuente de luz *es faro de puerto de llegada*, de «proximidad». Foco de acogida, que nos eleva sobre sí para que podamos ensanchar el horizonte y ver *un horizonte mejor*. El *faro* es guía y orientación hacia *el lugar de encuentro*, el lugar donde recibo el don del otro. El *faro* es *La persona*, que *es* refugio y donación, que *se da* más allá de lo que cabía esperar y sorprende: ¿*Quién es éste que nos ama con locura*? Alguien ha encendido el faro y *nos ha regalado su luz*.

Pues, «... Si vimos sombras es que siempre hubo luz». Sólo es posible la sombra porque existe la luz. Estamos atravesados por la luz, pero es la nuestra una luz en penumbra. Demasiada luz nos deslumbra, nos ciega. Claridad sí, el foco de blanca luz no nos permite ver. Luz que disipa las sombras, partículas cohesionadas de claridad. «Nuestra capacidad de *ver* y de *vivir* reclama una claridad similar a la de media tarde o una penumbra como la del atardecer»². Somos *entre-luz*. Dos *focos* situados a distintas distancias del *punto de encuentro*; la lógica de la *razón cordial*: ese «algo que hay en el aire», el *algo que siente*, la fuerza del espíritu, lo que hace *arder* el corazón. «¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino?» (Lc 25,32).

Sí, distintas *distancias que suman*, y al sumar las personas experimentan la enorme fuerza del amor y la ayuda mutua de forma permanente. *Ser-elíptico*: amor que suma y permanece *constante*. Esta es la *propiedad* del nuevo *lugar geométrico*. Estar *habitado* por el otro. Ser habitantes de un *mismo lugar*, poner la persona en el *eje focal*, hacer del cuidado y de la ternura el *eje sobre el que gravita la vida*.

(...) Hay algo en el aire formando puntos neutros
Para que vidas paralelas se encuentren en el centro.

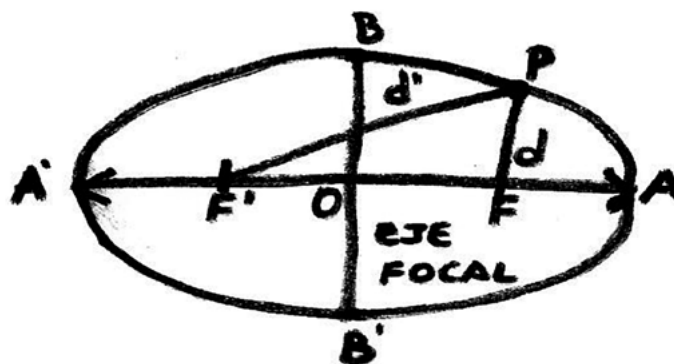
Puntos neutros, vidas paralelas, equidistantes que se aproximan. La proximidad es el afecto, el sentirnos afectados por el otro. Vidas *paralelas* que se dan la mano, que hacen *traza* en el ser personal de cada uno, que respetan su libertad, que corren su propia carrera *sin perder el «tú» en el camino*³.

Coincidir en el mismo lugar: *La Geometría de lo Humano*. La medida rebosante de la persona del otro. La casualidad de coincidir: *azar y necesidad*.

SER PERSONA ELÍPTICA

Una metáfora de la elipse

El amor que *des-centra* y nos transforma en *elipse*.



F y F'. Dos focos, dos personas, dos faros encendidos que buscan y guían, que se encuentran a distintas distancias, pero en un mismo lugar (P). Una relación de manera simétrica en la que se-dan-de-sí uno a

2. Esquirol, Joseph María. (2018) *La Penúltima Bondad. Ensayo sobre la vida humana*. Acanilado. p. 11, (la cursiva es mía).

3. La expresión la tomo del libro de Carlos Díaz, con este mismo título. Fundación E. Mounier. Sinergia, 25 (2006). Una invitación a ser persona del único modo del que uno puede serlo: amando al otro.

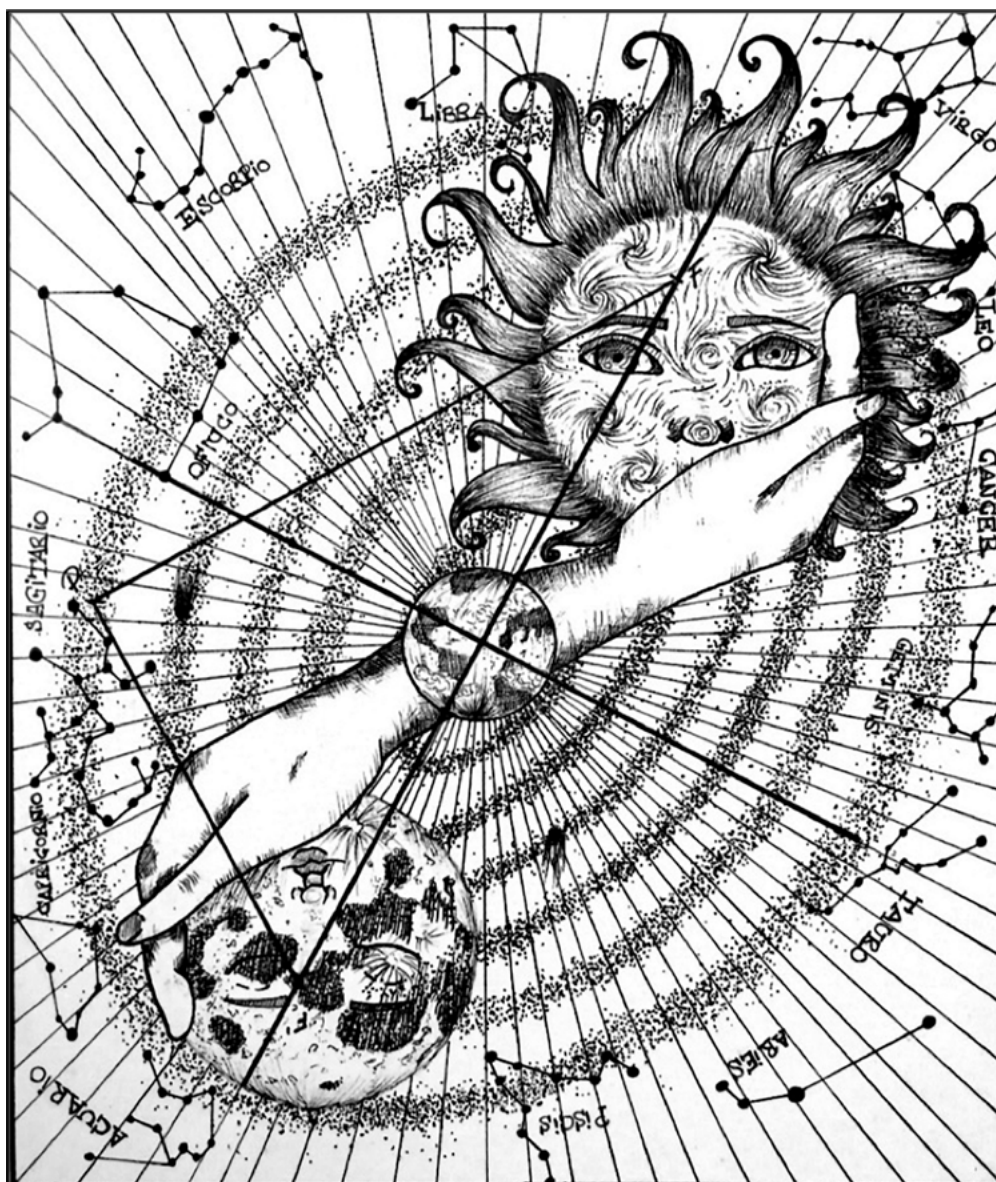
otro. Distancias que suman, que añaden amor al amor de forma constante.

Es la propiedad de la elipse:

$$\text{distancia PF} + \text{distancia PF}' = \text{constante}$$

La elipse humana: habitantes de un mismo lugar atravesado por la luz, cuya suma de las distancias que nos unen añaden como resultado cuidado mutuo y amor constantes.

Cómo realizar la figura que exprese la propiedad de la persona elíptica. He aquí una propuesta de actividad para pensar:



MARÍA JESÚS RAMÍREZ NIÑO.
COLEGIO NUESTRA SEÑORA DEL CARMEN - LEÓN.

Antonio Calvo

Miembro del Instituto E. Mounier

AMOR Y SORDOCEGUERA¹

El aislamiento es una circunstancia imposible para el amor. Si un hijo viene a la vida sin poder ver, ni oír, sin poder hablar, sólo queda la cercanía de la piel, el aroma de los cuerpos, el sabor de los abrazos para alzar el símbolo en su alma y despertar una persona a la vida. Por encima de los miedos, el amor exige aupar al hijo a costa de la propia vida. Amar recrea un mundo nuevo y eterno. Hace fuerte al débil por ser amado y convierte al fuerte en servidor, por amor. En esto consiste el escándalo eterno del amor: en convertir el poder en servicio. Nada hay más revolucionario, ni más poderoso, su fuerza arraiga en la misteriosa entraña de la realidad. Es la clave de la humanización.

«El hombre alcanza su madurez cuando se adhiere a valores que valen más que su vida» (E. Mounier). La tarea del hombre es llegar a ser padre-madre. Venimos como hijos, para aprender a amar como los padres y crear la fraternidad que acoja a todos. El valor que vale más que la propia vida es la vida del amado. Adherirse a este valor es el que, paradójicamente, nos libera. Es el amor al amado el que nos hace superar el miedo a morir, o lo que es lo mismo, superar el miedo a vivir esclavos de los miedos. Es el amor al otro el que nos libera al convertimos en sus servidores. Sorprendentemente no es el más fuerte el que lo parece, sino el más amado. Es el amor el que nos hace fuertes porque impulsa al amante a dar su vida por la nuestra. El más débil puede ser el menos fuerte y, al mismo tiempo, el más poderoso. Ciertamente, el amor es la única realidad creadora. La única capaz de crear la vida y de llevarla, a pesar de la mortalidad, a vivir lo eterno en la historia.

Nuestra imaginación sólo puede desplegar sus alas hacia realidades de las que tenemos algún barrunto. Cuando desconocemos algo, cuando alguna realidad se nos presenta de un modo completamente nuevo, no somos capaces de interpretarla y, mucho menos, de comprenderla. Venimos a la vida con muchos conocimientos

codificados en la herencia recibida, pero, los que nos hacen ser humanos, los que nos elevan del animal al hombre y nos hacen ser conscientes de existir, de ser únicos entre únicos, mortales y, sin embargo, caminantes en lo eterno, requieren siempre la relación amorosa del otro. El hombre no nace solo. El saberse humano es co-nacimiento. Jamás hay yo, sin tú. El nosotros es la tierra de cultivo en la que se siembra, arraiga y crece el hombre, el único, el irrepetible, el menesteroso radical, el indigente pleno y, sin embargo, paradójicamente, el imprescindible. Porque, una vez convocado a la existencia, la entera creación ya no puede dejar de contar con él. Todos somos convocados al ser como personas. Nuestra condición humana, para existir y para ser, requiere, siempre, cuando la lucidez la llega a habitar, cultivar la humildad y el agradecimiento, actitudes que siempre acompañan a la realidad que es fundamento, camino e inspiración infinita, la única realidad creadora, de la que emergen todas las demás: el amor. El hombre y todo lo que existe, pero él emerge como intérprete, en el sentido pleno de poner nombre, de encontrar un significado y de co-creador, de encargado, que debe hacerse cargo y encargarse y cargar con el trabajo, con la pena gozosa de vivir como hombre —varón o mujer—.

COR-POREIDAD

La vida humana siempre se da entre corazones, en el radical e incesante ir y venir entre corazones. Sin ese paso y traspaso no existe. Al principio, lo que será cor-razón es piel con piel. La primera comunicación se da inter-pelando. Llamándonos a ser, a piel desnuda. De esta interpelación irán despertándose y alzándose a la existencia y a su consistencia todos los sentidos: tacto, olfato, gusto, oído, vista. La percepción inconsciente y animal, interna y externa, la vida, surge entre animales. La percepción consciente, tanto hacia dentro como

1. Publicado en www.mounier.es, el 27 de junio, día internacional de la sordoceguera.

hacia fuera, requiere al hombre. Para que en la vida emerja la palabra y el sentido son necesarios los abrazos. Si no volviéramos a nacer entre personas nuestras palabras sólo serían gritos, no símbolos.

El lugar del misterio, en el que se elabora el milagro de la humanidad es, sobre todo, el cerebro. Pero los datos que van a hacer posible elevarse de la animalidad a la humanidad provienen de los sentidos. El cerebro trabaja con un cuerpo, su cuerpo. Si éste está dañado no llegan los datos necesarios para elaborar la comprensión del vivir. Y, comprender, encontrar sentido al vivir, es la tarea fundamental de un ser humano. Cuando la vida no tiene sentido, tampoco vale la pena vivirla. Para que a la vida se le encuentre sentido es menester la relación humana, y, sobre todo, es necesario que esa relación sea de amor. Como la vida se abre y se cierra en medio de la dependencia y la menesterosidad, el amor debe tener la forma del cuidado que acaricia, que se acerca, del cuidado que limpia, que sana y ayuda a sentirse un ser valioso. La vida exige la fusión de los seres que la transmiten para poder ser, y para llegar a ser humana, requiere la conversión permanente de quienes están encargados de su cuidado en testigos de amor y de sentido.

Como acierta a expresar nuestro gran poeta: «la dolencia de amor, que no se cura sino con la presencia y la figura»². El amor no puede quedarse en la palabra, necesita expresarse en el abrazo y el cuidado. El amor debe ser carnal, de cuerpo entero.

SORDOCEGUERA Y AMOR

Esto es así para cualquier persona, pero, en las circunstancias de mayor debilidad o carencias, es todavía más evidente. Una de las circunstancias en las que se manifiesta la necesidad de un cuidado no sólo próximo, sino de piel con piel, es la sordoceguera. En ella se trata de despertar una persona mediante el tacto. La caverna en la que nacemos y de la que todos debemos salir para saber y saborear la luz de la verdad que nos hace humanos, en el que carece de vista y de oído, sólo puede darse en la oscuridad y en el silencio. Ni siquiera pueden revolotear en ese apagón espiritual las

aladas palabras que nos van a permitir pensar e imaginar. ¿Cómo poner nombres al silencio y a la oscuridad? ¿Cómo pasar de un caos bullente a un hogar?

Madre, tú le hiciste pequeño, tú fuiste quien le empezó;

Para ti él era nuevo, tú inclinaste sobre los ojos nuevos el mundo amigo, defendiéndole del extraño...

¿Dónde, ay, quedaron los años cuando tú, sencilla, Con tu figura esbelta atajabas el caos bullente?

Mucho, así, le escondías; el cuarto sospechoso de noche

Le hiciste inofensivo. De tu corazón lleno de amparo Sacaste espacio más humano para mezclar a su espacio nocturno.

No en la tiniebla, no, sino en tu existir más próximo Has puesto la candela, que encendiste con amor.

Nunca un crujido que no explicases sonriendo,

Como si hace mucho supieras cuándo el entarimado se porta así.

Y escuchaba, y se calmaba. Tanto lograba Suavemente tu presencia...³

En estos versos, Rilke nos habla del papel que realiza el amor de la madre en los comienzos de la vida del hijo. En cómo apacigua el caos bullente de su vida y lo transforma en un mundo amigo. Pues lo que acontece en la vida de una persona con todos los sentidos se alarga en el tiempo y en el esfuerzo toda una vida cuando el nuevo ser viene con el caos del silencio y de la oscuridad. Una persona sordociega necesita un cuidado de madre toda su vida. Alguien que se incline permanentemente sobre los ojos que no pueden ver, sobre los oídos que no pueden oír, para despertar los ojos y oídos del alma de ese hijo alojado en la soledad, para ir haciendo del caos inexplicable un mundo amigo.

Los que dependen del cuidado de los otros para poder vivir dignamente su vida no pueden hacerlo en el aislamiento. El amor y el cuidado jamás reconoce al peligro o al riesgo el mando sobre su comportamiento. Quien ama se orienta por la necesidad del amado, jamás pone su vida por delante...

2. San Juan de la Cruz. *Cántico Espiritual*. Texto B., 11, p. 117. versión de José Jiménez Lozano. Ámbito. Valladolid. 1994.

3. Rilke. *Tercera elegía*. Traducción y cita de José Antonio Marina en: *El Cerebro Infantil: la gran oportunidad*. Ariel. Barcelona, 2011. p. 191.

Benito Estrella

Miembro del Instituto E. Mounier. Zafra (Badajoz)

EL TONTÓN Y LA MUERTE EN EL PANTANO

«Tú estás allí donde están tus pensamientos. Asegúrate de que tus pensamientos estén allí donde tú deseas estar»¹.

Hace algunos años fue noticia que un turista se había hundido con su coche en el pantano de La Serena, en la provincia de Badajoz. Se ahogó por culpa de su GPS (*Global Positioning System*), también conocido por una marca, Tonton. Gracias a los satélites artificiales, un GPS nos puede llevar a cualquier sitio de manera automática sin que tengamos que ir provistos de brújula ni mapa, sin tener que pensar y sin ni tan siquiera saber a dónde realmente nos dirigimos. Lo que le pasó al pobre turista es que en las coordenadas de latitud y longitud grabadas en su Tonton no constaba que allí hubieran hecho un pantano cuyas aguas cubrían la antigua carretera. El tiempo, interfiriendo en ángulo recto con el espacio.

¿Quién tiene la culpa de la muerte del turista? El Tonton no es aquí una prueba de culpabilidad, sino una figura para hablar de algunas cosas. Una, la distinción entre la ciencia y sus aplicaciones técnicas, que podemos usar sin que sepamos ciencia. Otra, que los objetos técnicos son aplicados por un ser humano, que es el que se puede equivocar al usarlo. Y otra más: que la perspectiva con que leen el mundo las ciencias y sus consecuentes aplicaciones técnicas no es la misma —de hecho, no es el mundo, hablando con propiedad, lo que la ciencia lee— que aquella que debemos adoptar para mirar la ruta que ha de seguir un ser humano.

Aunque no lo parezca, también el lugar de la *polis*, el lugar social en que nos relacionamos unos con otros, tiene su tontón o sus tontones. Por ejemplo, el ciberespacio, el espacio digital y virtual que crean las nuevas tecnologías. La labilidad, de algún modo reactiva y automática, del espacio digital, sometido a rápida obsolescencia por el continuo avance tecnológico

y su consecuente oferta permanente de consumo, sólo puede adquirir presencia real —es decir, corporeizada— en la consustancial contingencia del individuo concreto, sometida a un permanente desajuste y ajuste, a una continua actividad de reequilibrio que va trazando una línea de equilibrio inestable en medio de las coordenadas de espacio y tiempo en que vive. Una actividad que siempre tendrá carácter hermenéutico, es decir, que cada persona tiene que interpretar según su propia manera de ser y sus actuales circunstancias, pues la línea real que cada uno traza en su vida no es una recta de regresión, sino un camino que se hace al andar.

Nunca el lugar humano podrá ser objeto de un cálculo generalizado que convenga a todos por igual; nuestras coordenadas vitales son fluctuantes, interpretables, comprendidas, apropiadas o inapropiadas y propias o impropias según cada cual. No es que puedan haberse construido pantanos que no vienen en las coordenadas del tontón correspondiente, es que pueden cambiar de sitio las carreteras y los lugares de destino de nuestro viaje vital cuando menos te lo esperas.

Por eso, las nuevas tecnologías, como las viejas, hay que usarlas con cuidado: nos pueden llevar, como un tontón, a la global comunión fraternal y mística —dicho con toda la ironía de la que soy capaz— de las redes sociales, al «mundo feliz» de Huxley y también a ahogarnos en el pantano real que la realidad virtual no ha *pre-visto*. A veces hasta nuestras ideas, simplificadas y encementadas por la propaganda ideológica, funcionan como mecanismos de un tontón y nos llevan de manera automática, sin tener que pensar, a los sitios programados, que no son los nuestros, los del viaje de cada uno. Con el ansia de mandar y las prisas por convencer de las campañas políticas, nadie piensa en los pantanos que cubren ya los viejos caminos que algunos tontones ofrecen como nuevos. Lo hemos visto en la gestión de la pandemia del coronavirus.

1. Nachman de Breslau: *La silla vacía*. Barcelona, 1997, pág. 22.

Un espacio no es un lugar. El espacio puede ser *complicado*, pero el lugar es *complejo*, pues forman parte de él el tiempo y el factor humano. Sobre todo si tenemos en cuenta que también la interioridad de cada uno es un lugar de lugares que llevamos consigo a todo lugar. Este lugar, en realidad, está a la vez dentro y fuera, pues si interiormente no estamos bien, no estamos bien en ninguna parte.

Todos tenemos experiencia de que a veces —más de lo conveniente— vivimos en lugares muy inhóspitos y desagradables, en los sitios más bajos de nuestra casa o morada interior; una casa en la que por lo general ocupamos las habitaciones más oscuras, pequeñas y estrechas, habitualmente llenas hasta los topes de ideas, deseos y proyectos de toda índole que no nos dejan ni respirar. A veces, tenemos esos sueños extraños en los que ocupamos lugares, habitaciones o jardines, que desconocíamos, de nuestra propia casa. Y en esta conquista expansiva del sueño nos vemos reconfortados y exaltados. Nos pasa también, despiertos, cuando oímos o leemos palabras que nos elevan el ánimo y sentimos cómo se hace más ancho nuestro pecho y podemos respirar con más desahogo. Luego, después de estas exultantes interrupciones, volvemos a nuestros aposentos de siempre, confortables quizá, pero a la postre estrechos y limitados como jaulas.

Este lugar interior, en donde se desea y piensa y se toman decisiones, se configura muchas veces como un vehículo provisto de su tontón. El hombre es el conductor de la máquina biológica preparada y entrenada durante cientos de miles de años de evolución para la depredación, para sobrevivir a costa de lo que sea. La percepción interna de esta máquina biológica es el yo, el ego, la carne, como decían los antiguos. Está también el espíritu, pero muy desentrenado en estos menesteres y, rodeado de flores de loto hoy por todas partes, con tendencia a olvidar lo poco que ha aprendido. Evitar los reduccionismos de uno u otro tipo que nos lleva al mal uso y abuso del tontón exige un esfuerzo continuo del espíritu encarnado que llevamos dentro.

Por ejemplo, el esfuerzo *metodológico* de la ciencia, que procura resultados objetivos y comprobables, es decir, refutables. El método científico sitúa nuestra mirada sobre el mundo en una perspectiva de *tercera persona*, pues objetiva en un «ello» lo que se ve, dejando a un lado, precisamente mediante el método,

los aspectos subjetivos (del sujeto), tanto individuales —yo, tú— como colectivos —nosotros, vosotros—, que interfieren en nuestra visión y que se corresponden con una primera y segunda personas respectivamente.

¿Garantiza este método, sin embargo (que se lo digan al turista del pantano, si es que hay otra vida donde se le pueda decir), que nuestro vivir en el mundo esté automatizado y al abrigo de imprevistos? Lo que hace el método científico es ponerle una trampa a la realidad para cazarla, aislarla del resto del mundo que se ofrece con sus constantes interrogantes de sentido a nuestra mirada y enjaularla como conejillo en un laboratorio. El mundo se objetiva así en algunos de sus aspectos, pero a costa de perder su unidad y su sentido. ¿Pero puede un método que prescinde del punto de vista del observador hacer una lectura apropiada del mundo del que este observador es parte? ¿Se puede cambiar el mundo sin que cambie el lector que lo lee y se lo apropia?

Está también el esfuerzo de autoconocimiento, de conocerse a sí mismo, de conocer los intrincados rebesinos de nuestro ego y sus proyecciones, de la reflexión que hace una primera persona sobre sí, sobre el propio ego que siempre quiere salirse con la suya y llevarse la mejor parte. ¿Garantiza este esfuerzo por sí mismo, sin recibir ayuda exterior —de un despierto que te pueda despertar—, que el espacio-entorno, en donde *homo homini lupus y bellum omnium contra omnes*, pueda transformarse en un lugar de acogida, en una casa verdaderamente humana? ¿Es este conocimiento de sí mismo realmente un asunto de «conocimiento», en el sentido tradicional del concepto?

El *azar y la necesidad*, inevitables ambos en las circunstancias naturales e históricas, son las que le exigen al ser humano, por su consustancial apertura, libertad y responsabilidad al mismo tiempo para que haga su propio camino andando y construya su propio lugar habitándolo. Como pasa con el lenguaje, que es el medio humanizador por excelencia tanto de los lugares externos como internos, las circunstancias del humano vivir están llenas de matices, nuestra vida está sometida a una radical complejidad: pasado, presente y futuro, presente-pasado y presente actual, el dónde, cuándo y quién, cómo, por qué y para qué, la adversidad, la causalidad y la casualidad, la ilación y la finalidad, la perífrasis, el tropo y la metáfora. Y es en esa tumultuosa complejidad en donde trazamos nuestra vida.

Carmen Herrando

Miembro del Instituto E. Mounier

CHARLES DE FOUCAULD

El pasado 27 de mayo, la Santa Sede hacía pública la próxima canonización —todavía sin fecha— de Charles de Foucauld (1858-1916), beatificado en 2005 por el papa Benedicto XVI.

De Charles de Foucauld dijo Yves Congar que, con Teresa de Lisieux, serían los dos faros que alumbrarían la espiritualidad del siglo xx; también lo subrayó Pablo VI. Y así ha sido. Charles de Foucauld ha dado muchos frutos, sobre todo el de una familia religiosa extensa y con una vivencia evangélica ejemplar, llena de deseos de mostrar con la vida lo más central del mensaje de Jesús; más de veinte grupos o fraternidades dispersos por el mundo entero, que tratan de vivir los diversos aspectos del carisma de vida de este hombre admirable, y lo hacen, además, casi todos ellos, entre los más pobres. Carisma, el de Charles de Foucauld, que consiste sobre todo en una unidad fuerte entre acción y contemplación, entre vida interior cuidada, en la que el trato con «el Amado» tiene un lugar primordial, y la misión a la que el Mensaje de Cristo no puede sino empujar, aunque se trate, para muchos de ellos, de una misión silenciosa en lo que toca a las palabras, pero elocuente en lo que se refiere al propio vivir. Pues la espiritualidad de Nazaret no es sino vivencia callada de una vida sencilla, tomando como modelo el tiempo que Jesús vivió con sus padres en el hogar de Nazaret, como un niño o un joven más en una familia cualquiera; se trata de uno de los puntos primordiales que las familias inspiradas en Charles de Foucauld aportan a la Iglesia del siglo xxi, una espiritualidad muy significativa que contrasta con tanto imperio de la imagen y que lleva a interrogarse a muchos acerca de dónde reside la autenticidad del Evangelio.

De todos es conocido que Charles de Foucauld llevó una vida un tanto disoluta como militar y explorador aventurero por el Norte de África, y que vivió una conversión fulminante en otoño de 1886, en la iglesia de San Agustín, en París; en este templo puede verse una exposición permanente sobre la conversión y la vida de Charles de Foucauld, en el altar en

el que tuvo lugar aquella su primera confesión «consciente» seguida de la comunión. La fe cristiana entró en su vida para habitarla ya siempre, con una intensidad inusitada: «Apenas creí que había Dios, comprendí que no podía vivir más que para Él», escribirá recordando este acontecimiento que daría tal vuelco a su vida. Y pronto quedaría especialmente afectado por estas palabras del padre Huvelin, su director espiritual: «Nuestro Señor tomó de tal manera el último lugar, que nadie pudo arrebatárselo»; se acogió a ellas con todas sus fuerzas, y desde entonces no dejaría de buscar el último puesto entre los últimos. Ingresó así en la Trapa, pero en un monasterio pobre y alejado, en Siria; y buscando ese último lugar trabajó como mandadero para las hermanas clarisas de Nazaret durante cuatro años. En 1901, dando otra orientación a su vida y sin dejar de «aspirar» al último lugar, fue ordenado sacerdote, y pocos años después llegaría hasta Argelia, donde se instaló como una suerte de monje ermitaño que cultivaba la amistad con sus vecinos, primero en Beni Abbès y luego en Tamanrasset, entre los tuaregs, en medio de los cuales viviría hasta su muerte, el 1 de diciembre de 1916. En Tamanrasset, al sur de Argelia, en 1908, pasó por una experiencia de desolación y enfermedad; Charles de Foucauld, allí, solo entre los más alejados, vivió la experiencia de dejarse asistir por ellos; sus amigos tuaregs se percataron de la situación y guardaban para él buena parte de la escasa leche que daban sus cabras. Esta vivencia de abandono radical supuso para él una vivencia muy enriquecedora que se conoce como su segunda conversión.

En España hay presencia de fraternidades de Charles de Foucauld en bastantes lugares a lo largo de las diversas regiones en que se divide nuestra geografía: familias religiosas, laicos, grupos de espiritualidad, etc. En Aragón, concretamente, los Hermanos de Jesús están desde 1958, pues tuvieron que abandonar momentáneamente Argelia debido a la guerra de independencia de Francia; y en la comarca de Los Monegros hallaron un paraje similar para poder vivir temporadas de

desierto en soledad y ofrecer a otros esta experiencia capital en la espiritualidad que su inspirador les dejó como herencia. Más de sesenta años de vida evangélica silenciosa, de cultivo sencillo de la amistad, de vida activa y contemplativa, a un tiempo, hecha a base de oración, presencia eucarística y trabajo manual. Dos hermanos nos siguen acompañando y abren a todo el mundo la fraternidad, situada en un pueblecito de la provincia de Zaragoza: Farlete. Además de su presencia fraterna, los Hermanos ponen a disposición de quienes quieren vivir un tiempo de silencio y soledad las cuevas que se encuentran próximas a esa localidad zaragozana, lindando al norte con la provincia de Huesca. Muchas son ya las personas que han pasado temporadas de desierto en las cuevas conocidas por la zona como «cuevas de san Caprasio», en honor a este santo que llegó hasta estos pagos desde el sur de Francia.

A estas familias o grupos que beben de la espiritualidad de Charles de Foucauld, hay que añadir más recientemente el grupo de Amigos del desierto, fundado por Pablo D'Ors, cuyo libro *El olvido de sí* (2014) tiene a Charles de Foucauld por protagonista; es un trabajo que ha contribuido en buena medida a dar a conocer al futuro santo entre los lectores de lengua española.

No deja de ser curioso que el milagro que hará posible la canonización de Charles de Foucauld haya sido no tanto una curación cuanto una «preservación». Y que se diese, además, en el ámbito del mundo del trabajo, lugar tan especial en la vivencia del carisma foucauldiano: Nazaret, la vida oculta de Jesús vivida de forma anónima entre los más pobres, predicando el Evangelio no con la palabra, sino con la vida, como tantas veces recordaba el propio Charles de Foucauld.

A finales de noviembre de 2016, en vísperas de cumplirse cien años de la muerte del beato Charles de Foucauld, Charles Charpentier, trabajador en una empresa de restauración de monumentos históricos, se desplomaba desde 16 metros de altura cuando operaba en el almacén de la techumbre de la institución San Luis, en Saumur. Curiosamente, este lugar se encuentra muy cerca de la Escuela de Caballería donde Charles de Foucauld había cursado estudios militares en 1878, durante aquellos años de vida desordenada. Charles Charpentier, que tenía entonces veintiún años, cayó desde lo alto de la cúpula del edificio y fue a dar sobre un banco puesto del revés, con las patas hacia arriba,

lo que provocó el empalamiento del trabajador, es decir, el atravesamiento de su cuerpo por la parte del abdomen. El accidente no podía ser más aparatoso ni más mortal, de entrada. El responsable de la empresa, François Asselin, que se encontraba en París y no lograba dar con la familia de Charpentier, telefoneó al padre Artarit, párroco de la Parroquia del Beato Charles de Foucauld, en el mismo Saumur, a quien conocía porque solía asistir a la Eucaristía dominical en esta parroquia, y le contó lo sucedido, al tiempo que le invitaba a rezar al titular de la parroquia (Charles de Foucauld) por el joven trabajador cuya vida todos daban por perdida. El propio Asselin pasó la noche en oración no sin recordar la fecha próxima de los cien años de la muerte de Charles de Foucauld. Su oración y la llamada al párroco desencadenaron todo un movimiento de intercesión, dirigido al beato Charles de Foucauld, pidiendo por la salud de aquel joven carpintero que había sufrido semejante accidente en vísperas de una fecha tan señalada. Y, contra todo pronóstico médico, Charles sobrevivió a la terrible caída, y sin grandes dificultades, además. Como él explicaría después, tras la caída, se levantó él solo y caminó unos cincuenta metros con el palo del banco atravesándole el abdomen, en busca de ayuda. A los pocos días, tras una operación que resultó exitosa a pesar de las dificultades que veían los médicos, Charles se encontraba en la habitación deseando abandonar el hospital, y dos meses después había vuelto al trabajo. Es lo que relataba recientemente el encargado de la empresa, François Asselin, poniendo el acento en lo sorprendentemente bien que encontró a Charles tres días después del accidente, cuando pudo por fin visitarlo en el hospital, y subrayando al mismo tiempo la perplejidad de los médicos, que no dejaban de expresar que un accidente así era mortal casi por necesidad, y que no se podía decir, sin más, que Charles había tenido mucha, muchísima, suerte.

El vínculo de Charles de Foucauld con Saumur propició que en la diócesis se celebrasen novenas de acción de gracias y más encuentros de oración en torno a la figura de aquel que había adquirido el grado de oficial de la Escuela de Caballería de aquella localidad; y que el centenario de la muerte del todavía beato cobrase especial significado en la región, donde se estaba rezando para que tuviera lugar el milagro

que pudiera desencadenar una pronta canonización. Así, tanto desde la diócesis de Angers como desde diversos grupos espirituales vinculados a Charles de Foucauld, animados todos ellos por los miembros de *Amitiés Charles de Foucauld* y en coordinación con el postulador de la causa de la canonización, el padre Ardura, se puso en marcha un movimiento para presentar este hecho extraordinario de la preservación del trabajador Charles Charpentier como un segundo milagro para el proceso de canonización. Se siguieron las vías habituales. Dos médicos certificaron la curación de Charpentier desde donde sucedieron los hechos (en Saumur, Francia), y más adelante se reuniría en Roma una comisión médica que juzgaría de nuevo lo sucedido, esta vez desde la distancia, de forma aún más rigurosa y mucho más objetiva, si cabía. Fue esta comisión romana la que el pasado mes de noviembre de 2019 declaraba por unanimidad que lo sucedido en el accidente padecido por Charles Charpentier no tenía explicación natural. Por último, la Congregación para la causa de los santos tenía la última palabra sobre el caso, y, reunida durante el pasado mes de febrero, todos sus miembros reconocieron por unanimidad que la «preservación» o curación del joven trabajador tenía carácter sobrenatural, y que podía considerarse un milagro, a todas luces.

Charles Charpentier no era creyente. No deja de ser sorprendente que el milagro se haya obrado precisamente en un no creyente, cuando el propio Charles de Foucauld pasó casi toda su etapa de monje-misionero entre personas no creyentes y él mismo lo fue durante una etapa bien notable de su vida. Charles de Foucauld solía decir que Jesús es Señor de lo imposible. Contemplando estos hechos vienen a la memoria estas palabras que le acompañarían a lo largo de su vida.

La canonización de Charles de Foucauld es un motivo de alegría. Aunque el lector haya leído en este artículo que hubo movilizaciones desde la diócesis de Angers o desde la misma Iglesia de Francia para rezar por la canonización, no está de más expresar que los miembros de las fraternidades, sus hijos e hijas más ‘directos’, por así decir, aunque no estaban en contra, tampoco pusieron un gran empeño en promover las causas de beatificación o de canonización de ese hombre santo en quien inspiran su forma de vida. Lo contrario hubiese supuesto cierta contradicción de fondo en personas que, como se viene indicando, tratan de vivir el Evangelio con la mayor sencillez y desde el más auténtico anonimato. Sin embargo, la Iglesia sigue ahí promoviendo las causas de sus santos, y Charles de Foucauld ha llegado a ser beatificado y muy pronto canonizado.

Su ejemplo nos recuerda la importancia de «gritar el Evangelio con la vida», pero también la centralidad de lo pequeño y la búsqueda del último lugar, tan impropios de un tiempo como el nuestro, versado en los relumbrones de las imágenes y en dar a conocer lo poco que a veces se hace, como si fuese un logro al que hay que darle toda la difusión posible. Y luego se dice, además, que eso es evangelizar. Por eso, la espiritualidad de Nazaret y esta vivencia silenciosa del Evangelio son propuestas preciosas para nuestro tiempo presente, que pueden ayudar a muchas personas a un redescubrimiento del mensaje de Jesús desde la sencillez y la profundidad, devolviéndoles y devolviéndonos a la centralidad del mensaje evangélico. Este ha sido y sigue siendo el mensaje de Charles de Foucauld, que puede erigirse de nuevo en *faro* para esta segunda década del siglo XXI, haciendo descubrir la maravilla de lo sencillo, de lo que no hace ruido, pero fulgura discretamente.

Relámpagos en la oscuridad

*Dedicado a Fausto y Andrés,
inmensamente agradecido
por su amistad y magisterio.*

- Regazar y regazarse para no rezagarse en el amor.
- La luz oscura es la que más alumbra.
- Buscar y testificar la verdad para ir haciéndose verdadero.
- Sócrates buscó la verdad de la única manera que el hombre puede apropiársela: entregando la vida entera.
- Jesús nos devolvió la vida, al descubrírnos con la suya, que la Verdad era quien nos amaba desde su eternidad.
- La Verdad es que Dios nos Ama siempre con todo su Ser, que sólo consiste en Amar-nos.
- El hombre alcanza su madurez —su perfección—, cuando se adhiere a valores que valen más que su vida, nos dice Mounier. Este hecho acontece en cada acto de amor.
- Cada instante de amor es un parpadeo de la eternidad en el tiempo.
- El hogar como cobijo, o como abrazo eterno, sin paredes.
- La maternidad/paternidad no es quedarse en clueca, es ayudar a romper el cascarón. Promover el vuelo, o, al menos, el caminar por uno mismo.
- La vida es un regalo: sufriente y mortal.
- El humor: resuello del amor.
- La verdad libera: en el compromiso.
- Tras la noche, el alba.
- La luz se esconde al atardecer. Cuando la sabiduría alza su vuelo.
- La fuerza del espíritu encarnado se vislumbra y se aprende en la infirmitad radical de ser hombre.
- Quiero que me quieras... dejar volar.
- Es triste no estar alegre en la tristeza.
- Aprender a morir cada día, para saber vivir.
- Diluirme en amores, para ser.
- Corporeidad: ir y volver entre corazones.
- Para ver lo que pienso, escribo.
- La fuerza vence. La razón con-vence.
- A veces es menester usar la fuerza. El co-razón, siempre.
- Por ser hombre, creo (creer). Para ser hombre, creo (crear), es decir, amo.
- El hombre es el quejido de la tierra —humus— humillado o humillante. El hijo es su alegría. Humilde.

- Las desgracias siempre vienen al solo. La gracia es comunión.
- «Sed perfectos» sólo significa: amad.
- «No juzguéis». Nadie es mejor que nadie. El despiste fariseo es homicida y, por tanto, suicida.
- La muerte, recuerdo permanente de la vida.
- La muerte, poro, no aporía, hacia la inmortalidad.
- Si me quieres, re-cuérdame.
- La cordura es el ejercicio de un co-razón firme y tierno.
- Encender la luz es un hábito. Piensa.
- La paz es el empeño del amor. Paz-ciencia.
- La palabra es creadora. Cuando se da.
- Ment-ira: la violencia en la palabra.
- Sólo el diálogo es pacifaciente. Por su amor a la verdad.
- Ser, para no ser. Ahí está el absurdo.
- Quien cree saber se cierra a la sabiduría.
- La verdadera libertad sólo se experimenta cuando haces lo que tu capacidad de amar requiere. Sólo nos tenemos en la entrega.
- La vida atiza fuerte. Muestra y regala sus honduras.
- Si no pudiera pensar, me pararía. (remedando a Pessoa, sin poder acordar con él: «si el corazón pudiera pensar, se pararía»).
- Es terrible oír de un hijo: «¡no te acerques a mis hijos!» Algo así sólo se oye con el alma. Y el eco ya no se apaga. Se apaga el alma.
- Llorar humedece y suaviza el alma. Desgarra más el llanto seco. A veces sólo puedo llorar lágrimas secas, como cristales.
- Las lágrimas secas abren los ojos del alma, en canal. Y te asoman al sentido.
- La tristeza, a veces, envuelve, regaza y mantiene vivo el amor. Sería más triste la indiferencia. El verdadero apagón del alma.
- Aunque vengamos y vayamos hacia la plenitud infinita, aquí, en la historia mortal, siempre caminamos en el amor confiado y esperanzado.
- Separar el amor de la confianza y de la esperanza lo condena a volar sin alas. El orgullo no reconocido es suicida. Cree poder saber lo que nadie puede saber. Y lo considera razonable.



Sándor Károly Henrik Grosschmid de Mára, conocido como Sándor Márai

Se trata de una breve presentación del autor y su obra. Ambos, el autor y su obra reúnen los méritos para ser presentados, ambos poseen calidad y grandeza humana.

Su vida. Sándor Márai nació el 11 de abril de 1900 en Kassa, localidad ubicada en esa época, dentro del Imperio Austrohúngaro. Actualmente, con el nombre de Kosice, corresponde a la República de Eslovaquia. En 1923 se casó con Lola Matzner. El 28 de mayo de 1939, tuvieron a su único hijo natural, llamado Kristof Geza Gábor. Cuentan que fue un acontecimiento nacional. La alegría que trajo la criatura a la familia fue indescriptible. Murió con apenas seis semanas. Márai se quedó «literalmente helado». Según cuentan se quedó sin habla. Dejó constancia de su muerte en un poema titulado *Por la muerte de un niño*, donde muestra su absoluta tristeza y reconoce su incapacidad para perdonar esta pérdida.

Su infancia y pubertad, aunque no sabemos las razones, fueron conflictivas, se escapó varias veces de su casa y fue ingresado en un internado religioso. Era descendiente de una familia acomodada de origen Sajón.

Ya en los años 1920, Márai, disconforme con la política del simpatizante fascista Miklós Horthy, se autoexilió, viviendo entre Alemania y Francia. A comienzos de los años 30 regresó a Budapest, y en plena Segunda Guerra Mundial volvió a cargar contra los fascistas y los nazis, declarándose «profundamente antifascista». Fue en esta época cuando publicó una de sus obras más importantes, *Confesiones de un burgués* (1934).

Cuando en el año 1948 el ejército soviético invadió Hungría, Sándor también levantó su voz contra el régimen

comunista, y fue tildado de burgués por dicho régimen; sólo su fama le salvó de problemas mayores. Dejó su país con su mujer y su hijo (este era adoptado) para exiliarse, primero en Suiza, después en Italia y finalmente en Nueva York, nacionalizándose estadounidense en el año 1957.

Tras su marcha toda su obra fue prohibida en la Hungría comunista, hecho que provocó que autor y obra cayese en el olvido, cuando en ese momento era considerado uno de los escritores más importantes de la literatura centroeuropea. Tuvieron que pasar varios decenios, hasta el ocaso del comunismo, para que este escritor fuese redescubierto en su país y en el mundo entero.

Finalmente, la muerte de sus tres hermanos, su mujer y la de su hijo (con 46 años), en un lapsus de un año y medio, lo sumergieron en la más absoluta soledad y tristeza, unido a una visión reducida que le impedía leer. Terminó suicidándose con un tiro en la cabeza, el 21 de febrero de 1989, en San Diego, California (Estados Unidos), acto que le impidió ver la caída del muro de Berlín y el derrumbe del régimen comunista de su país.

Su obra escrita. Algunas de sus obras más importantes escritas entre el período de 1928 y 1948, el más brillante y férvido, fueron: *La extraña*, *Música en Florencia*, *La luz de los candelabros*, *Magia*, *El último encuentro*, *La herencia de Eszter*, *Divorcio en Buda* o *La amante de Bolzano*. *Confesiones de un burgués*, *La mujer justa*, *La hermana*, *Los rebeldes*, *La gaviota*, *La liberación*...

Ya desde el principio se tradujeron obras de Sándor Márai al castellano, así tenemos: *Los rebeldes* (1930), ed. Zeus, 1931, novela centrada en cuatro jóvenes en tiempos de la Primera Guerra Mundial. *Divorcio en Buda* (1935), ed. Mediterráneo, 1944. *A la luz de los candelabros* (1942), ed. Destino, 1946. *Los celosos*

(1937), ed. José Janés, 1949. *Música en Florencia*, (1951), ed. Destino, 1951. *La verdadera*, (1951), ed. Nausica. En la revista *Destino* entre 1941 y 1948 aparecieron algunos cuentos de Márai, ocho en total.

Tras permanecer en el olvido durante unos 50 años, con la caída del régimen comunista de Hungría, Sándor Márai vuelve a ser leído en su país, y en Italia la editorial Adelphi lo rescató y se colocó rápidamente en el primer puesto de las listas de libros vendidos. Inmediatamente, en España fue la editorial Salamandra la que tuvo el olfato y publicaron buena parte de su obra, a partir de 1999. Prueba de su aceptación son las 47 ediciones de *El último encuentro* y las 28 de *La mujer justa*. Dada su facilidad para conseguir las omitimos más detalles.

Su compromiso. Un hecho que dice mucho de Sándor, cuando se fue a publicar la obra *Confesiones de un burgués*, 1971, en Toronto, con el título de *¡Tierra, tierra!*; por su expreso deseo se eliminaron dos capítulos. Razón: «No dejaré que los dos primeros capítulos de *Confesiones de un burgués* lleguen al público extranjero. No quiero que en el extranjero se lea esta triste confesión, que es una acusación entre húngaros. En húngaro, para los húngaros, sí..., pero que los extranjeros no lo sepan». Una entrada del diario de Márai de 1949 permitió confirmar a los especialistas del museo Patófi de Budapest lo que ya sospechaban cuando, entre el material del legado literario recibido en 1997, encontraron unos capítulos inéditos. Se confirmó que se trataba de los dos capítulos eliminados en la edición de 1971, de la obra *Confesiones de un burgués*. Estos dos capítulos se publicaron posteriormente con el título de *Lo que no quise decir*.

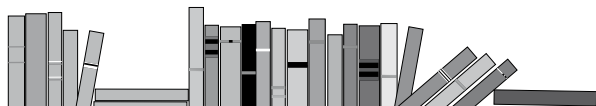
Estos textos inéditos constituyen una parte crucial de la autobiografía de Márai puesto que giran en torno a dos fechas importantes: 12 de marzo de 1938, cuando la Alemania nazi

se anexiona Austria y el 31 de agosto de 1948, cuando junto con su esposa y su hijo abandonan su país, ya satélite de la Unión Soviética. Fue muy consciente de estar asistiendo a un desastre: «en aquellos diez años dejó de existir toda una forma de vida y toda una cultura».

En este detalle y en esta obra, *Confesiones de un burgués*, se muestra el pensamiento político de una persona comprometida, que vio con claridad la tragedia y barbarie que representaban los regímenes totalitarios, el nazismo y el comunismo. Por eso no deseó para su país ni para nadie un Estado totalitario, que es la demostración del fracaso de la cultura y la civilización. Manifiesta hasta qué punto le dolieron los graves errores de su país; quiso decir los errores cometidos a los suyos, pero no airearlos en el extranjero. Un testimonio excepcional. Una vez más parece que ni los grandes, ni los pequeños profetas, tienen éxito en su tierra.

El testimonio de Sándor Márai y de otros muchos nos pueden enseñar a tener bien presente que las conquistas que humanizan, ni lo son plenamente ni lo son eternamente, todo se puede venir abajo de la noche a la mañana. Todos deberíamos hacer un esfuerzo de empuje y discernimiento para orientar nuestra acción en estos momentos tan difíciles para España y el mundo entero.

Su pensamiento literario: Empezó escribiendo en alemán, y luego decidió usar la lengua húngara para desarrollar su obra literaria, en la que destacó, además de en la narrativa, en la poesía, el teatro y en la crónica periodística. De estilo realista y descarnado, se le comparó con Thomas Mann y Stefan Zweig; unido a la claridad y precisión de su prosa. Disfrutó desde los años 30 de un gran éxito en Hungría y en toda Europa. Fue considerado uno de los grandes escritores en lengua húngara de todos los tiempos y una figura clave de



la literatura europea de entre guerras.

Sándor Márai resulta fácil y cómodo de leer, hace que cada personaje explique lo que él ve, oye, siente y piensa. Es lo que se llama «perspectivismo». Si los sienta en la misma mesa escasamente dialogan, el «otro» hace en realidad de espejo. Contribuye a que la reflexión de la que habla tenga alguien en frente y de ese modo le ayuda a seguir el hilo de su monólogo. En rigor se trata de una reflexión personal realizada en voz alta.

Destaca por saber trasladar los relatos de la vida real a la ficción con una sensibilidad especial. Los hechos o acontecimientos los traslada

a otro tiempo, un tiempo muy posterior de haber ocurrido, los lleva al final de la vida, en la que adquieren toda su perspectiva, pero también la tristeza, el espesor y el dramatismo. Momento en que ya poco se puede hacer, salvo la aceptación de los hechos y la imposibilidad de modificarlos.

Esto último lo vemos con claridad en *El último encuentro*, cuando dos amigos pretenden aclarar la postura que cada uno ha mantenido en los acontecimientos que han vivido juntos, cuando ya nada se puede hacer. Nos muestra en todo su rigor y seriedad que la vida merece ser tomada en serio. Se ve en *La herencia de Eszter*, un regreso demorado

por años, cuando ya es demasiado tarde. Lo vemos en *La mujer justa*, cuando cada personaje reflexiona y percibe con tristeza y nostalgia que el balance está echado. En fin, los personajes se encuentran ante lo inevitable, ya no hay posibilidad de corregir, de echar marcha atrás, sólo queda asumir la vida vivida. Sándor Márai lo hace a propósito para lanzarnos preguntas definitivas: «¿quién eres?, ¿qué has querido de verdad?, ¿a qué has sido fiel o infiel?, ¿con qué o con quién te has comportado con valentía o con cobardía?» En fin, no se anda por las ramas, son preguntas últimas. Las respuestas tienen que ser personales.

Finalmente, nuestro autor, como el que no se da cuenta, hace aparecer en todas sus obras el triángulo mimético, con una habilidad propia de un maestro, como lo es Sándor Márai. El deseo mimético cuanto más profundo más atrapa y menos margen de lucidez y libertad da a los implicados. Todo esto parece que Sándor lo sabe y lo maneja de una manera magistral. El deseo mimético sólo puede traer consecuencias desastrosas. Y, como de forma machacona nos recuerda Rene Girard, salir del círculo infernal del deseo mimético sólo es posible desde la lucidez que nos aporta la humildad y el perdón.

Florián Calvo

La ruta infinita

José Calvo Poyato
Harper Collins, 2019.
Narrativa histórica.
480 páginas.

Calvo Poyato nos regala, como homenaje, en el Quinto Centenario de la gran gesta de Magallanes, un preciso libro, escrito para aprender y disfrutar, de estilo claro y sencillo, que une rigor histórico y poesía. Personajes y proyecto se ensamblan para construir una historia llena de matices, nos presenta unos personajes que sobresalen por su arrojo, valentía y su capacidad de sacrificio, en fin, que resulta imposible no sentir admiración por ellos. La aventura comienza con varios objetivos, algunos pragmáticos, y termina siendo uno de los hitos más importantes de la humanidad.

Todo comienza el 10 de agosto de 1519 en Sevilla. Del puerto de las Muelas salen las cinco flamantes naos: Trinidad, San Antonio, Concepción, Nuestra Señora de la Victoria y Santiago, capitaneadas por el experimentado navegante portugués Fernando de Magallanes. Tras cuarenta días

de espera en la desembocadura del Guadalquivir, comienza su andadura en mar abierto. Los sueños, los proyectos, son variados, entre ellos encontrar el paso que debía unir los mares del Norte y del Sur y que suponía acortar los viajes a las islas de Las Especias. Tras no pocas aventuras, vencen uno de los obstáculos, abrir una ruta nueva en Tierra de Fuego. Situados ya en el inmenso e inexplorado Pacífico, llegan a las islas de las Molucas, en una de las cuales encuentra la muerte Magallanes. El regreso ante los escasos hombres, fuerzas, víveres y barcos, lo hacen por la ruta conocida del cabo de Buena Esperanza, llegando a Sevilla el 8 de septiembre de 1522. Lo hicieron así con solo la nave de la Victoria y con 18 hombres, de las cinco naves y los 239 hombres que habían salido de Sevilla, capitaneados por Juan Sebastián Elcano. A pesar de la multitud que se apiñaba en las riberas y en el puerto de Sevilla, los tripulantes escasamente podían mantenerse en pie para corresponder a los saludos de bienvenida, ese era el lamentable estado en que terminaron la primera vuelta al mundo.

José Calvo también quiere presentarnos el ambiente de la época y lo hace de forma admirable, para eso nos lleva de recorrido por las calles de la capital del reino de Portugal, Lisboa, donde se está construyendo la Torre de Belén y el monasterio de los Jerónimos, y Magallanes está rumiando su proyecto. También nos hace visitar Sevilla, una ciudad llena de vida y ajetreo, con los viajes a las Indias y su famosa y poderosa Casa de Contratación. Finalmente, visitamos la corte de Carlos I, como no podía ser menos, con sus habituales intrigas y los intentos de frustrar la expedición que pretendía dar la vuelta al mundo y abrir una nueva ruta para llegar a las Islas de las Especias.

Pero donde el libro sobresa- le de forma admirable, donde muestra su singularidad, es al presentarnos una situación y unos acontecimientos que brillan con luz propia, sin juzgarlos. Los personajes son presentados con gran variedad y riqueza de matices, con sus miserias, pero resaltando también lo mejor de cada uno, y de entre todas las figuras destaca Magallanes, que es adornado con las mejores virtudes.

Resulta extraño, pero es verdad, el lector no encontrará ni rastro de la constante y aireada leyenda negra sobre la historia de España, contada como si fuese verdadera. Incluso el rey Carlos I aparece como un hombre preocupado y ocupado con los problemas que le presentan, y que en esta ocasión fue su apoyo el que salvó la empresa del fracaso. Solo por esta actitud ante nuestro pasado merece la pena leer este libro. *La ruta infinita* nos muestra una de las grandes gestas de la *historia de la humanidad*, y para los que intentamos comprender el pasado sin denigrarlo es un libro reconfortante que nos reconcilia con lo mejor de lo hecho por nuestros antepasados, pero que nos separa radicalmente de esta ñoñería cultural de *kindergarden* tan en boga. A toda esta legión de tibios, me temo que no les hará mucha gracia este reconocimiento de grandeza y dolor. Gracias a José Calvo Poyato por esta joya.

Florián Calvo

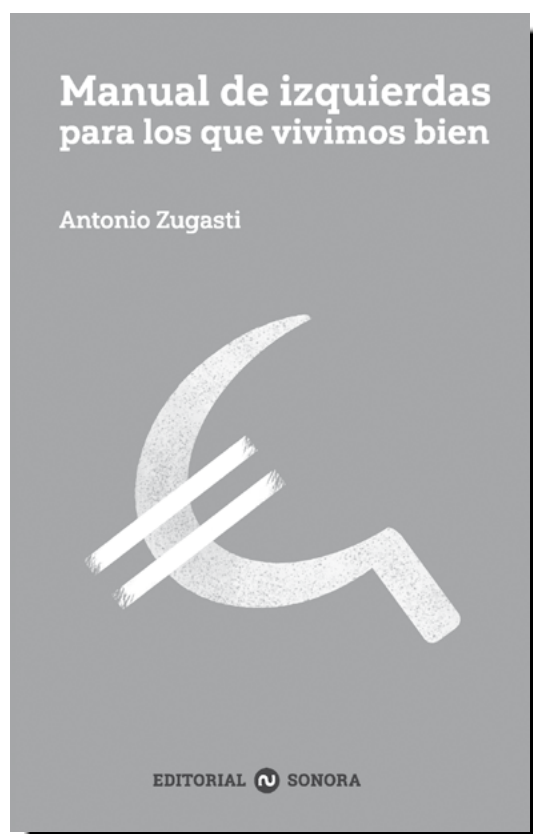


EN LA MECEDORA

CARLOS DÍAZ

*Manual de izquierdas
para los que vivimos bien*

Zugasti, A.
Editorial Sonora, Madrid, 2020

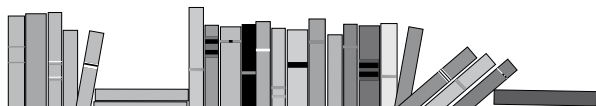


«Bueno, los que pensamos en buscar una salida sin estallar el cerebro contra el muro tenemos un problema, y es que pensamos con el estómago bastante lleno. Recuerdo las asambleas que hace cuarenta años celebrábamos los trabajadores de Iberia afiliados al Partido Comunista. Allá por los finales de los setenta, con la transición recién estrenada y las ilusiones sin el chaparrón del desencanto. Y también con la sociedad de consumo asomando por nuestros escaparates, nuestros televisores y nuestras carreteras.

»Veíamos la democracia incipiente y las recobradas libertades como el primer paso hacia la gran transformación socialista de la sociedad. Después de discutir acaloradamente sobre la mejor forma de dar este paso que nos liberaría definitivamente a los trabajadores de la explotación capitalista, terminábamos cantando con todo entusiasmo la Internacional, incluido eso de *arriba parias de la tierra, en pie famélica legión*.

»A continuación, muchos *parias de la tierra* cogíamos nuestros coches para irnos a cenar tranquilamente, y luego un ratito sentados cómodamente en el sofá frente al televisor. A no ser que alguno prefiriera pasar por el bar a tomarse unas cañitas antes de ir a casa. ¡Y que no se le ocurriera a nadie poner la asamblea en viernes! Porque bastantes miembros de la *famélica legión* se iban a pasar el fin de semana en su parcela por los alrededores de Madrid, o a su casita del pueblo. Y, claro, tenían que marcharse la tarde del viernes para aprovechar bien el fin de semana. El miércoles tampoco era buen día, que había fútbol.

»Aquí empezaba a parecerme que algo no encajaba bien. Que, por lo menos algunos ratos, entre asamblea, mitin y huelga, habría que dedicarse a repensar despacio algunas cosas. Lo que pasa es que eso de ponerse a pensar seriamente qué estamos haciendo, para qué y cómo es trabajoso y además no está en el ambiente. Por supuesto no está en el ambiente de *El pensamiento único*. Pero tampoco estaba en el ambiente de una izquierda tradicional, que ya tenía las respuestas perfectamente elaboradas gracias al *socialismo científico*. Cuando un día encontramos que esas respuestas no encajaban bien con la realidad, mucha gente de cuyo nombre no quiero acordarme consideró que era más cómodo tirarlas y buscar otras en la economía de mercado. La cosa demuestra más bien poco rigor intelectual —o mucho afán de



prepar—pero la verdad es que a bastantes les ha funcionado muy bien la nueva chaqueta... *¡estamos tan a gusto sentaditos en la mecedora y con este suave vaivén!*

»Además, se da entre nosotros una oculta satisfacción de nuevos ricos. Muchos mayores recuerdan los días de su infancia cuando los famosos *años del hambre*, en la década de los cuarenta del siglo pasado. Eso les hace sentirse todavía más a gusto en un viaje del Insero, o sentaditos en el sofá frente a la tele, o con una cervecita y unas gambas... si el colesterol y las transaminasas se lo permiten»¹. El resultado es que «con estos valores tendríamos unas *personas postcapitalistas*, elemento esencial y básico para construir la sociedad postcapitalista»². Además, «es bastante fácil encontrar personas que le den valor a la moral y a la ética en su vida privada, pero en la vida pública, en la sociedad, esos valores no cuentan»³, y por eso «nuestro problema fundamental va a ser controlar esa *deformación patológica* del instinto de conservación que es el *ansia de beneficio económico* a cualquier precio»⁴. En suma, que «el capitalismo es la religión dominante en nuestro mundo. Ha tomado la proclama del islam: *No hay más Dios que Alá, y Mahoma es su profeta* y la ha transformado en su primer artículo de fe: *No hay más Dios que el Dinero y el Mercado es su profeta*. Lo que pasa es que no es un Dios exclusivista y permite el culto a otros dioses, siempre que se mantenga la jerarquía y él sea el dios supremo»⁵.

Antonio Zugasti, tío de mi amigo Paco Zugasti, fue cura obrero, luego sólo obrero, «trabajando siempre por el mundo de libertad, justicia y fraternidad a que nos llama Jesús de Nazaret». En este libro dice con sencillez y profundidad lo que yo he estado deseando escuchar desde hace muchos años. Y de paso, reverdece mi necesidad de escuchar algún otro testimonio que vaya en la misma línea autocrítica por parte de los universitarios burgueses de ayer, y hoy amigos del silencio de los corderos⁶. Soy un poco más joven que Antonio Zugasti, y también he militado como él en la misma búsqueda de la justicia. Nunca he sido obrero, aunque como profesor he ganado poco más que un obrero cualificado, e incluso menos.

Soy seguidor de Jesús de Nazareth también. Y todo mi afán ha sido matarme para que la clase obrera creciese culturalmente en la línea en que lo echa de menos Antonio Zugasti sin acritud, pero con elegancia y firmeza. Y me alegro de que siga en la brecha, a pesar de todo lo que ha caído, pues quien no conoce esa historia, origen de la actual, conoce la actual y puede elevar a la altura del ser humano propuestas de mejora.

Mi identidad cultural, sin embargo, ha sido otra. Nunca fui comunista, ni he creído en el materialismo dialéctico, ni en las verdades científicas socialistas. Viví y vivo mi ética militante desde la perspectiva anarquista clásica, aunque he procurado tender puentes con el marxismo. En cualquier caso, siempre me sentí solo porque ha faltado reflexión antropológica sobre quién es el ser humano y qué cabe esperar de él, sin pesimismo y mucho menos sin calvinismo, pero sin angelismo. La *pobreza teológica y antropológica* la he palpado en todos los lugares donde se oía a izquierda, moderada o supuestamente radical. No es que rechace yo «los avances que se podrían lograr mediante una colaboración entre un socialismo abierto y un cristianismo auténticamente evangélico»⁷, algo pretendido desde el comienzo de la transición, pues dos sistemas que no comparten una misma antropología y cuyas raíces éticas y religiosas son tan disimétricas, sólo logran alianzas momentáneas. Por eso me gustaría ahondar en este texto de Antonio Zugasti: «Nuestra pregunta, la que nos hacemos la izquierda de los países ricos, los que vivimos suficientemente bien, no puede ser ¿cómo conseguimos tener más? Nuestra pregunta tendría que ser ¿cómo conseguimos que todos los seres humanos tengamos el mínimo necesario para vivir dignamente? Y junto a esa pregunta otra fundamental: ¿cómo conseguiremos ser realmente felices con una vida austera y sencilla? En el mundo capitalista, a la irrenunciable aspiración humana a la felicidad se responde de una forma muy simplista: teniendo más, teniendo de todo».

Porque la felicidad es una utopía antropológica, que está en función de una ética de la alteridad; al final, no estamos sólo para ser felices, sino para ser dignos de la felicidad. Lo cual conlleva el reconocimiento del mal personal y social, la alegría del nosotros y del tú postconvencional, y pararse a pensar si hemos nacido para reproducir nuestro código genético entre la estratosfera y la biosfera, con muerte planetaria. Y esto no lo he visto por ahí⁸. De lo contrario saldremos de una mecedora para entrar en otra.

1. Zugasti, A.: *Manual de izquierdas para los que vivimos bien*. Editorial Sonora, Madrid, 2020, pp. 101-103.

2. *Ibi*, p. 138.

3. *Ibi*, p. 143.

4. *Ibi*, p. 150.

5. *Ibi*, p. 162.

6. Por tanto, ojalá puedan ustedes hacerse con este magnífico libro de bolsillo, que he devorado en una tarde. Cómprerlo, es barato y sabio.

7. *Ibi*, p. 116.

8. Cfr. Díaz, C.: *Estos días llenos de noches*. Editorial Sinergia, Guatemala, 2020; *De otro modo*. Editorial Sinergia, Guatemala, 2020; *Derecha burra e izquierda caviar*, Editorial Sinergia, Guatemala, 2020; *En las cimas de la desesperación*. Editorial Sinergia, Guatemala, 2020. Son mis últimos cuatro libros.



En las cimas de la desesperación. (El miedo a vivir)

Carlos Díaz
Editorial Sinergia, Guatemala,
2020

¿Qué sentido tiene la vida? El 10 de marzo último, dos días antes de la reclusión domiciliar impuesta por el Gobierno, Carlos Díaz vino a Badajoz. Esa noche presentamos en la Real Sociedad Económica de Amigos del País su obra *Memorias de un escritor transfronterizo* (Madrid, Fundación Mounier, 2019), que reseñé en *HOY*. Tuve el honor de acogerlo en mi casa y ofrecerle algunos libros. Nuestro visitante optó por llevarse un ejemplar que yo guardaba de *Las cimas de la desesperación*, obra de E.M. Cioran (Barcelona, Tusquets Editores, 1999). La diagénesis nos la proporciona el filósofo rumano (1911-1995) que un día decidió afincarse en París, aunque, según su *Diario*, le hubiese gustado hacerlo en España: «Es evidente que, de no haberme puesto a escribir este libro a los veintiún años, me hubiese suicidado. En el estado en que me hallaba en esa época, sólo podía escribir un libro excesivo y que en cierto momento raya en el delirio. El título es pomposo y trivial a la vez. La expresión se utilizaba con mucha frecuencia en la rúbrica necrológica de los periódicos de entonces: a

propósito del menor suicidio, se evocaban las *cimas de la desesperación*. Yo tenía varios títulos, pero no acababa de decidirme por ninguno de ellos. Un día, en el café al que acudía todas las tardes, pregunté al camarero: ‘De estos títulos, ¿cuál prefiere?’ Me quedé con el que más le gusto a él. A casi todos los lectores de este libro les ha llamado la atención algo que me parece exacto: que contiene todos los temas —o, más precisamente, todas las obsesiones— que han dominado mi vida y que, afortunada o desgraciadamente, continúan haciéndolo».

A Carlos Díaz se le disparan rápidos los pulsos de la creación (ha publicado más de trescientos libros). Sólo dos meses después del encuentro me llega este otro suyo, con el título de Cioran y una coda significativa: *El miedo a vivir*. El filósofo español, siempre provocativo, la añade como burla al miedo a morir que durante la pandemia del C19 se ha expandido por todos los ámbitos. Lo prologa con un texto tomado de *Os salvaré la vida* (Premio 2017 de Novela Histórica Alfonso X el Sabio), donde Joaquín Leguina evoca la figura del militante libertario Melchor Rodríguez, «el ángel de Carabanchel», que, jugándose la suya, tantas vidas salvase en aquel alocado Madrid de la guerra civil.

La obra de Carlos Díaz puede ser considerada un tríptico, con piezas bien distintas, pero

un telón de fondo común: las reflexiones del pensador rumano sobre el miedo a vivir. En cada una van ensamblándose teselas de distinto volumen procedentes del depósito textual que diariamente engrosa este escritor incontinente. Algunas ya vieron la luz en los distintos medios digitales donde colabora.

Constituyen la parte inicial una veintena de apuntes que, a modo de diario, el filósofo compuso durante la fase I de la reclusión decretada por el gobierno en todas las provincias españolas. No oculta que también él, sabiéndose por edad persona de riesgo, hubo de sufrir, como tantos de nosotros, el temor a contagiarse y replantearse cada noche, a la hora de los aplausos, qué sentido tiene vivir en esta «sociedad de cobardes atrinchera detrás de la pantalla de un móvil» (pág. 27). «Ese pandémico pánico a morir —escribe más adelante— demuestra que la mayoría de la población necesita ser reeducada en la vida» (pág. 35). Para ello, juzga oportuno ir proponiendo los valores morales en los que cree, enemigo como es de cualquier forma de hedonismo ético, *pensamiento débil* o postmodernidad disoluta, si no cínica.

Sigue el diálogo explícito con Cioran, en capítulos que reproducen amplios textos de la obra citada, con sus oportunas paráfrasis, réplicas y refutaciones. El entonces jovencísimo,

pero sorprendentemente maduro escritor, hijo de un sacerdote ortodoxo, agnóstico y apátrida, pesimista y ácido, contradictorio tantas veces (se conocen sus simpatías iniciales hacia Hitler y Mussolini), ya manifestaba el que habría de convertirse en axioma de su pensamiento: «la inconveniencia de la existencia».

Aunque inconvenientes existenciales experimentaría como pocos Víctor Frankl (Viena, 1905-1997), que se erige en el centro de la parte tercera y última. Baste recordar que este psiquiatra de etnia judía sobrevivió a varios campos de exterminio (Auschwitz y Dachau, entre otros), donde perecieron sus padres, esposa y familiares más estrechos. Carlos Díaz se interesa por la «logoterapia», tratamiento psicoanalítico formulado por este autor de obras tan relevantes como poco conocidas. «La logoterapia pretende ayudar a la persona a ponerse en disposición de encontrar su sentido existencial y descubrir los valores que dimanan de aquel», recuerda C. Díaz (pág. 118) reafirmando en la singularidad y valía de cada uno de los seres humanos.

Como en todos sus libros, el filósofo español derrocha ingenio, cultura literaria, humor y sobresaliente dominio del lenguaje.

Manuel Pellecín



Carta a Benito Estrella

RESCATE PRIMOROSO DE LO VULGAR

Luis Miguel Margüenda León

Profesor de Lenguas Clásicas

Intentaré, querido autor, con torpes palabras, acercarme al estupendo ensayo que has escrito. No favorecerán esta labor la pérdida del hábito de la escritura ni la falta de bagaje en campos como la fenomenología o los Evangelios, que no estaría mal para darle cierto empaque intelectual a mis opiniones. Sin embargo, no necesitas rescatarme estos primores de lo vulgar porque crecí con ellos (aún veo a mi madre deshaciendo de madrugada un traje de gitana mal pagado por no estar contenta con el resultado; horas y horas deshilachadas, menos condumio para echar a la olla y un futuro de dolores en la espalda) o al labrantín, porque mi padre tenía mucho de labrantín resignado ante la pérdida de parte de su familia en la postguerra y miraba también al cielo suspirando cuando me llevaba a pescar en silencio porque su vida estuvo tristemente condicionada por la historia política de su familia. Son suspiros que no se llevó el aire aunque necesité demasiados años para entender sus silencios.

Con estos mimbres, me hice mayor, y estas varitas delgadas y flexibles se hicieron troncos robustos que me han permitido sortear todos los badenes y las corrientes que me han agitado durante mi vida, al menos, hasta ahora. Por consiguiente, el mensaje que cierra y en-cierra el libro y que has ido desgranando a lo largo de sus páginas lo entiendo y lo tengo asimilado.

No hay mejor elección que Azorín y su labrantín para ejemplificar un modo de vida perdido. Muchas veces me pregunto por qué lo vulgar se ha degradado en chabacanería. Vuelvo a veces al barrio donde nací y solo reconozco los naranjos, ya mayores. No escucho cantar en los balcones, no veo a niños en el albero ni en las tiendas resuena el gracejo que después

leí en los refranes de Sancho Panza. El mundo ha cambiado y este rescate de lo vulgar es necesario, aunque me temo que se ha perdido, «como perdí a mi padre y a mi madre», que diría la mía. Esas expresiones populares me salen en clase y veo las caras de alumnos de pueblo dormitorio de Sevilla preguntarse qué habré querido decir. Es el mundo de ayer, como diría Stefan Zweig. Y no es una crisis de valores, Benito, porque solo hay una crisis cuando los valores antiguos no han terminado de extinguirse y los nuevos están apuntando; no, ya no quedan los antiguos, solo se enseñorean los nuevos. Con estas palabras anteriores solo te refrendo la necesidad del libro.

Sin embargo, no es una lectura al alcance de todos. Si aplicáramos la teoría de la recepción, creo que

es un libro magnífico para los lectores de la Fundación Mounier, para sus colecciones *Persona* o *Sinergia* porque hay un mensaje claro que entronca con la línea de la editorial. El labrantín encarna dos ideas propias del mensaje de los evangelios: es un *simple* y una persona *humilde*. Y a este grupo de lectores no hay que explicarles nada. Ellos, como buenos cristianos, entienden la complejidad de estos términos. Sin embargo, ese mensaje se vuelve más universal para lectores que,



como yo, no alcanzan a comprender algunos de ellos y, por esa razón, siempre te adelantas a cómo pueden ser interpretados hoy en día términos como *simpleza*, *resignación*, *ingenuidad*, *reciedumbre*, etc. Vas un paso por delante del lector y me parece que ese proceder es otro de los tantos aciertos del libro. Podrán no compartir tu mirada del mundo, pero es una mirada bien argumentada con la que has intentado desmontar otros enfoques como el marxista.

La otra dificultad para la lectura del libro es formal. Me resulta curiosa la evolución que has experimentado hacia una mayor densidad conceptual. Quizá la dificultad del mensaje oscurece la palabra o quizá las lecturas de tus últimos años han condicionado tu estilo y hay lectores, como yo, que aún deben leer mucha filosofía para alcanzar a comprender completamente algunas de las páginas del libro. Además, he tenido la sensación de que había como dos almas en el libro. En la primera, sentía el pensamiento (muy hermosas todas las interpretaciones de los textos de Machado y de Azorín) y, en la segunda, pensaba el sentimiento.

Las apreciaciones que te hago ahora descienden a un plano más concreto. Uno tiene la mala costumbre de llevar a su terreno todo lo que lee porque con los años he ido comprobando qué acierto tuve cuando estudié clásicas. No sé si será el paso del tiempo o las pérdidas que hemos ido teniendo durante estos años, pero cada vez vuelvo más la mirada hacia atrás con el riesgo de convertirme en una estatua de sal. He encontrado ecos en el libro del estoicismo clásico de Epicuro, de Séneca y de Marco Aurelio. La idea de que hay que afrontar el futuro sin miedo porque a veces

nos hacemos una imagen de unos males terribles que nunca llegan a azotarnos tiene concomitancias con ese ¡*Dios proveerá!* También la idea del mundo como representación, la invitación a dudar de la realidad... Sin embargo, un clásico (sobre todo un historiador griego o romano) nunca hubiera entendido la Historia sin la importancia externa, social e histórica de las acciones de los hombres, hombres en concreto (el género de la biografía, entre otros, no hubiera nacido, ni el carácter ejemplar de la historia antigua). Lógicamente, esa actitud los llevaría a potenciar el sujeto y las acciones de los hombres (aunque siempre condenarían la soberbia, la *hybris*, y pensarían en el destino como complemento de nuestras acciones; pienso en la expedición a Sicilia narrada por Tucídides, malograda por circunstancias ajenas a los navegantes; es decir, en el fondo reconocen su condición de criaturas, pero no comparten que sea Dios-Vida quien otorga el poder de realizarlas.

Este es un libro río. En él confluyen todas tus obsesiones (la educación concebida a la medida del hombre, la importancia de la formación en la escuela, el mundo como consumo, la ética del cuidado, la antítesis artesano-industria, la falacia de una realidad objetiva, el poder de lo espiritual como anclaje en el mundo, el rescate de valores como la humildad y la simplicidad, etc.) y las ideas van y vienen como afluentes que se separan y se reencuentran.

Hoy en día, las personas inocentes, simples, humildes nos dan pena porque serán víctimas de los malévolos y cínicos que pueblan nuestras calles. Reivindicarlos es un acto de ternura que conecta con la emoción tornasolada de releer a Azorín.

■ Análisis

El medio ambiente en la encrucijada



PRESENTACIÓN

LUIS FERREIRO
Director de *Acontecimiento*

En las últimas décadas la crisis medioambiental se ha agudizado, apareciendo nuevos problemas y agravándose muchos de los antiguos. La explotación de los recursos de la naturaleza se intensifica y se abren vías nuevas para la explotación de otros que hasta ahora no habían sido objeto de la ambición humana. La contaminación envenena el suelo, el aire y el agua. Los desechos del consumismo invaden la tierra firme, el aire y los mares. Los daños producidos repercuten en el ser humano y, a veces, cuando se internalizan, los municipios, las regiones o los Estados se preocupan y tratan de ponerles remedio, en la medida en que son problemas localizados. Sin embargo, con frecuencia los daños al medio ambiente no repercuten directamente en nuestras vidas a corto plazo. Son problemas que exceden a la soberanía de los Estados, tales como la contaminación de los océanos, la pérdida de diversidad genética, la alteración del clima, la contaminación transfronteriza, etc.

Las soluciones son complejas y requieren una toma de conciencia y una voluntad de acción firmes, que no pueden quedar al azar de una mera buena voluntad, sobre todo porque la acción supone sacrificios seguros e inmediatos, mientras que los beneficios son a largo plazo e inciertos y, sobre todo, dependen de que la acción sea conjunta. Ante esto, el obstáculo con el que suelen tropezar las políticas medioambientales es el del gorrón —o, más finamente, el *free rider*—, cuya actitud es la de beneficiarse del esfuerzo de los demás, escamoteando el suyo, siempre diligente a la hora del cobrar el premio y remolón a la hora de pagar el precio. De ahí que las soluciones de mercado suelen ser ineficientes y se requiera una legislación coercitiva y una gobernación global que hoy por hoy no existe ni se ve posibilidad de que llegue a existir.

Ante esto, hay dos caminos paralelos, el del hombre nuevo y el de las instituciones eficaces. El primero siempre está a nuestro alcance. En un mundo donde muchas personas no tienen una experiencia intensa y habitual de la naturaleza, que han nacido y crecido en una jungla de asfalto, cristal y cemento, la sensibilidad hacia la naturaleza está generalmente embotada. Sería necesario un cambio en la educación que exalte los valores intrínsecos de la naturaleza y ayude a descubrirlos y sentirlos, una educación estética que enseñe a admirar, una educación ética que enseñe a respetar

y amar, y una educación religiosa que enseñe a venerar en su justa medida a la naturaleza.

Cuanto mayor sea el número de personas que sintonicen con los valores naturales mejor, tanto para el medio ambiente como para toda la humanidad. Sin embargo, esto no es suficiente. Por mucho que las personas observemos individualmente una conducta benéfica, aunque sean mayoría, hay problemas que por su escala, complejidad o gravedad requieren intervenciones de una magnitud tal que el mero sumatorio de las conductas positivas, aunque fueran masivas, no lograría restaurar el medio ambiente de un deterioro secular que apunta a daños irreversibles o evitar agresiones voluntarias o no, inconscientes o con conocimiento de causa. En estos casos, la ignorancia o la ceguera inducida por intereses perversos reclaman medidas que sólo unas instituciones poderosas, actuando con criterios imparciales y racionales, tienen capacidad de implantar y hacer respetar.

Indudablemente, más de dos siglos de desarrollo industrial dirigido por una mentalidad que estima que la capacidad de la tierra es infinita, tanto para proporcionar recursos naturales sin límite como para asimilar residuos sin inmutarse, tenía que llegar a una situación en la que la finitud de la tierra desmintiera la ilusoria infinitud de un mundo artificioso, construido a base de la explotación del hombre y de la naturaleza. Todavía estamos a tiempo de recuperar un control ecológico y humano del medio ambiente, pero nos acercamos peligrosamente al límite del agotamiento irreversible. Por eso, hay que tomar conciencia y actuar antes de la hora trágica del desastre.

No podemos dar cuenta de todos los problemas en este monográfico, pero la literatura es abundante en estos temas y está al alcance de cualquiera. En ella descubrimos la precariedad de la fina envoltura de la biosfera, expuesta a desequilibrios que pueden ser fatales. Es asombroso y alarmante descubrir procesos que pasan desapercibidos ante nuestros ojos, sin que lleguemos a sospechar su trascendencia para la vida tal como la conocemos. Lo que hemos intentado hacer, por encima de todo, es llamar la atención sobre el hecho de que la suerte de la humanidad está unida al futuro de la biosfera y al hecho incontestable, insistentemente subrayado en la encíclica *Laudato sí*, de que la explotación de la naturaleza y de la humanidad son dos caras de la misma moneda y, por tanto, la lucha por la liberación de ambas ha de ser también indisociable. 

EL MEDIO AMBIENTE EN LA ENCRUCIJADA

Entrevista a Federico Velázquez de Castro

Educador ambiental

POR LOS MIEMBROS DEL INSTITUTO E. MOUNIER (SEVILLA)



En los días del confinamiento, recurriendo a una videoconferencia entrevistamos a Federico Velázquez de Castro, doctor en químicas, educador ambiental y veterano militante de la causa ecologista, que nos ha acompañado durante décadas en numerosos actos del Instituto Emmanuel Mounier. Con él hemos revisado algunos de los numerosos problemas que acechan a la naturaleza, causados en gran medida por el comportamiento humano hacia ella.

Luis: ¿Cómo llegaste al movimiento ecologista (ME)?

Respuesta: Yo trabajaba en un colegio como profesor y me dieron a pesar mío la asignatura de ciencias naturales, lo que me obligó a ponerme al día en un tema que no conocía tanto como la química o la física, pero como seguía una pedagogía activa salíamos mucho, visitábamos los parques, el jardín botánico y todo eso me requería una preparación. Luego, cuando en un momento determinado en el ME comenzó a debatirse si conservar o también cuestionar, es decir, tener una posición más política, más crítica, fue cuando ya dimos el paso de decir que esto no se arregla solo conservando, como en el siglo XIX, sino que hay que pensar en

un cambio de modelo, en un cambio de estilo de vida, si queremos proteger el medio ambiente. Una vez que entré en ese campo ya no me separé de él, tanto vocacionalmente, en cuanto que me hice uno de los de los primeros socios de Greenpeace y de Amigos de la Tierra, como profesionalmente, dado que empecé a trabajar para ADENA WWF. También orienté hacia la química ambiental buena parte de mi trabajo como científico. Siempre defendí que, si la química ha hecho una serie de desmanes a nivel ambiental, también puede ser un vehículo para dar soluciones. Entonces trabajé como profesor de ciencias ambientales y de educación ambiental en escuelas de negocios, en la administración, en entidades no formales y en la Universidad de la Rioja.

Adolfo: El ME ha tenido desde el principio connotaciones políticas. ¿Empezó siendo algo exclusivo de grupos de izquierda? ¿Siempre había un componente político en la acción?

R: El ambientalismo actual tiene una serie de precursores. El paisajismo fue el primero, en él solamente tenía peso la contemplación, el disfrute de los valores del medio, con figuras en la poesía como William Wordsworth, o en la pedagogía, como Giner de los Ríos. En una segunda fase, se comienza ya a atisbar algún tipo de riesgo, de peligro, y entonces surge el conservacionismo: este patrimonio no basta con disfrutarlo, además hay que dictar medidas para conservarlo. Y finalmente el ecologismo, donde hay un compromiso social en la defensa del medio. Este debate se ha dado también en España. Había dos tendencias, los que exclusivamente defendían lo ambiental desde una perspectiva de valores naturales, sin más, es decir, una posición conservacionista (valores de la fauna, flora, espacios, etc.), y otro movimiento que luego se agrupó en AEDENAT, germen de Ecologistas en Acción, con una visión más sociopolítica, es decir, una visión a través de la cual lo que daña el medio es un modelo económico, un estilo

de vida, y entonces no basta con ir protegiendo hoy el lince, mañana un bosque, más allá el oso, sino que hay que hacer un planteamiento más global. El debate continúa porque todavía hay personas que lo político no lo ven como un componente importante, sólo están en el campo de la conservación. Es el caso de ADENA WWF, que es una organización conservacionista, la SEO (Sociedad Española de Ornitología), o la UICN (Unión Internacional de Conservación de la Naturaleza). El conservacionismo tiene su campo. Yo personalmente me inclino más hacia el campo sociopolítico, es decir, que no puede haber una defensa cabal de lo medioambiental si no hay un cuestionamiento del sistema socioeconómico.

Luis: ¿Cómo está representada la ecología política en España?

R: En España la organización predominante es Ecologistas en Acción, que reúne unas 300 organizaciones, unidas por una visión de la ecología social, si no política concretamente sí de ecologismo social. Goza de muy buena salud, en la medida en que hay grupos en toda España. Sin embargo, mientras que en países nórdicos o centroeuropeos, incluso en Francia e Italia ha calado un mensaje de ecologismo representativo o parlamentario, aquí en España ha sido mucho más difícil. Ha habido muchos intentos, desde hace 30 o 40 años, que han sido mal vistos en muchos casos por estos que ahora son los Ecologistas en Acción. Finalmente, con la formación de EQUO parecía que había un canal de conexión con lo parlamentario. Pero ahora EQUO tampoco parece encontrar su lugar, en la medida en que quien era su cabeza, un hombre de prestigio, Juancho López Uralde, que también fue presidente de Greenpeace, ha quedado vinculado a Podemos, mientras que EQUO se alinea con Más País, por lo que tendrá que reformularse. Pero, desde luego, quien sigue llevando la iniciativa, sobre todo en la ecología social, es Ecologistas en Acción.

Luis: Desde un punto de vista ecologista ¿cómo ves la política ecológica del resto de los partidos políticos? ¿Hacéis una crítica? ¿La rechazáis?

R: Quien hace los mejores análisis es Greenpeace, porque antes de las elecciones examina todos los programas, hace un estudio bastante bueno y formula una serie de peticiones. Se ve que no hay ningún partido político que verdaderamente tenga un compromiso claro a favor de lo ambiental y una crítica contundente al modelo económico. Me gusta la independencia que el movimiento ecologista siempre ha mostrado. A la hora de una cita electoral, los diferentes partidos políticos hacen reuniones con este tipo de movimientos

—yo he acudido a algunas de ellas—, y los movimientos hacen sus reivindicaciones. Por tanto, desde una independencia, sí que se formulan una serie de puntos importantes en relación con la movilidad, la planificación, la energía... Naturalmente, yo creo que eso converge mucho más con posiciones de izquierda que de derecha, y eso también los grupos ecologistas lo saben, y a la hora de plantear una reivindicación también saben a quién se tienen que acercar más para que lo canalice a nivel parlamentario.

Luis: ¿No te parece que la ecología es un tema que todos los partidos quieren utilizar y que están dispuestos a manipular el ecologismo?

R: La gente que forma parte del ME no se deja embaucar fácilmente. Fíjate que tal es así, que para admitir que hubiera representación parlamentaria tuvieron que pasar muchos años. Humberto da Cruz, presidente de Amigos de la Tierra, desgraciadamente fallecido, fue el primero que intentó presentar una lista para ir al Parlamento. Se ganó una cantidad tremenda de críticas.

Luis: No te lo preguntaba en el sentido de que se dejen manipular, sino que haya voluntad de manipulación por parte de los partidos, de encontrar rendimiento electoral a los problemas ecológicos.

R: Por parte de la derecha, en ningún modo, porque viendo en este momento hasta qué punto son capaces de subordinar lo sanitario a lo económico, ya podemos imaginarnos cómo ellos esgrimen nada más que medidas de tipo ornamental en relación con este tema, pero no se les ocurre avanzar en medidas comprometidas. Ningún partido en la derecha se ha destacado como abanderado de ninguna causa ecologista. Si acaso un poco, recientemente, Ciudadanos, pero prácticamente nada. En la izquierda sí tienen áreas de medio ambiente donde trabaja gente competente y por lo tanto no hay voluntad de manipulación. La gente que formula un programa de reivindicaciones sí que está trabajando por ello. Otro caso sería lo del PSOE, que sí quiere congraciarse y atraer a este tipo de movimientos, sin que ellos lleguen a creer de una manera clara en las cosas que formulan. En el PSOE no es fácil encontrar gente que milite en movimientos ecologistas y por eso cuando aparecen con programas muy elaborados levantan ciertas sospechas de hasta qué punto eso responde a una voluntad sincera o si es exclusivamente una presentación electoral. Yo estoy en coordinadoras en relación con el clima o la biodiversidad y la representación del PSOE es ínfima. Por lo tanto, en el

PSOE sí puede haber más ambigüedad. En los otros no, la derecha porque ni lo intenta, la izquierda porque sí es ya parte de sus objetivos.

Luis: Avanzando en otro terreno, ¿qué temas son actualmente problemáticos para la naturaleza, para el medio ambiente, para el hombre? ¿Cuáles son los temas que a ti te preocupan más?

R: Fundamentalmente dos: lo que nos afecta por fuera y lo que nos afecta por dentro. Ahí tenemos hoy los dos grandes desafíos del medio ambiente. Lo que nos afecta por fuera es todo lo que tiene que ver con problemas bien conocidos por todos. La pérdida de la capa de ozono es un problema que afortunadamente está en vías de solución. Hoy el gran desafío es el cambio climático. Es un tema que conocéis bien y no nos vamos a extender, pero es uno de los retos que nos va a hacer más difícil la vida en el planeta. No deja de ser absurdo y estúpido por parte del ser humano generar un contexto donde va a resultar más difícil vivir. Ahora, es más preocupante bajo mi punto de vista, todo aquello que va llegando a través del aire, de la alimentación, del agua, de los productos que nos rodean. Y que todo eso se va acumulando dentro de nuestro organismo. Hace ya unos 20 años, la Comisaria sueca de Medio Ambiente, Margot Wallström, hizo una prueba de tomarse muestras de sangre para ver qué productos extraños estaban en nuestro cuerpo y le aparecieron más de dos docenas. Esto que tenemos todos los ciudadanos occidentales es una auténtica bomba de relojería, porque empiezan a verse problemas. Algunos de estos productos son los alteradores o disruptores hormonales, eso puede poner en peligro la supervivencia de nuestra especie. Llevamos en nuestros organismos alrededor de 20 productos que no tienen por qué estar ahí, es verdad que en una proporción muy pequeña, pero desconocemos qué efectos a largo plazo pueden tener y cómo pueden interactuar entre ellos, ahí tendríamos un riesgo que debería preocuparnos en gran medida.

Luis: La OMS hizo un estudio en 2016, según el cual las muertes causadas por la contaminación atmosférica son muchas más que lo que se pensaba anteriormente. Por ejemplo, aumenta el riesgo de cáncer de pulmón sin necesidad de ser fumador.

R: Si fuéramos hacia atrás y viéramos los impactos ambientales, la mayoría de los que aparecen históricamente tienen que ver con la contaminación atmosférica. Lo que ocurre en el valle del Mosa, en Bélgica, en Pensilvania, en Londres en 1952, etc., y todavía el problema

no se ha resuelto sino que incluso se ha agravado. Hay un crecimiento exponencial de las ciudades y como consecuencia del precio del suelo, la gente que se va incorporando a la ciudad tiene que vivir en las zonas periféricas, y eso hace a veces imprescindible el uso del coche. Hoy hay ciudades que tienen más de 10 millones de habitantes, eso es una auténtica barbaridad. La Agencia Europea de Medio ambiente y la OMS estiman en 7 millones las muertes prematuras por contaminación atmosférica en un año. Es algo serio que efectivamente genera cáncer de pulmón, enfermedades cardiovasculares y otros muchos problemas. Hoy esto se agrava todavía más cuando se está investigando la relación que puede tener la contaminación atmosférica con la propagación de epidemias, porque los virus pueden viajar a través de las partículas finas. Y en la medida en que la contaminación atmosférica va erosionando el organismo, lo que hace es debilitar al habitante urbano para que el ataque de un patógeno pueda tener más éxito.

Hoy en la contaminación atmosférica preocupan los óxidos de nitrógeno. Es curioso porque Madrid tenía el azote sobre todo del dióxido de azufre como consecuencia de las calefacciones de carbón. Con la llegada de Tierno Galván a la Alcaldía se hizo en el año 82 un plan de saneamiento integral que prácticamente limpió la ciudad. Pero aparecieron los diésel que son el gran azote que las ciudades tienen porque son los grandes emisores de óxidos de nitrógeno y de partículas de pequeño tamaño.

El ozono es un contaminante secundario que no lo emite nadie, pero que se forma a partir de los óxidos de nitrógeno y la radiación solar. Si tenemos en cuenta que en España hay 32 provincias con cerca de tres mil horas solares anuales, que hay también procesos costeros que introducen el ozono hacia el interior, que la temperatura va a ir aumentando como consecuencia del cambio climático, todo esto hará subir también los niveles de ozono y cuando eso ocurre, la mortalidad también se incrementa. Yo participé en Sevilla hace ya unos años en un estudio que se hizo, y se veía nítidamente cómo cuando la contaminación comenzaba a subir la mortalidad comenzaba a subir y se moría por todas las causas. Es decir, que ya no solamente era por causas cardiovasculares o respiratorias, sino por todas.

Entonces, la contaminación atmosférica es un gran reto y la única manera de acometerla es pacificando el tráfico. Hoy en las ciudades, la mayoría de las calefacciones suelen ser a gas. Muy pocas hay de gasoil o de otros combustibles. En la industria prácticamente tampoco hay. Entonces lo que queda es pacificar el tráfico. Y ahí hacen falta gobiernos valientes capaces de hincar el diente al tema.

Miguel Ángel: Me gustaría que nos hablaras del agua, tanto su contaminación como la escasez de cara al futuro. Incluso se habla de que en las guerras futuras van a tener mucho que ver el agua.

R: Bueno, no en el futuro. De hecho, actualmente hay conflictos por el agua. El de Palestina podría ser quizá el más claro de todos; Israel de manera descarada se apropia del agua de una zona árida, y eso va en detrimento de las necesidades de la población palestina. Pero no solamente allí, en todo Oriente Medio hay conflictos. Incluso en Perú hay hasta 94 conflictos locales que estarían relacionados con el agua.

Cada vez tenemos mayor conciencia de que el agua es un bien más escaso de lo que pensábamos y, por lo tanto, hay una obligación moral de gestionarla adecuadamente. El agua hay que verla bajo muchas perspectivas, por una parte, está la dificultad de acceso a un agua buena en muchas partes del mundo, tanto a la captación del agua como también al saneamiento. Ese problema endémico puede afectar al menos a 2.000 millones de personas. Por otra parte, la distribución del agua. Cuando aquí se nos decía tiempo atrás que fuéramos cuidadosos a la hora de cerrar el grifo, cuando nos afeitábamos, nos lavamos los dientes, se estaba diciendo una verdad a medias, porque en España el 70% del agua va para el regadío. El consumo doméstico es un 6% aproximadamente, de manera que por mucho que nos demos duchas cortas y cerremos los grifos, ahorraríamos un 1%. Quienes tienen que ahorrar verdaderamente son los grandes consumidores, industria y agricultura. Hay muchos regadíos ineficientes fuera de lugar.

Un tema muy importante es el consumo, a veces olvidamos que todos los productos, absolutamente todos, llevan en su fabricación agua. Y si queremos verdaderamente conservar el agua, igual que conservar la energía, no basta con cerrar los grifos, también hay que observar qué tipo de consumo realizamos. Por ejemplo, unos pantalones vaqueros requieren 7.000 litros de agua. El agua que requiere, por ejemplo, el cultivo de una patata, el cultivo de un vegetal, es muchísimo menor que el de un kilo de ternera, que puede estar fácilmente en los 3.000 litros de agua. Por lo tanto, es importante también qué tipo de dieta es la que uno lleva. En fin, creo que hay que revisar el tema de los hábitos de consumo.

Luis: En la cuestión del agua hablamos del agua potable, pero yo creo que hay un elemento que no has tocado tanto, que es la agresión que hacemos sobre las masas de agua, tanto continentales como marítimas. El saneamiento de las aguas residuales, sobre todo urbanas, arroja una gran cantidad de materiales a las masas de agua y luego eso se nos viene de vuelta. Tengo aquí un libro que seguro conoces, Química Ambiental de Colin Baird. En él se cuentan casos de contaminación de aguas naturales que son realmente dramáticos, como por ejemplo el de la bahía de Minamata, que fue una contaminación por mercurio, con cerca de 1.000 muertes, o el caso de los Grandes Lagos de Norteamérica con la contaminación por policlorobifenilos (PCB). Se demostró que había unas diferencias en el nivel de cociente intelectual de los niños que comían pescado del lago, frente a las que no lo comían. Se asoció a los PCB que hoy están bastante regulados, no sé si con eficacia o no. ¿Qué te parece a ti todo esto?

R: Eso conectaría con lo que antes comentábamos de esa contaminación que podríamos llamar de interiores. Los peces, por ejemplo, estarían dentro de la categoría de los disruptores hormonales, es decir, sustancias que una vez que llegan a nuestros organismos tienen una estructura parecida a las hormonas naturales, se mimetizan con ellas y actúan en nuestro organismo, a veces amplificando lo que es la función hormonal, otras veces reduciéndola. Y todo eso dio lugar a una serie de diferentes enfermedades. Hoy los que han cogido ese triste testigo de los PCB son los plaguicidas que nos siguen llegando a la mesa a través de muchísimas vías. Una manzana puede tener entre 6 y 12 plaguicidas, por ejemplo. También pueden venir a través del agua. Yo creo que afortunadamente, sobre todo en los países occidentales, están mucho más bajo control las grandes contaminaciones industriales como esta de Minamata que citabas. Hoy es más difícil que aparezca una contaminación por el cromo hexavalente, mercurio, etcétera. Pero sí que se da la contaminación orgánica, que en pequeñas cantidades el agua puede depurarla por sí misma. Pero claro, ya en grandes cantidades no. Y efectivamente, ahí tenemos la base de epidemias de cólera, de tifus, de propagación del *Escherichia coli*, etcétera. Es decir, que el saneamiento es algo fundamental para la salud, sobre todo de aquellas poblaciones que se

encuentran en peores condiciones de supervivencia, especialmente esa gran zona subsahariana de África, que es quizá la que puede tener menos acceso tanto al abastecimiento de un agua de calidad y de proximidad como al saneamiento. Pero por el agua, qué duda cabe, llegan buena parte de estos productos a las depuradoras, y no pueden ser luego reducidos allí. Es decir, en una depuradora se puede alcanzar un gran nivel de depuración sobre materia orgánica, grasas, arenas, etcétera. Pero luego hay otros productos de tipo químico que son más impermeables a los tratamientos y se siguen difuminando dentro del medio y pueden venir perfectamente en el vaso de agua. Es decir, que aparentemente el agua no tiene contaminación orgánica, que es lo que la hace potable, en definitiva, pero esos productos pueden estar.

Adolfo: La situación es dolorosa porque está diagnosticada, se saben las causas, se sabe hacia dónde vamos, hacia un desastre personal y social. Avanzamos muy lentamente en las soluciones. Si el gran enemigo es la forma económica en que funcionamos, es un enemigo muy duro de roer. ¿Hay una nota de esperanza? ¿Habrà alguna vez una economía ecológica o una economía sostenible, una economía alternativa?

R: Bien, ese es efectivamente el gran reto, pero lo que se plantea no son caprichos, alternativas que estén fuera de la realidad, sino que partimos de que hay que dar respuestas a una serie de impactos, de desafíos, y para ello se formulan determinadas alternativas. Si no se atiende lo ecológico, probablemente no va a haber tampoco una posibilidad de salir adelante ni en lo económico, ni en lo social ni prácticamente en ningún otro ámbito. Es decir, que lo económico debe estar supeditado a lo ecológico. La raíz de ambas palabras es la misma, el *oikos*, que hace referencia a la casa, a cómo se gestiona la casa en último término. Creemos que debe haber una economía ecológica, creo que es posible que haya una manera de entender la distribución de recursos que sea justa, que sea para todos y que al mismo tiempo sea respetuosa con el medio.

Creo que aquí el gran problema ha venido de la cultura occidental, el capitalismo es un sistema codicioso, el capitalismo no tiene límites, aspira a un beneficio cada vez mayor en un tiempo cada vez más corto y estamos viendo cómo las grandes fortunas aumentan y aumentan, parece que la finalidad de hacer dinero es hacer más dinero. Este tipo de modelo que permite

disponer de un gran escaparate de fácil renovación es lo que hoy fascina al mundo. Desde todos los rincones de la tierra, salvo grupos fieles a sus culturas originales o con una cierta conciencia, por lo general todos los países aspiran prácticamente a lo mismo, a tener también el gran escaparate donde poder renovar el móvil cada año, donde poder tener un coche o dos, donde poder tener varias viviendas, y esto es lo que creo que ha sido y es el gran problema de la economía actual, el hecho de que el modelo occidental de consumismo se quiere exportar, globalizar prácticamente a toda la tierra. Esto al capitalismo le ha dado muy buen resultado porque ha hecho a la gente mucho más dócil. Incluso durante la crisis de 2008, habiendo cerca de cinco millones de parados, prácticamente apenas hubo conflictividad social porque el que se quedaba temporalmente fuera tenía la esperanza de volver otra vez a meter la cabeza y acceder de nuevo a esa oferta imparable de mercancías.

Ese es el modelo que no puede sostenerse. Decimos a nivel ambiental que las cosas al final se van a entender por las buenas o por las malas y, de hecho, esta epidemia de Covid-19 es una manera de entender por las malas cómo nuestra relación con el medio no puede ser tan irresponsable como lo veníamos haciendo. Si al final no entendemos que con este tipo de modelo el agotamiento de recursos, la generación de residuos, la emisión de contaminantes nos va a llevar a la ruina, si no somos capaces de entenderlo anticipadamente, todo eso al final se va a volver sobre nosotros. El gran desafío hoy sería ir pensando en un modelo sostenible. La sostenibilidad no es ni más ni menos que tener en cuenta los límites, tener conciencia de que los sistemas naturales no pueden utilizarse ni explotarse más allá de un determinado límite. Entonces, en la medida en que fuéramos capaces de actuar así, podríamos mantener economía y ecología relativamente paralelas. Por ejemplo, ahora nos preguntamos cómo reactivar la economía tras haberse venido abajo como consecuencia del confinamiento. Todos los mensajes son que hay que aumentar la demanda, es decir, vamos a intentar recuperar el consumo para que la economía funcione, con lo cual volveríamos otra vez al círculo vicioso. De manera que si no consumes la economía se viene abajo, pero si consumes, la ecología se viene abajo. Hay un lema que me gusta: «trabajar menos, ganar menos, gastar menos». Ahí podría estar el secreto de la síntesis de economía y ecología.

Si fuéramos hacia un tipo de sociedad donde el trabajo fuera compartido, naturalmente con ingresos menores, pero también con menores necesidades, probablemente tendríamos acceso a un disfrute de realidades

que nos perdemos, como puede ser todo lo referente al mundo natural. Ese tipo de economía del bien común, colaborativa, de comunión, etc., creo que es la economía que respeta al medio, hoy hay ya algunas pequeñas realidades y en un futuro probablemente pueda ser la economía dominante cuando se haya visto que la otra no vale.

Luis: ¿Cómo tendría que cambiar nuestra conciencia ambiental? ¿A qué tipo de compromisos debería llevarnos?

R: El medio ambiente nos puede suscitar una conciencia que quizás teníamos perdida. La conciencia política en otro momento era conciencia político-social, nos mantenía más fieles a un sentido crítico, a una cultura, a un sentimiento de justicia. Todo eso se ha ido perdiendo, un poco difuminado y también absorbido por esta cultura del consumo. El medio ambiente es hoy el que toma la bandera de la conciencia social. Hay muchas personas que desde una perspectiva política pueden no llegar a alcanzar un sentimiento de justicia o un modelo económico nuevo, pero a través de la ecología pueden darse cuenta de que se necesita ese cambio, no ya por razones de tipo político o económico, sino por razones de tipo ecológico. Por lo tanto, yo creo que hoy el medio ambiente puede ser un gran revulsivo para despertar conciencia social en muchos estratos de la sociedad, incluso en niños, como hemos visto con Greta Thunberg. Puede ser un revulsivo que vaya haciendo ver que hay un modelo distinto, que antes que la economía está la salud, la ecología. Es decir, el cuidado de lo que puede ser nuestro propio entorno es la base sobre la que luego se puede construir.

Creo que el medio ambiente es, afortunadamente, algo que hoy está en las agendas, con mayor o menor sinceridad, es verdad, pero que desde luego sus mensajes sacuden y, de hecho, si aprendiéramos la lección de esta epidemia estaríamos en condiciones de no repetir sucesos similares que pueden volver otra vez y con más intensidad. Es bueno subrayar la importancia que tiene el discurso ambiental y el diálogo ambiental. Por otra parte, lo ambiental hay que verlo bajo la perspectiva

personal y bajo la perspectiva comunitaria, como nos gusta decir, e incluso intentando corregir el error de quedarnos sólo en el ámbito personal. En eso hay una buena parte del ecologismo que solamente tiende al cambio de hábitos, pero no es suficiente. Hay que ir un poco más allá, con esa perspectiva comunitaria. En lo personal, lo ambiental viene a hacer que revisemos nuestro estilo de vida, que podemos dividirlo en cuatro grandes áreas. Una tiene que ver con la vivienda, donde pasamos una buena parte de nuestro tiempo. Otra con la movilidad, pues vivimos en sociedades de gran movilidad. La tercera tiene que ver con la alimentación y la cuarta con el consumo. Ahí tendríamos cuatro áreas en las que importa mucho que cada uno vaya viendo cómo mejorarlas, porque mejorándolas va a mejorar la salud, va a mejorar la economía para mejorar la ecología. Todo eso finalmente converge. A nivel comunitario también es muy importante que esas organizaciones sociales, que hoy están siendo un altavoz dentro de la colectividad, tengan el apoyo que merecen. Todo eso puede ir configurando una nueva manera de entender la política, una nueva manera de entender la vida, un saber replegarse también y revisar todo aquello que va ocurriendo en el universo más cercano. De manera que por ahí yo creo que el medio ambiente hoy es una gran ayuda al ser humano, porque le cuestiona una serie de aspectos que a lo mejor sin ellos no hubiéramos llegado a plantearnos.

José Antonio: En relación a estilo de vida y conciencia social, ¿cómo ves a las nuevas generaciones?

R: Pues mira, con una gran contradicción, porque en principio sabemos por medio del CIS y otras investigaciones sociológicas que las nuevas generaciones son muy afines y simpatizan mucho con las causas ambientales. Probablemente es de las pocas cosas en las que creen. Sin embargo, el estilo de vida no es tan coherente con eso que ellos dicen simpatizar, porque el estilo de vida es fuertemente consumista. Salvo pequeños grupos, la juventud se mueve por lo general en esa ambigüedad. Los docentes tenéis ahí un campo muy bueno para dar ese otro paso de la simpatía al compromiso. 

EL CAMBIO CLIMÁTICO: LA EMERGENCIA GLOBAL

DELIA GUTIÉRREZ RUBIO

Meteoróloga del Estado

UN POCO DE HISTORIA

Según nos cuentan la Geología histórica y la Paleontología, el planeta Tierra tiene unos 4.500 millones de años. Se estima que las primeras bacterias surgieron probablemente hace unos 3.500 millones de años, cuando cesaron los impactos de meteoritos y cometas —y gracias al agua aportada por estos—. Inicialmente no había oxígeno en la atmósfera, y fueron aquellas bacterias primitivas, anaeróbicas, las que fueron enriqueciendo de O₂ la atmósfera. Durante las siguientes etapas geológicas, el CO₂ atrapado en los organismos primitivos fue quedando sepultado a causa de los frecuentes movimientos tectónicos, dando origen a los yacimientos de combustibles fósiles. Gracias a aquellos seres vivos sepultados, la atmósfera fue ganando O₂ y perdiendo CO₂ hasta que, hace 540 millones de años, se produce la *explosión cámbrica*: surgen las plantas y los animales grandes y una gran diversidad de seres vivos conquista la tierra firme. En los siguientes 500 millones de años, las condiciones naturales de nuestro planeta sufren grandes cambios que provocan varias extinciones masivas, la última de ella hace 65 millones de años, que acabó con los dinosaurios. Posteriormente, hace 1,8 millones de años, aparece el género *homo*. Durante los siguientes cientos de miles de años, y fruto de factores

naturales como la actividad volcánica o la actividad solar, en la Tierra se alternan periodos cálidos y glaciaciones, hasta que hace tan solo unos 10.000 años comienza un periodo de clima estable, el *holoceno*, que ha permitido el desarrollo de la agricultura y el florecimiento de la civilización.

Es de interés observar con atención la fig. 1, que representa la evolución de la temperatura global desde la explosión cámbrica de hace 540 millones de años hasta la actualidad, para comprender la relación entre la evolución de las condiciones atmosféricas y la de la vida del planeta. Parece evidente que no es por casualidad que nuestra civilización no ha surgido hasta que el clima del planeta alcanzó ciertas condiciones óptimas y cierta estabilidad. También es muy recomendable observar con atención los puntos en el extremo derecho de la gráfica, que representan las temperaturas observadas en los últimos 150 años, y los dos últimos puntos, que serían los valores que alcanzaríamos en 2050 y 2100 en el escenario más pesimista de aumento continuado de emisiones (escenario RCP8.5 del *Quinto Informe* del IPCC). Salta a la vista que el cambio que estamos provocando en las condiciones de nuestra atmósfera no es comparable ni siquiera con los cambios ocurridos durante las glaciaciones, como veremos en más detalle a continuación.

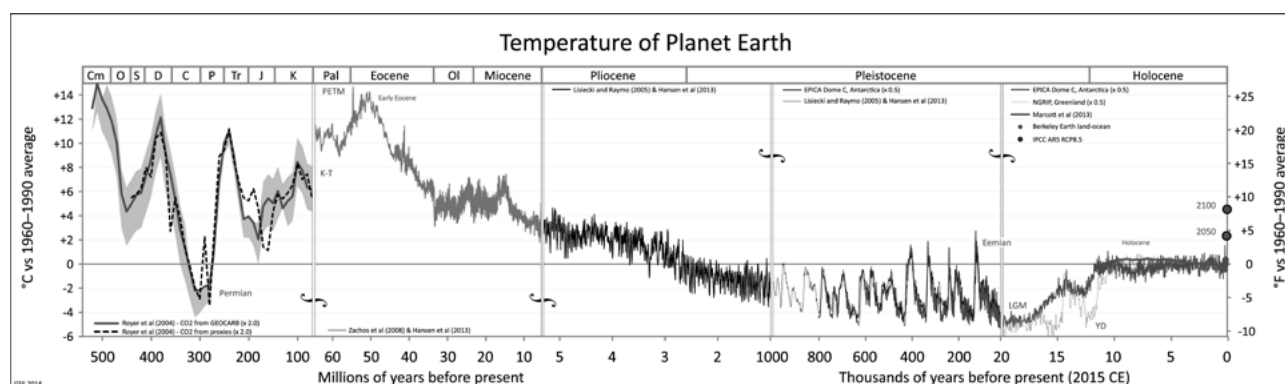


Fig. 1: Temperatura del planeta durante los últimos 540 millones de años (desde la explosión cámbrica).
Autor: Glen Fergus, a partir de distintas fuentes de datos.

LOS COMBUSTIBLES FÓSILES

El carbón, el petróleo y el gas natural son los principales combustibles fósiles, fruto de la descomposición de materia orgánica. El uso masivo de estos combustibles comenzó a finales del siglo XVIII, con la revolución industrial. Cuando quemamos combustibles fósiles, el CO₂ atrapado por aquellos organismos primitivos en eras prehistóricas es lanzado de nuevo a la atmósfera. Esto es, **en unos pocos cientos de años estamos revirtiendo un proceso que necesitó millones de años para convertir nuestro planeta en un lugar apto para el desarrollo de formas de vida complejas.**

Desde la revolución industrial, la concentración de CO₂ en la atmósfera está aumentando a un ritmo sin precedentes. A partir de reconstrucciones de alta resolución, fruto del análisis de testigos de hielos prehistóricos, se observa que los cambios en la concentración de CO₂ atmosférico nunca han sido tan rápidos como en los últimos 150 años. Hay que retrotraerse al Plioceno medio (hace entre 3 y 5 millones de años) para encontrar niveles similares a los actuales, por encima de las 400 ppm (partes por millón). Por entonces, ningún homínido habitaba el planeta, y se estima que la temperatura global era entre 2 y 3 grados más cálida que la actual y que el nivel del mar estaba entre 10 y 20 m por encima del de hoy en día.

Por otra parte, si comparamos el aumento en la concentración de CO₂ en los últimos 70 años con el que se produjo al final de la última glaciación (fig. 2), vemos que son equiparables (aumentos en ambos casos del orden de 80 ppm), pero ¡con la diferencia de que el aumento después de la última glaciación ocurrió a lo largo de 7.000 años, y no de 70! Hasta donde llegan las observaciones y los datos *proxy*, un cambio tan abrupto en los niveles de CO₂ no se ha registrado nunca antes en nuestro planeta (datos del *Greenhouse Gas Bulletin* n.º 13 de la Organización Meteorológica Mundial).

EL EFECTO INVERNADERO

La correlación entre la concentración de CO₂ y otros gases de efecto invernadero y la temperatura global es un hecho bien conocido por la ciencia. La temperatura de un cuerpo es resultado de un balance radiativo: si un cuerpo emite el mismo calor que recibe, su temperatura permanecerá constante; por el contrario, si emite más (menos) calor que el que recibe, su temperatura disminuirá (aumentará). Pues bien, el planeta Tierra es un cuerpo que intercambia calor con el espacio exterior. Fundamentalmente, recibe radiación solar, que es en su mayor parte radiación de onda corta (visible y ultravioleta). Parte de esa radiación es reflejada por las

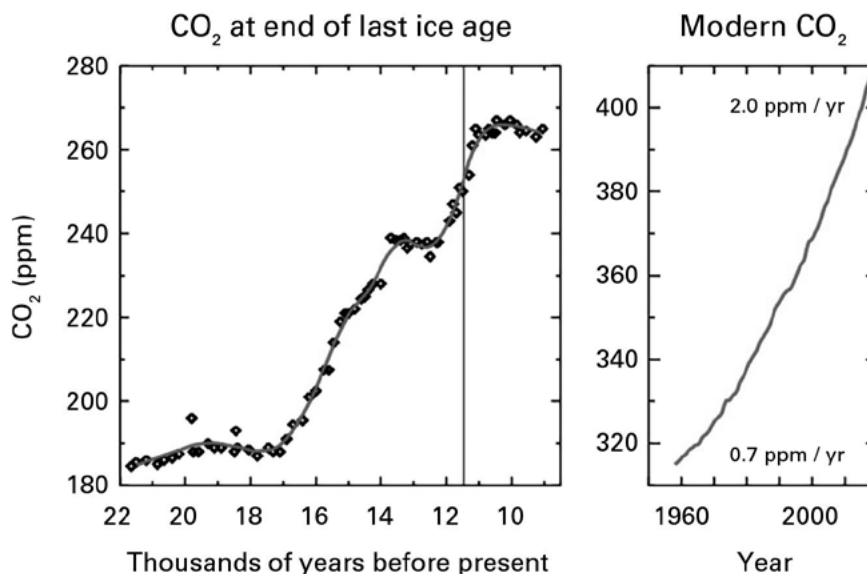


Fig. 2: La tasa de crecimiento de la concentración de CO₂ en los últimos 70 años (dcha.: aumento de unas 80 ppm en unos 70 años) es casi 100 veces mayor que la que ocurrió al final de la última glaciación (izq.: aumento de unas 80 ppm en unos 7000 años). Fuente: WMO Greenhouse Gas Bulletin N.º 13

nubes o absorbida por la propia atmósfera, y el resto (aproximadamente la mitad) llega hasta la superficie terrestre, donde una pequeña parte es reflejada de nuevo hacia el exterior, mientras que la mayor parte de la radiación incidente es absorbida por la superficie terrestre que, como consecuencia, se calienta y emite radiación de onda larga (infrarroja), tal como establece la ley física de *Stefan-Boltzmann*. Si en la atmósfera no hubiera ningún gas de efecto invernadero, esta radiación de onda larga escaparía toda al espacio, y el balance radiativo dejaría la temperatura del planeta en unos -18°C , pero en la atmósfera terrestre existen, de manera natural, nubes, aerosoles y *gases de efecto invernadero* (GEI) que absorben la radiación térmica emitida por la superficie del planeta y devuelven parte de ella hacia la superficie, gracias a los cuales la temperatura de equilibrio radiativo de nuestro planeta estaba, antes de la revolución industrial, en torno a 15°C , y no a los -18° que estaría una Tierra sin atmósfera.

Los gases de efecto invernadero primarios de la atmósfera terrestre son vapor de agua (H_2O), dióxido de carbono (CO_2), metano (CH_4), óxido nitroso (N_2O) y ozono (O_3). Ahora bien, la actividad humana desde la revolución industrial está haciendo aumentar la concentración de estos GEI y añadiendo otros. Pues bien, los rápidos cambios en la temperatura terrestre observados en la era industrial son plenamente consistentes con la respuesta esperada al forzamiento radiativo ocasionado por el aumento de las concentraciones de GEI, e inconsistentes con ninguna explicación alternativa (ciclos solares, vulcanismo, etc.).

CALENTAMIENTO GLOBAL

Según la Organización Meteorológica Mundial, 2019 fue el segundo año más cálido del que se tienen datos, solo superado por 2016. Las temperaturas medias de los últimos períodos quinquenal (2015-2019) y decenal (2010-2019) fueron las más elevadas de las que se tiene constancia. Desde los años ochenta, cada nueva década ha sido más cálida que la anterior. La temperatura media mundial en 2019 estuvo aproximadamente $1,1^{\circ}\text{C}$ por encima de la media del período 1850-1900 (el intervalo que se considera representativo de las condiciones preindustriales) y el contenido calorífico de los océanos ha alcanzado niveles récord. En esto consiste el *calentamiento global*.

El calentamiento global es una tendencia científicamente constatada con datos abrumadores. El cálculo de la temperatura media global y de sus variaciones, así como la cuantificación de la incertidumbre asociada, es

un problema complejo, que se trata mediante procedimientos científicos rigurosos que permiten controlar la fiabilidad del resultado. Al contrario que otros indicadores a los que estamos acostumbrados, como el PIB, que raramente vienen acompañados de los márgenes de error de su cálculo, las estimaciones y predicciones de la temperatura global son habitualmente comunicadas acompañadas de las estimaciones del error del cálculo (véase, por ejemplo, la fig. 3).

Ahora bien, el calentamiento del planeta no es uniforme, ni en el espacio (por ejemplo, se estima que el calentamiento en la región ártica se sitúa entre el doble y el triple de la media global, lo que se conoce como la *amplificación ártica*), ni en el tiempo, es decir, los «dientes de sierra» en la fig. 3, que representan los valores de la temperatura global media mensual, no quitan la evidente tendencia ascendente de la curva promedio, que refleja un calentamiento a un ritmo de $0,2^{\circ}\text{C}$ por década. Y debemos hacer hincapié nuevamente en que este ritmo es algo insólito en la historia de nuestra civilización, y que todos los cambios en el equilibrio térmico del planeta han tenido consecuencias en el medio.

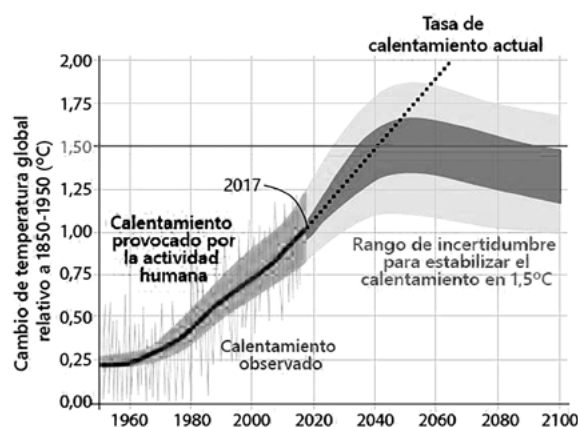


Fig. 3: El calentamiento global inducido por el hombre alcanzó en 2017 aproximadamente 1°C sobre el nivel preindustrial. Si las emisiones continúan al ritmo actual, se alcanzará un calentamiento de $1,5^{\circ}\text{C}$ alrededor de 2040.

Fuente: Guía resumida Informe especial del IPCC sobre los impactos de un calentamiento global de $1,5^{\circ}\text{C}$ y las sendas de emisiones relacionadas (AEMET y OECC)

EL CAMBIO CLIMÁTICO Y SUS CONSECUENCIAS

Pues bien, si el *calentamiento global* consiste en el proceso, ya evidente, de aumento de la temperatura del planeta, el *cambio climático* consiste en la manera en que dicho aumento de temperatura altera el clima, y esto es algo aún más complejo de determinar, pues el *sistema climático* consta de cinco componentes principales: atmósfera, hidrosfera, criosfera, litosfera y biosfera, que interaccionan entre ellos y se mantienen en un delicado equilibrio que el aumento de la temperatura global puede desplazar a condiciones muy distintas a las que conocemos. Como nos advierte el panel internacional de expertos del IPCC en su *Informe especial sobre los impactos de un calentamiento global de 1,5 °C*, el superar este nivel de calentamiento nos pondría en riesgo de sobrepasar un umbral de irreversibilidad que desequilibrara definitivamente nuestro sistema climático, provocando cambios dramáticos en nuestro medio.

Puesto que estamos viviendo un cambio muy rápido y sin precedentes, y que el sistema climático es tan complejo, no es tarea fácil la atribución al cambio climático de los fenómenos que se suceden, sin embargo, numerosos estudios apuntan a que estamos siendo testigos de cambios en los patrones de la circulación atmosférica y de un aumento de los fenómenos extremos como inundaciones, sequías y olas de calor a nivel global. En nuestro país, según las informaciones avanzadas por AEMET en diciembre del año pasado, la temperatura media en España ha aumentado alrededor de 1,7 °C desde la época preindustrial (lo que nos pone por encima del promedio a nivel global). El ascenso ha sido especialmente intenso durante la última década, y más notable en primavera y, sobre todo, en verano. Las noches tórridas (aquellas en las que la temperatura no baja de 25 °C) se han multiplicado por 10 desde el año 1984 en las 10 capitales españolas más pobladas; este aumento del estrés térmico ha afectado a más de nueve millones de personas (alrededor del 20% de la población). Se ha duplicado, desde 1984, el número de días al año en los que se superan los umbrales de ola de calor en la Península, mientras que los episodios fríos se han reducido un 25%. Además, las olas de calor parecen haberse adelantado: en junio son ahora 10 veces más frecuentes que en los años 80 y 90 del siglo xx, lo que va asociado a

datos que apuntan a un alargamiento del verano. Finalmente, en el periodo entre 1961 y 2010 se observa un claro aumento de la extensión del territorio peninsular con clima de características semiáridas, principalmente en zonas de Castilla-La Mancha, el valle del Ebro y el sureste peninsular.

Por otra parte, los impactos del calentamiento global en los océanos y la criosfera son claros y contundentes. Recordemos que el océano ocupa alrededor del 71% de la superficie terrestre y contiene el 97% del agua de la Tierra, mientras que la criosfera es la parte del planeta cubierta por hielo y ocupa alrededor del 10% de la superficie terrestre. Pues bien, según datos del *Informe especial del IPCC sobre cambio climático y océanos y criosfera*, desde 1970 el océano ha experimentado un calentamiento prolongado y ha absorbido más del 90% del exceso de calor existente en el sistema climático. Desde 1993 la velocidad de calentamiento del océano es más del doble que antes, y las olas de calor marinas también son más frecuentes e intensas. Desde 1980 el océano ha absorbido entre el 20 y el 30% de las emisiones de CO₂, lo que ha provocado una acidificación de los océanos y una disminución del oxígeno presente en el agua. Finalmente, en las últimas décadas se ha acelerado el ritmo al que asciende el nivel medio global del mar, debido a las pérdidas de hielo en Groenlandia y Antártida y en los glaciares, así como a la *expansión térmica* que ocurre cuando el agua aumenta de temperatura.

A nivel del Mediterráneo, según el informe trimestral de diciembre de 2019 del Centro de Estudios Ambientales del Mediterráneo, la tendencia promedio de la TSM (temperatura superficial del mar) mediterránea presenta un calentamiento constante desde enero de 1982 hasta noviembre de 2019. El incremento estimado para el período de estudio es cercano a 1,4 °C, como se muestra en la fig. 4.

Hay que señalar que es muy probable que este aumento de la TSM en el Mediterráneo esté relacionado con una mayor torrencialidad de las precipitaciones. Por otra parte, la región mediterránea es muy vulnerable al cambio climático, y particularmente al riesgo de sequía.

En suma, el cambio climático no es solo un problema para los osos polares o las selvas tropicales, sino que pone en riesgo nuestro bienestar y nuestra salud y supone un jaque a todo nuestro modelo de civilización.

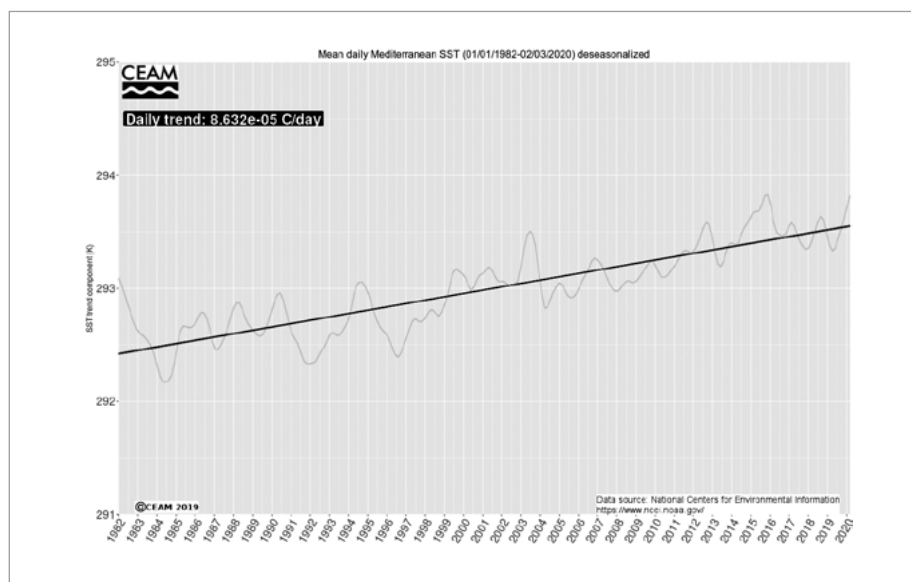


FIG. 4. EVOLUCIÓN DE LA TSM MEDITERRÁNEA (EN GRADOS KELVIN) ENTRE ENERO DE 1982 Y MARZO DE 2020

LA EMERGENCIA GLOBAL. HORA DE ACTUAR

Según el diccionario de la RAE, *crisis* significa, en su primera acepción, «cambio profundo y de consecuencias importantes en un proceso o una situación, o en la manera en que estos son apreciados». Por la profundidad del cambio y la importancia de sus consecuencias, sin duda podemos hablar de una *crisis climática*. Aún más, la palabra *emergencia*, en su tercera acepción, se define como «situación de peligro o desastre que requiere una acción inmediata». Pues bien, la comunidad científica lleva décadas advirtiendo del peligro. El *Informe especial del IPCC sobre los impactos de un calentamiento global de 1,5 °*, de octubre de 2018, no deja lugar a dudas: si queremos limitar el calentamiento global a 1,5 °, para no superar un umbral de irreversibilidad, deberíamos alcanzar emisiones netas cero alrededor de 2050. Este objetivo no se logrará sin una gran transformación de nuestra sociedad que hay que llevar a cabo en tan solo 30 años. Nos hallamos ante una emergencia climática.

El *Informe de riesgos globales 2019* del FMI presenta, por tercer año consecutivo, un dominio de los riesgos relacionados con el medio ambiente, que son tres

de los cinco riesgos principales, por probabilidad, y cuatro por impacto. Los eventos de tiempo extremo son el riesgo con más alta probabilidad y más alto impacto del *Paisaje de riesgos globales 2019*. En contraposición, nuestros dirigentes han celebrado ya 25 Cumbres internacionales por el clima desde la primera de 1995, mientras que las emisiones de GEI han seguido su ritmo imperturbable (vuélvase a echar un vistazo a la fig. 2). ¿Por qué?

De un lado, la información rigurosa y científica sobre el cambio climático no es fácil de comunicar sin provocar cansancio o una angustia paralizante que nos lleve a sentir impotencia ante la fatalidad. Por otra parte, parece evidente que el sistema económico y político que nos ha traído hasta aquí está fuertemente dominado por intereses muy ligados al uso de los combustibles fósiles y se resiste a la transformación con todo tipo de recursos, desde el negacionismo más pueril a un nacionalismo más pueril aún, si pensamos que los fenómenos meteorológicos no entienden de fronteras, y ningún muro ni valla los va a parar. Sin embargo, por suerte la sociedad de la información pone a nuestro alcance los medios para distinguir la información fundada

de la manipulación propia de la *postverdad*, y también facilita que una oleada de movilización esté propagándose y exigiendo a nuestros dirigentes responsabilidad y acción. Probablemente movimientos como *Fridays for Future*, que impulsa Greta Thunberg, han hecho más por la *acción climática* que todas las cumbres por el clima.

Son muchas las instituciones como universidades, ayuntamientos, gobiernos como el de España, e incluso la Unión Europea que parecen haber asumido la *emergencia climática* y han efectuado declaraciones institucionales al respecto. Pero solo algunas de estas declaraciones han ido acompañadas de planes de acción y, en todo caso, no hemos visto que estas declaraciones y planes hayan tenido ningún impacto en nuestras vidas. Cuando se declara una emergencia, hay que actuar con inmediatez. En el momento de escribir estas líneas nos enfrentamos a una emergencia sanitaria global, a una pandemia, y estamos comprobando cómo

la salud y la vida de las personas pueden (y deben) ponerse por encima de la economía, la producción y el consumo. Es el momento de aprender la lección, hagamos de esta crisis un punto de inflexión y una oportunidad para repensar nuestro modelo de producción y consumo, porque la acción por el clima es imprescindible. No será fácil, pero la lucha contra el *coronavirus* nos ha mostrado la receta: ciencia, ambición y compromiso.

Sin duda la mitigación del cambio climático exige un ejercicio de responsabilidad individual y colectiva que solo se promueve, de un lado, mediante la transparencia y la información rigurosa y completa que nos permita tomar conciencia de lo insostenible que es esta sociedad del despilfarro y, por otra parte, a través de un modelo económico y legislativo basado en criterios de eficiencia, equidad, justicia social y pleno respeto al medio ambiente. Lo cierto es que no podemos permitirnos seguir, como los músicos del Titanic, tocando en el salón mientras el barco se va a pique. 

LA BIODIVERSIDAD, AMENAZADA

CARLOS GONZÁLEZ PUENTE

Ingeniero Industrial



llamamos *biodiversidad* a la variedad de información genética, de especies y de ecosistemas que habitan nuestro planeta, hablando de biodiversidad genética, de especies o ecológica, respectivamente.

Para las especies, la diversidad genética funciona como una riqueza patrimonial, tanto para facilitar el acceso a recursos alimentarios como para evitar los parásitos y adaptarse mejor a los cambios en las condiciones climáticas. Cuanto más diversificada está una especie, más dificultad opone al avance de un agente patógeno. Más aún: la biodiversidad genética auspició la aparición

de la reproducción sexual en el curso de la evolución, como demostraron las célebres experiencias de Lambrinos con plantas sexuadas y asexuadas del género *Cortaderia*, en las que puso de manifiesto la expansión mucho más rápida de los individuos sexuados que los asexuados en un factor de tres a uno, y el motivo estribaba en que la reproducción sexual crea mayor biodiversidad en menos tiempo que la reproducción asexual¹.

A los ecosistemas, la biodiversidad les aporta estabilidad y capacidad de reacción ante perturbaciones externas para regresar a un estado de equilibrio (*resiliencia*).

1. Lambrinos, J. G. «The expansion history of a sexual and asexual species of *Cortaderia* in California, USA». *Journal of Ecology*, 2001; 89, 88–98.

Además, reduce la cantidad de recursos no utilizados del ecosistema (en términos de energía y biomasa), lo torna más eficiente. Los ecosistemas más biodiversos presentan mayor resistencia al colapso que los menos biodiversos, como los monocultivos.

La biodiversidad no surge sólo de manera natural: el hombre mismo ha generado biodiversidad desde el Paleolítico (cuando adoptó al lobo y lo convirtió en animal de compañía), posteriormente con la invención de la agricultura y el cultivo de variedades vegetales; más tarde, con la aparición de la ganadería (por ejemplo, creando 800 razas de ovejas a partir de la especie *Ovis aries*).

En 2011, la revista científica *PlosBiology* estimó en 8,7 millones el número de especies de seres vivos, de las cuales apenas 1,2 millones habían sido descritas y catalogadas. Esta biodiversidad está desigualmente repartida en el espacio y en el tiempo. Encontramos mayor biodiversidad en las zonas bajas tropicales, y como norma general va reduciéndose conforme aumentan la latitud y la altitud². La biodiversidad también ha experimentado variaciones de muchas velocidades a escala geológica: se tiene constancia de cinco extinciones masivas —tras la última de las cuales desaparecieron los dinosaurios.

Lo novedoso de la situación y evolución actuales reside en la rapidez de la pérdida de biodiversidad; no se trata ya de una velocidad alta a escala geológica sino de una velocidad observable a escala humana: 150 especies se extinguen diariamente³, un ritmo de extinción mil veces superior al de aparición de nuevas especies, según un informe reciente de Plataforma Intergubernamental sobre Diversidad Biológica y Servicios de los Ecosistemas (IPBES). La Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza ya incluye en su Lista Roja⁴ un 27% de las especies de animales y plantas conocidas, un 41% de los anfibios, un tercio de los mamíferos marinos y un tercio de los corales. Estima en un millón las especies en peligro de extinción. Algunos ya califican la situación actual como *sexta extinción masiva*.

Habitualmente, vemos la biodiversidad como una fuente donde hacer acopio de materias primas como alimentos, combustibles o materiales de construcción. Sin embargo, los servicios que la biodiversidad nos presta van mucho más allá del simple aprovisionamiento. Igualmente esenciales para nosotros son el control de la erosión, la regulación de procesos vitales

(como la purificación del agua) o la polinización. Actualmente, un tercio de los cultivos agrícolas dependen de los polinizadores; tres cuartas partes de los fármacos están basados en principios activos presentes en la naturaleza... En rigor, todas las actividades económicas dependen en última instancia de los servicios prestados por los ecosistemas. No obstante, en algunos sectores la dependencia de su cadena de suministro es directa, como el agroalimentario, el pesquero y el farmacéutico.

Actualmente, nueve especies de plantas representan el 66% de la producción total de cultivos, pese a que a lo largo de la historia se han cultivado más de 6.000 especies alimentarias. La biodiversidad se ve mermada por la intensificación de la industria agroalimentaria; se están homogeneizando alimentos básicos de los que había cientos de variedades. La uniformidad genética de los cultivos agroalimentarios comporta riesgos muy serios. Los monocultivos son especialmente vulnerables a los ataques de agentes patógenos. Los episodios aciagos del mildiú en la patata irlandesa de 1845 y la roya negra del trigo en Norteamérica durante los años cincuenta son dos claros ejemplos de las nefastas consecuencias de la uniformidad genética en los cultivos básicos.

Para la industria farmacéutica actual, la biodiversidad es una despesa. Con el desarrollo de la química de síntesis, los extractos de plantas, animales, hongos o bacterias se han convertido en ingredientes imprescindibles para sintetizar fármacos. Muchos también sirven como herramientas para identificar mecanismos de acción y comprender mejor las bases de las enfermedades. Actualmente, el sector farmacéutico es uno de los que más invierten en I+D en todo el mundo. Esto lo sitúa a la vanguardia en materia de innovación, pero al mismo tiempo de responsabilidad social en cuanto a la protección de la biodiversidad, porque de ella depende su futuro.

Las causas directas de la pérdida de biodiversidad son diversas. La más intuitiva es la sobreexplotación de recursos, que en el caso de la pesca alcanza un tercio de los caladeros mundiales, según la FAO⁵. La causa directa más importante es la destrucción y fragmentación de hábitats, sobre todo debido a la antropización del territorio y contaminación en las zonas de mayor presión demográfica. Hagámonos idea: en 1700, la mitad de la biosfera terrestre era salvaje. De las tierras con algún uso, la mayoría se encontraba en estado seminatural,

2. Gaston K. J. *et al.*, «Global patterns in biodiversity». *Nature* 405, 220-227 (2000).

3. Mensaje de Mr. Ahmed Djoghla el Día Internacional de la Diversidad Biológica, 22-5-2007.

4. <https://www.iucnredlist.org/>

5. FAO. *El estado mundial de la pesca y la acuicultura 2018. Cumplir los objetivos de desarrollo sostenible*. Roma, 2018.

sólo marginalmente cultivadas. En el año 2000, el ser humano ha *antropizado* ya más de la mitad de la superficie mundial, apenas un 20% queda en estado semi-natural y sólo una cuarta parte en estado salvaje⁶. En apenas tres siglos, el ser humano se ha constituido en una fuerza geológica muy significativa, por lo que Crutzen juzgó oportuno introducir el término «antropoceno» para describirla. La introducción (intencionada o no) de especies invasoras o los desequilibrios en los ciclos de carbono, nitrógeno y fósforo son otros factores que ocasionan pérdida de biodiversidad.

La mayoría de las causas directas tienen origen humano y convergen en un punto común: el consumo desmedido de recursos biológicos, materiales y energéticos del planeta. Nuestro planeta tiene unos recursos finitos (a los que podríamos llamar su *capital*) y otros recursos renovables, que se caracterizan por una velocidad de regeneración (de modo análogo a un devengo de intereses). La minería de uranio pertenece a los primeros, mientras que la población de atunes pertenece a los segundos. Podemos obtener indefinidamente recursos renovables siempre y cuando la tasa de explotación no exceda la tasa de renovación. Sin embargo, actualmente demandamos recursos a una tasa muy superior a la de renovación: nuestra huella ecológica excede la biocapacidad del planeta. En términos contables, desde finales de los ochenta estamos viviendo del capital de la tierra, ya no de los intereses. ¿De dónde procede semejante voracidad de recursos?

Resulta problemático acotar con precisión qué es y qué no es necesario, pero sí podrían consensuarse unas cuantas áreas de necesidades humanas (subsistencia, protección, afecto, entretenimiento, participación...) e incluso una jerarquización entre ellas. Max Neef llama *satisfactores* a las actividades que satisfacen nuestras necesidades⁷. Para la economía de mercado, la necesidad de un bien o servicio viene determinada por la demanda. Así que, por un lado, mercantiliza los satisfactores, y por otro estimula nuestras insatisfacciones, convirtiendo así nuestros caprichos en necesidades. Una vez adulterada nuestra conciencia, el consumo se desliga de las necesidades. Precisamente, el consumo compulsivo de caprichos artificialmente convertidos en necesidades se ha convertido en la principal causa de una desmedida voracidad de recursos, que ocasionan la degradación medioambiental y la pérdida de biodiversidad.

El paradigma consumista ha individualizado los satisfactores (que así resultan mucho más fácilmente manipulables) y en un sentido opuesto a la visión del personalismo comunitario, fomentando la dimensión más despersonalizadora del individuo. En una cultura ecológicamente responsable, el consumo debe dejar de ser un fin en sí mismo y pasar a ser un medio para satisfacer racionalmente las necesidades.

Paralelamente, se ha producido una regresión de las estructuras comunitarias, ésas que ayudan a la socialización a crear una visión crítica de lo que nos conviene como colectivo, en las cuales cada cual puede participar y proponer ideas de forma activa; en definitiva, para resolver conflictos. El asociacionismo y otros modos de organización comunitaria son asociados subrepticamente a una situación de atraso, mientras otros valores como el individualismo se reivindicaban como más representativos del progreso. Los satisfactores respetuosos con la capacidad de biorregeneración y menos lesivos con el medio ambiente se ven reemplazados por los más agresivos y esquiladores de recursos biológicos. La sustitución de la comunicación directa por las redes sociales a las que se accede desde un dispositivo individual es buen ejemplo de ello.

El hecho de concebir la naturaleza como un medio al servicio de la humanidad y no como un fin en sí mismo ha sido objeto de debate en las últimas décadas. Arne Naess distinguía la llamada «ética ecológica profunda» (en oposición a la superficial) según la cual la motivación por preservar la naturaleza debía ser ajena al provecho que la humanidad obtiene de ella; de ese modo, asignaba un valor intrínseco a la riqueza de las especies y a la biodiversidad⁸. Esta perspectiva holista de Naess conduce a que las especies, los ecosistemas y en definitiva nuestro planeta sean considerados como entidades de derecho, titulares de unos intereses comunes que podrían diferir de la mera suma de intereses de los individuos que los constituyen. De un modo análogo, Lovelock propuso en los años setenta la hipótesis Gaia⁹, designación que recoge la idea de esa «entelequia» con intereses comunes a la que Naess se refería.

En mi opinión, la postura de Naess conlleva las dificultades (no pequeñas) de concebir los intereses de un ítem que ni es un individuo, ni un conjunto de individuos, ni siquiera un conjunto de seres vivos. Seguramente lleva la prosopopeya demasiado lejos, pero no se trata de algo banal; de hecho, yo elogio lo ambicioso de

6. Ellis, E. C. et al. *Global Ecology and Biogeography*, (*Global Ecol. Biogeogr.*) (2010) 19, 589-606.

7. Neef, M.: *Desarrollo a escala humana*. Icaria, Barcelona (1994).

8. Naess, A.: *The shallow and the deep long range ecology movement*. *Inquiry*, vol 16, 95-100 (1973).

9. Lovelock, J.: *Gaia: A New Look at Life on Earth* (1979).

la propuesta y reivindicó el enfoque de la «ética ecológica profunda» porque plantea una alternativa a las reglas del juego económico y al argumentario tradicional. Anteriormente, la defensa de la naturaleza sólo admitía justificaciones de corte económico y utilitarista. Naess plantó cara a ese enfoque antropocéntrico con un fundamento serio. Por cierto, se trata de un pensamiento transversal en lo ideológico, pues lo percibimos muy diáfano en la última encíclica de Bergoglio¹⁰.

Sin embargo, en la práctica debemos rendirnos a la evidencia: la dinámica del capitalismo no atiende a razones filosóficas, por sesudos argumentos que aporten, sino a flujos de capital y personas, en definitiva, atiende a las fuerzas del mercado. Si queremos cambiar el rumbo del mundo desde dentro debemos aportar argumentos de tipo económico. Afortunadamente, los tenemos. Pero ¿cómo afecta económicamente la pérdida de biodiversidad? Sectores como la producción de alimentos, el suministro de agua potable y la producción de medicamentos dependen directamente de ella; también es relevante para aquellos cuya actividad impacta directamente en los ecosistemas, como construcción, minería o petróleo. Un estudio reciente del AXA Research Fund estima entre 125 y 140 billones de dólares anuales el valor que la pérdida de biodiversidad supondría para la economía mundial¹¹.

Sergei Latouche ha elaborado la original teoría del decrecimiento. En las últimas décadas, los tres pilares de la sociedad de consumo (propaganda, obsolescencia programada, crédito financiero) han ejercido un efecto multiplicador sobre el principio de máxima producción, exacerbando las externalidades y los efectos nocivos del sistema de producción. La economía se comporta como si el crecimiento pudiera ser ilimitado, pero en realidad no lo es porque nuestro planeta tiene límites. Pero además de no ser posible, tampoco es deseable porque arruina la biosfera, deteriora las bases comunes de nuestro bienestar y engendra desigualdad. Lo perverso es que ese interés común de la humanidad (preservar la biodiversidad, la fuente primaria de toda

nuestra riqueza) difiere de la simple suma de los intereses individuales (que se ponen de manifiesto en la actual economía de mercado).

Me gustaría concluir listando algunas de las propuestas de acción que Latouche sugiere en su obra más difundida¹².

- En lugar de la voracidad de recursos, apostar por la austeridad.
- Reconciliar nuestros deseos con nuestras necesidades para ejercer un consumo responsable.
- Educar en valores del respeto a la biodiversidad y a la etnodiversidad¹³, sin menospreciar los saberes indígenas y las culturas populares.
- Revalorizar las actividades sociales y relacionales, satisfactorias más sostenibles que los basados en el consumo individual.
- Reivindicar el tercer sector de nuestra sociedad como creador de valor. Las labores domésticas, desvalorizadas en beneficio de las actividades que estimulan la llamada «economía productiva» (léase *explotadora de recursos*), deben ser apreciadas en su justa medida.
- Respetar los ritmos de regeneración de la biosfera. En esta línea deben orientarse las cuotas pesqueras y el control vía satélite de las actividades irregulares.
- Fomentar una mejor distribución de los recursos (atender las necesidades) en lugar de una maximización de la producción (creando necesidades artificialmente).

En definitiva, no debemos tener confianza ciega en el progreso como solución de la pérdida de biodiversidad, esa huida sólo prorroga el círculo vicioso del consumismo. Necesitamos cambiar nuestra manera de pensar y de actuar; entender que podemos ser felices con menos y ponerlo en práctica. Sólo así lograremos encontrar una manera de vivir más sostenible y podremos legar a nuestros hijos un mundo biodiverso y más habitable. 

10. Confróntese *Laudato si'*, #33 (2015).

11. AXA Research Guide Series: *Biodiversity at risk. Preserving the natural world from our future*. 2019.

12. Latouche, S.: *La apuesta por el decrecimiento*. Icaria, 2009.

13. Término introducido por B. Nietschmann en conexión con la biodiversidad. Según Nietschmann, la biodiversidad sólo podrá ser preservada si se preserva también la diversidad de las culturas, y viceversa. A esta conexión la llamó *conservación simbiótica*.

CRECIMIENTO ECONÓMICO. ¿HASTA DÓNDE? ¿LO SOPORTARÁ EL MEDIO AMBIENTE INTEGRAL?

ADOLFO SALTO SÁNCHEZ DEL CORRAL

Licenciado en Física y profesor de informática

Vivimos en un sistema en el que lo económico es lo prioritario. Los Objetivos de Desarrollo Sostenible de las Naciones Unidas expresan claramente que hay que mantener el crecimiento económico, que se vincula al crecimiento del PIB, y lograr niveles más elevados de productividad económica mediante la modernización tecnológica. El problema a veces es que los mecanismos que reactivan la economía basados en el imperativo del crecimiento ilimitado tienen efectos colaterales como la precarización laboral o la deslocalización de las empresas. Un mercado global en el que una parte necesita explotar a otras para mantenerse, con evidentes daños ecológicos y una mala distribución de la riqueza, beneficia a unos pocos y produce daños que empiezan a ser irreversibles.

EL DECRECIMIENTO

El movimiento de objeción al crecimiento económico surgió con el primer informe del Club de Roma en 1972, que fue titulado *Los límites del crecimiento*. La Conferencia de Estocolmo sobre el medio ambiente se hizo eco del título. La palabra «decrecimiento» (*décroissance*) aparece por primera vez en 1979 en una traducción al francés de la principal obra del economista rumano Nicholas Georgescu-Roegen, pero el inicio del proyecto político bajo este nombre se lanzó en 2002.

El decrecimiento empezó a ser un movimiento de activistas en los primeros años del nuevo milenio en Lyon. Unas protestas por unas ciudades sin automóviles, creación de cooperativas de alimentos y campañas contra la publicidad fueron los primeros pasos. A partir de 2006 ya existe en Cataluña (*decreixement*) y en algunas regiones de España. El decrecimiento en Francia fue ganando desde el principio audiencia e interés. Se organizaron conferencias, acciones e iniciativas como



la revista mensual *La Décroissance, le journal de la joie de vivre*, que en 2018 tenía una tirada de 30.000 ejemplares. Parte de la base de que es imposible un crecimiento sin límites en un planeta finito y que nos está llevando ya a un problema ecológico integral. Los movimientos que han surgido en torno a la idea del decrecimiento proponen un cambio de escala de valores, dando prioridad a disponer lo necesario para el mantenimiento de todos, y dejar a un lado tantos bienes innecesarios.

En 2015, en Bolivia, el papa Francisco se dirigía a unos movimientos populares y se preguntaba si somos capaces de reconocer que el sistema económico ha impuesto la lógica de las ganancias a cualquier precio sin pensar en la exclusión social o en la destrucción de la naturaleza. Apostaba por la necesidad de un cambio real, un cambio de las estructuras. Este sistema ya

no se aguanta, decía, no lo aguantan los pueblos y tampoco lo aguanta la Tierra. Proponía un cambio en nuestras vidas, en nuestros barrios y un cambio que alcance al mundo entero.

La *Carta de la Tierra*, en su preámbulo, anima a reconocer que somos una sola familia humana y una sola comunidad terrestre con un destino común. Somos responsables unos de otros y de las generaciones futuras. Nuestra forma de vida debe ser sostenible y basarse en unos principios que guíen y valoren la conducta de las personas, organizaciones, empresas y gobiernos. Empezando por el respeto a la Tierra y la vida en toda su diversidad.

Desde diversos ámbitos se están haciendo denuncias de una situación que podemos ver normal en nuestra cultura pero que evidentemente es insostenible y por supuesto nunca podría generalizarse. Son muy heterogéneos los movimientos que cuestionan el modelo de crecimiento ilimitado, pero proponen alternativas a la cultura hegemónica muy similares y tienen valores coincidentes. Unos han llegado a estas ideas al constatar los límites del crecimiento. Otros consideran que estamos en una crisis económica y que para salir hay que explorar caminos de prosperidad sin crecimiento. Hay quienes piensan que para llegar a una sociedad igualitaria hay que liberarse de la insaciable expansión que impone el capitalismo. Y otros ven que el modo de vida al que aspiran es coherente con estas nuevas ideas.

EL HIPERCONSUMO Y MARKETING

Según Lipovetsky, la sociedad de consumo que se creó en los años 50 se ha terminado. Ahora vivimos un nuevo momento en el capitalismo de consumo, el crecimiento

nos ha llevado a la sociedad de hiperconsumo. A las personas que viven en estas zonas del mundo capitalista las llama Lipovetsky hiperconsumidores. Las empresas se dieron cuenta pronto de las ganancias que obtenían con una política de precios bajos que incrementaba enormemente el número de unidades introducidas en el mercado, con un consumo que se enfocaba a la familia. Con el hiperconsumo, que comenzó en los años 70-80, se ha conseguido que en un mismo hogar haya varias unidades de un mismo producto: varios televisores, varios ordenadores, varios móviles, varios automóviles... el objetivo es llegar a cada individuo, conquistar la individualización de los comportamientos. No cabe duda de la contribución de este hiperconsumo a la degradación del medio ambiente con la cantidad de

residuos de difícil absorción y el aumento de emisiones.

Las personas son cada vez más dependientes del mercado en cuanto a la satisfacción diaria de las necesidades y a la organización de sus vidas. El mercado tiene cada vez más poder sobre los aislados individuos. Se han comercializado el placer, la felicidad y los modos de vida. Con el hiperconsumo se satisfacen los sentidos a nivel personal e individual; está basado en el sensualismo, frente al consumo de otras épocas que buscaba el prestigio social. Cada día tiene que suceder algo

nuevo, tenemos que experimentar las nuevas sensaciones que nos ofrece el hiperconsumismo. Si tenemos un vacío de sentido somos más proclives aún a lo que el marketing nos ofrece, el hiperconsumismo es un dopaje.

La publicidad y el marketing son fundamentales en este esquema crecimiento-consumo. La publicidad juega con la mentira, «nuestra atención» es un artículo de consumo y nos convierte en mercancía. Hemos ido cediendo cada vez más espacio y tiempo de nuestras vidas a quienes quieren vendernos cosas. Pero no nos



importa que nos mientan mientras nos guste la mentira. La publicidad muestra un conocimiento profundo de la naturaleza humana. Nos venden el paraíso tratando de que creemos vínculos emocionales con los objetos y nos sintamos felices. Utiliza la empatía, pero, como dice José Ángel Encinas, la empatía del psicópata que sabe lo que quiere conseguir. En la pandemia del COVID-19 los publicistas recomendaban parar para seguir, cuanto antes paremos antes seguiremos «con lo nuestro». Es una práctica habitual este disfraz de reflexión. La educación juega un papel importante para crear conciencias sensibles con el medio ambiente y el consumo responsable. Es necesario también que a nuestros jóvenes se les enseñe en las escuelas los mecanismos que utilizan los medios de comunicación.

PROPUESTAS

Muchas propuestas de decrecimiento no ponen tanto el acento en reducir la producción y el consumo como en hacerlo de manera diferente, cuestionando los valores sobre los que se sustenta el sistema capitalista neoliberal. Según esta relación de alternativas que señala Joan Carrera, proponen la cooperación frente a la competitividad, el altruismo frente al egoísmo, lo local frente a lo global, lo relacional frente a lo material, el compartir frente al poseer, la frugalidad frente al lujo, lo común frente a lo privado.

Es fundamental para establecer soluciones de futuro la participación democrática, el pacifismo y el valor de lo común. Los nuevos modelos, como indica Joan Carrera, tratan de abandonar la dialéctica derecha-izquierda y de criticar tanto el capitalismo como el llamado «comunismo real». El cuidado de los valores en los que educamos a las futuras generaciones, como ya hemos comentado, es esencial para que se materialicen cambios personales, para llegar a cubrir nuestras necesidades de felicidad con el desarrollo de la felicidad de otros y la conservación del espacio que habitamos.

El filósofo, y Premio Princesa de Asturias 2018, Michael Sandel, explora varias maneras de enfocar la justicia y se inclina por la que supone cultivar la virtud y razonar acerca del bien común. Rechaza el enfoque que consiste en respetar la libertad de elegir en un mercado libre. Considera Sandel que necesitamos una vida cívica más robusta y comprometida que esta a la que nos hemos acostumbrado y hace una valoración de las convicciones morales y religiosas de los ciudadanos. Se ha dado por sentado, dice Sandel, que respetar estas convicciones significa ignorarlas, dejarlas en paz y llevar nuestra vida pública sin referirnos a ellas; pero piensa que eludir las de esta manera es un falso respeto.

Ha desaparecido la capacidad de un sacrificio hoy para un mejor futuro mañana. Se hace necesario analizar cómo estamos viviendo y que efectos sufrirán los que nos sigan. Ya no es posible disfrutar de cada instante de la existencia tal como lo estamos haciendo, los riesgos para la salud son demasiado evidentes.

CRITERIOS DE CRECIMIENTO

Habrà que redefinir los criterios económicos de crecimiento para que incluyan la realidad humana en un sentido más amplio. De esta manera, decrecer no siempre significará que empeoran las condiciones de vida de las personas y su medio natural y social.

El Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo elabora desde 1990 el índice de desarrollo humano (IDH). Fue una iniciativa del economista paquistaní Mahbub ul Haq para clasificar los países a partir de otras variables distintas, otros criterios distintos de los usados tradicionalmente por los economistas. En el tema de la salud: la esperanza de vida al nacer; en la educación: la tasa de alfabetización de adultos, la matriculación en primaria, secundaria y superior y los años de duración de la educación obligatoria.

Thomas Piketty defiende que el PIB deje de ser el principal criterio de crecimiento porque introduce graves errores. En un informe, publicado en 2018 por la OCDE, Piketty pide a los gobiernos que den más importancia a la lucha contra las desigualdades que al cálculo del PIB para medir el crecimiento anual de cada país. En el informe plantea que, además del PIB, para estudiar la salud económica de un país usemos una serie de indicadores que midan cómo están repartidos los niveles de bienestar y que tengan también en cuenta la sostenibilidad social, económica y ecológica.

BIENES RELACIONALES

Serge Latouche y Didier Hapagès, economistas y defensores del decrecimiento, hablan en el libro *La hora del decrecimiento* de los «bienes relacionales», categoría introducida a finales de los 80 por la filósofa Martha Nussbaum y el sociólogo Pierpaolo Donati. Por un lado, los bienes relacionales forman parte de los tradicionales bienes comunes: las carreteras, el alumbrado público, también la lengua y las culturas. Responden a dos criterios: «no rivalidad», en el sentido de que la cantidad no se ve disminuida si otros se benefician del él y «no exclusión», porque el acceso es libre. Pero los bienes relacionales son además «vividos»: solo existen si son varios los que los disfrutan y su valor es intangible. El

bienestar que proporciona una conversación es uno de estos bienes relacionales. Así, la amistad o el conocimiento forman también parte de esta categoría. Estos bienes son determinantes en la autovaloración de felicidad. El consumo que yo hago no disminuye las «existencias», sino todo lo contrario.

Según estos autores, el desarrollo económico permitió en su día alimentar a millones de personas, pero hoy el crecimiento excesivo lo ha convertido en un «desarrollo parasitario». Lo comparan con la metástasis de un cáncer. Un crecimiento que sobrepasa la huella ecológica sostenible debido a un consumo excesivo, un nivel de producción que sobrepasa el nivel capaz de satisfacer las necesidades razonables de todos. A partir de un umbral, el coste marginal del crecimiento supera en mucho sus beneficios. Lo expresan de un modo dramático: «Todo sucede como si la perspectiva de un suicidio colectivo nos pareciera menos insoportable que el replanteamiento de nuestras prácticas y el cambio de nuestros modos de vida».

DECRECIMIENTO Y CAMBIO CLIMÁTICO

El crecimiento económico lo protagoniza el hombre produciendo y consumiendo. En este proceso existen emisiones, causas antropogénicas, que han contribuido al calentamiento global con respecto a los períodos preindustriales. Según el IPCC los riesgos para los sistemas naturales y humanos son mayores en la misma proporción en que este calentamiento global aumenta. Se estima que las actividades del hombre han contribuido con un aumento de 1,0 °C y es probable que llegue a 1,5 °C entre 2030 y 2052 si se continúa con el ritmo de crecimiento actual.

Sabemos cuáles son los impactos de este incremento de la temperatura: el aumento del nivel medio del mar; precipitaciones intensas; sequías y déficits de precipitaciones en otras regiones; problemas de adaptación de las personas de determinadas áreas a estos cambios, sobre todo si se producen con celeridad; riesgos para la biodiversidad de los ecosistemas marinos y la pesca; la salud de los seres humanos se verá mermada por el clima y los medios de subsistencia; dificultades para la erradicación de la pobreza y mitigación de desigualdades; surgen más regiones vulnerables...

En el libro *Decrecimiento: un vocabulario para una nueva era*, Yesid Carvajal Escobar y Badi Mina Viveros, de la Universidad del Valle de Cali (Colombia), publican un capítulo dedicado al Cambio climático. Nos explican como los grandes controladores del capitalismo mundial trabajan en la creación de alternativas tecnológicas como máquinas más eficientes, nuevas fuentes

de energía, agricultura inteligente y compra de bonos de carbono. Pero lo que siempre subyace es el culto a la acumulación de capital y la ideología del crecimiento económico, que nunca es cuestionada, aunque el riesgo climático continúe en aumento.

El sistema agroalimentario produce 1,5 veces más de lo necesario para cubrir las necesidades mundiales de alimentación mientras el 11% de la población sufre hambre. No se sostienen las propuestas orientadas al aumento de producción, ni son creíbles los discursos de adaptación al cambio climático elaborados por los mismos responsables del daño. Hay que cortar con el paradigma del crecimiento y desde la lógica del decrecimiento aunar esfuerzos a nivel global para cambiar el impacto que causamos al medio ambiente.

Sería imposible que las mismas cuotas de crecimiento económico de los países llamados desarrollados las alcanzasen los países del Sur global. Los peligros del cambio climático serían insuperables si todos los pueblos de la tierra alcanzaran el mismo nivel de vida. Para los países del Norte es urgente el decrecimiento si queremos revertir los impactos del modelo derrochador de los recursos de la tierra, pero también sería un gesto de reconocimiento de las relaciones históricas de explotación e injusticia con el Sur global.

PAGAR POR/PARA CONTAMINAR

Sandel, en *Lo que el dinero no puede comprar*, critica que el gobierno de EE. UU. establezca permisos de contaminación comercializables. Como si contaminar formara parte del coste de la actividad industrial, parte del cálculo coste-beneficio y no una actitud irresponsable hacia el medio ambiente, que le corresponde a los gobiernos proteger. No se puede borrar el estigma moral que acarrea el maltrato del medio ambiente, hay que mostrarlo para erradicarlo. Tampoco podemos romper la cooperación global necesaria para la conservación medioambiental, los más ricos hacen que desaparezca el esfuerzo solidario para la reducción de la contaminación y se consolida una actitud instrumental hacia la naturaleza.

Como el mismo Sandel reconoce, no es lo mismo arrojar desperdicios por la ventanilla del coche que emitir CO₂ al aire, pero lo verdaderamente objetable es hacerlo en exceso a consecuencia de una forma de vida en la que se derrocha la energía. Les toca a los gobiernos establecer regulaciones y normas severas respaldadas por fuertes sanciones para reducir la contaminación.

El pensamiento orientado al mercado va invadiendo esferas de la vida tradicionalmente regidas por normas no mercantiles, como es el caso de la protección

medioambiental. Las promesas del crecimiento económico ponen precio a bienes que nunca deberían tenerlo. Surge la duda de si para alcanzar fines valiosos conviene actuar comercialmente en mercados moralmente cuestionables.

LA JUSTICIA AMBIENTAL

La justicia ambiental, según la definición que nos ofrece Isabelle Anguelovski, se ocupa del derecho de las comunidades a permanecer en el lugar que habitan, a estar protegidos del crecimiento y la inversión incontrollados, de la contaminación, del acaparamiento de tierras, la especulación, la desinversión, la decadencia y el abandono.

En los años 70 surgieron las primeras protestas en EE. UU. que darían origen de lo que después vino a llamarse justicia ambiental. Una antigua zanja de un proyecto anteriormente abandonado en Niagara Falls (Nueva York), sirvió en los años 50 de vertedero de residuos químicos. En 1953 fue expropiada y se construyó el barrio Love Canal. Aunque la empresa química advirtió del peligro de habitar sobre vertidos, el gobierno local pensó que bastaría con sellar el vertedero y siguió adelante con la urbanización de la zona. Durante la construcción rompieron el sello y se filtraron los residuos, pero el barrio siguió creciendo. Hubo casos de cáncer, problemas respiratorios, contaminación de las aguas del río Niágara... En 1980 Love Canal fue declarado zona catastrófica. Las protestas de los habitantes terminaron en 1979 con una demanda del Estado de Nueva York contra las empresas responsables que tuvieron que pagar más de 200 millones de dólares para descontaminar la zona. A las 883 familias residentes les facilitaron el realojo.

En 1990 el movimiento por la justicia ambiental empezó a extenderse por todo el mundo, especialmente en el Sur global donde se vinculó a lo que se llamó el ecologismo de los pobres. La lógica de la producción beneficia a los inversores, a las grandes empresas y a quienes toman las decisiones, pero tiene un impacto negativo en las capas más bajas de la sociedad.

Los movimientos por la justicia ambiental insisten en recordarnos que consumir y producir menos no es suficiente en sí mismo. Es preciso acompañarlo de una distribución equitativa de lo producido, y con participación democrática en el control de los procesos de producción, para que las ciudades y las zonas rurales sean más igualitarias. 

REFERENCIAS

- Vivir con menos para vivir mejor. Superar la ideología del crecimiento ilimitado.* Cristianismo y Justicia. Cuaderno 214. Joan Carrera i Carrera.
- Decrecimiento: un vocabulario para una nueva era.* D'Alisa, Giacomo; Demaria, Federico; Kallis, Giorgos y Pérez, Mario. Ed. Icaria Antrazyt.
- Carta de la Tierra:* <https://cartadelatierra.org/lea-la-carta-de-la-tierra/>
- Objetivos del Desarrollo Sostenible:* <https://www.un.org/sustainabledevelopment/es/economic-growth/>
- Hiperconsumo al borde del abismo.* Conferencia de José Ángel Encinas Carazo: <https://www.ecologistasenaccion.org/evento/charla-en-linea-hiperconsumo-al-borde-del-abismo/>
- La sociedad del hiperconsumo.* Conferencia de Gilles Lipovestky: <https://www.youtube.com/watch?v=r3ychf3IR0w>
- La idea de la justicia en Michael J. Sandel.* Nueva Revista. <https://www.nuevarevista.net/destacados/la-idea-de-justicia-en-michael-j-sandel/>
- La hora del decrecimiento.* Serge Latouche y Didier Harpagès. Ed. Octaedro.
- Lo que el dinero no puede comprar. Los límites morales del mercado.* Michael J. Sandel. Ed. Debate. <https://www.yumpu.com/es/document/view/62178534/sandel-michael-j-lo-que-el-dinero-no-puede-comprar>
- Comerciantes de atención: la lucha épica por entrar en nuestra cabeza.* Fin Wu. Ed. Capitán Swing.
- Resumen para responsables de políticas. Calentamiento global de 1,5 °C.* Grupo intergubernamental de expertos sobre el cambio climático IPCC. https://www.ipcc.ch/site/assets/uploads/sites/2/2019/09/IPCC-Special-Report-1.5-SPM_es.pdf
- La justicia ambiental.* Isabelle Anguelovski. Artículo del libro *Decrecimiento: un vocabulario para una nueva era*. Op. cit.

NO HAY VACUNA ECOLÓGICA PARA ESTE ANIMAL VACUNO

CARLOS DÍAZ

Miembro del Instituto E. Mounier

Si no citas la procedencia de algún contenido de algún libro y te descubren, es un plagio; si tomas de muchos y lo evidencias con profusión de citas, estás investigando. Supongo que si te repites también, por ejemplo en esto de la ecología, es un plagio, pero en este caso un autoplagio con el que solemos ser muy indulgentes. Por eso, con pocas ganas de escribir el presente artículo, no sé si merecerá la pena volver a autoplagiarme; en todo caso, lo hago por la fuerza del imperativo categórico que late en mí, y que nunca termina de decirme: ayuda a quien puedas, no dañes a nadie voluntariamente, colabora con la humanidad, sé digno de la felicidad que buscas, sé lo más honesto que puedas.

Hablando con sinceridad:

- No sé si se puede defender el amor a la vida planetaria en general, y a la terrícola en particular, si no se siente amor por el hombre, o se siente, pero apenas se manifiesta con obras.
- No sé si se puede participar de la alegría de vivir si se abandona el dolor compasivo que llega incluso a enturbiar dicha alegría subjetiva.
- No sé si se puede seguir luchando por el hombre si no se hace lo posible para que éste viva conforme a su humana condición.
- No sé si todavía existe en cada ser humano más cosas dignas de admiración que de desprecio, aunque quiera creerlo.
- No sé si mi granito de arena en favor de la ecología (como todo lo que hago) sirve para algo, o simplemente tiene un valor poético y en esa medida meramente retórico.
- No sé si al escribir estas cosas estoy a punto de asumir que no se puede hacer nada en favor de algo que no sea lo inmediato y circunstancial.
- No sé si creo en los demás cuando hablan y hablan sin tregua de lo que no quieren asumir, que

hablan por hablar, tanto más cuanto menos capaces parecen de procesar sus propios discursos en orden a la acción. Me irrita profundamente la superficialidad de los que sabedores de que tienen cáncer prefieren que les receten una pomadita y una aspirina, como si no quisieran conocer lo que les está matando; realmente a veces dudo de que queramos actuar como personas.

Un día el fulanito y la fulanita se sienten verdes y, para evitar la contaminación procedente de la carne de vaca, cuyos pedos hacen temblar la capa de ozono, se dan a la berza, que es más barata; otro día participan en una campaña de recogida de basuras del río más cercano, y algunos incluso la llevan a algún punto blanco; en el mejor de los casos, compran parcelas de bosques para que al menos no las tale ningún hacha afilada y tengamos una defensa eco/biológica mayor. Y pare usted de contar.

Algunas personas se sienten tan mal por estos y otros actos de *valentía solidaria*, que incluso llegan a odiar al género humano por su condición *ecocida*. Conozco a alguien que no soporta a su lado en la mesa un comensal pasado de peso que además se traga los filetones de buey como un *idem*. Y conste que, si bien entiendo la actitud, no me parecen justificadas las *neurosis anti todo* de ahí emergidas y expansivas cuyo pesimismo termina llevándolos a renunciar a tener hijos porque no quieren compartírselos con el resto de la humanidad. Muy bien no sé si en el fondo todo ello denota a su vez la carencia de salud mental en esas personas, pues *muchas locuras propias brotan de comportamientos contra las locuras ajenas*, son locuras exógenas, reactivas.

Sin embargo, algún mecanismo inercial existe todavía en mí lo suficientemente poderoso, aunque desgastado, que me impele a hacer como si creyera para que

no me arrastre la corriente como pez muerto o camarón que se duerme¹. A veces también pienso que es la mano firme del Señor la que ase mi cestita abandonado en las aguas, lo mismo que le ocurrió a Rómulo y Remo, o a Moisés. Nada de eso impide, sin embargo, que frecuentemente me vea como un nadador que bracea denodadamente por llegar a una meta que cada vez se desplaza más lejos, solo y a la deriva.

No puedo ocultar que estoy llegando a sentir una profunda antipatía contra *quienes y quienes* hablan, pero no hacen sino lo contrario, o simplemente no hacen. Nadie que no hiciese debería abrir la boca. Y no sólo me enemistan estos *sujetos y sujetas*, sino también los procrastinadores, los güevones, los retardatarios, los que acuden puntualmente a su trabajo pero que jamás se comportan del mismo modo cuando su trabajo es voluntario y no retribuido. Son los mismos que creen en un sistema de providencia para trileros y defraudadores compulsivos.

Es en esta situación en la que voy pasando los días de mi vejez. Por supuesto, con esto de la ecología tampoco puede irme de otro modo. Sin cambiar el modo de producción capitalista, el consumismo penoso, y la religiosidad cínica ¿cómo se va a frenar ningún mal estructural grave y profundo, sobre todo si se trata de una tragedia de dimensiones escatológicas tanto más devastadoras cuanto más acentuada es la «nueva normalidad» que sigue a la «vieja normalidad» en los corazones de los «normales»? ¿Qué es, pues, la normalidad? *La necesidad que la puerca lavada siente de volver perentoriamente a su vómito*. La sociedad no es capaz de aprender a ser humana, su bestialidad ha mordido y se ha comido su racionalidad.

Todo es normal, también el cinismo ecológico. La gente es tan cortita (y no hace falta que se me recuerden las numerosas excepciones, gracias) que a cambio de no dar casi nada lo quiere casi todo, cultura de los derechos sin los deberes. El ser humano parece acostumbrado a ello, y a estas alturas me costaría decidir si primero fue la toxicidad humana y luego la ambiental. Esto es como la drogadicción: los toxicómanos se acostumbran y ya no saben vivir sin ello. Y lo mismo que los miserables que se acostumbran y aman su condición. La verdad es que por esos motivos me molestan tanto los comerciantes con los humos negros y las aguas fecales, como los consumidores atolondrados compulsivos de lo muy bien envasado. Sé que las grandes multinacionales matan más, mucho más que los individuos, pero no

puedo evitar las ganas de retorcerle el pescuezo a estos individuos tan ignorantes, o tan malos que nada quieren atajar, o tan impotentes que nada intentan en cuestiones de tanta importancia.

Desde luego, cada vez me cuesta más pertenecer al repolludo *personalismo comunitario*, sobre todo porque me parece un conjunto retórico vacío de lo que presumo, pero lleno de lo que debería avergonzarle. En fin, que según los buenistas ya estoy envenenado por dentro, así que para qué necesito la polución de fuera. Casi enveneno yo más de lo que soy envenenado. Y hasta puede que alguien me considere un perturbado, un problemático mental, en lo que tal vez, mire usted por donde, acaso lleve razón: cuando los demás te llaman chango, tú debes ir pensando en hacer provisión de bananas. O quizá lo que pase, sencillamente, sea que estoy deprimido con actitudes reactivas neuróticas. Tampoco diría que no.

Por otra parte, lo que llamamos *normalidad* tampoco me gusta; no me satisface considerarme ecologista «porque yo ya reciclo», reciclo un montón de botellas de vidrio cervecero y otro montón de plásticos que son resultado de una inmoderada ingesta de alcohol, y un creciente consumo de cocacolas. Oiga, ¿y no sería mejor que redujese usted su compulsión consumista y reciclase menos? Porque tiene su guasa el funcionamiento de la conciencia moral del imbécil, que opera así: soy mejor porque consumo más y luego recojo u oculto ordenadamente el lugar de los crímenes en los contenedores de todos los colores, que cada vez ocupan más espacios públicos.

No hay nada que hacer, y aunque se invente una vacuna ya encontraremos los medios para neutralizarla y meternos en un problema mayor y más pendiente de revacuna. No hay vacuna para este animal vacuno, que prefiere morir matando, ecoexplotando, sin *piedad compasiva para con la naturaleza*, aunque sepa que la naturaleza se vengará de él. Simplemente estamos jugando como si fuésemos cazadores de mariposas también con la ecología, algo que desde luego a personas como yo le parece el resultado lógico de la degradación. ¿Alguien podría defender que el hombre es capaz de hacerse cargo de la realidad, de hacerse cargo y de cargar con ella, cuando ni cuenta se da de que al rezar al buen Dios trata de engañarle?

Dicho esto, no tengo más que decir, esperando que llegue el llorar de ojos y el cruji de dientes. Nada más justo. 

1. Ciertamente, no podría negarse que, a pesar de todos los pesares, sigo activo. En estos cuatro meses de pandemia he escrito cuatro libros, cuyos títulos son: *En las cimas de la desesperación*. Editorial Sinergia, Guatemala, 2020, 153 pp.; *Estos días llenos de noches*, Editorial Sinergia, Guatemala, 2020, 165 pp.; *De otro modo*. Editorial Sinergia, Guatemala, 2020, 155 pp.; *Derecha cobarde e izquierda caviar*. Editorial Sinergia, Guatemala, 2020, 171 pp. Están a disposición de quienes deseen despertarse para ayudar a despertar.

ECOLOGÍA Y LOS POBRES

VÍCTOR CODINA SJ

Doctor en Teología

Este tema es tan inmenso, casi oceánico, que, para no divagar en discutibles elucubraciones teóricas, luego de una breve referencia a los movimientos ecológicos actuales, asumiremos como base algunos documentos del magisterio del papa Francisco.

«LOS VERDES»

La toma de conciencia de la problemática ecológica es relativamente reciente, tanto en la sociedad como en la Iglesia. Desde que el naturalista y filósofo alemán Ernst Haeckel en 1869 acuñó el término ecología, como ciencia del estudio de la casa, del hogar o vivienda, ha ido creciendo hasta nuestros días la preocupación de los científicos sobre la crítica situación de nuestro planeta tierra: efecto invernadero, calentamiento global, agotamiento del agua, deforestación, pérdida de la biodiversidad de miles de especies, contaminación, la tierra se convierte en un depósito de basura, la supervivencia de la humanidad en el planeta tierra está en peligro, el futuro está amenazado.

A partir de estos datos científicos han surgido numerosos movimientos ecológicos en defensa de la tierra, de las especies animales, de los bosques, del mar y del aire. Estos movimientos, como Greenpeace y el más reciente movimiento juvenil generado por Greta Thunberg, que han ayudado mucho a tomar conciencia del problema ecológico, han sido grupos minoritarios de los países más desarrollados del Norte. También en varios países europeos han surgido los partidos políticos *verdes* en defensa de la naturaleza. El adjetivo 'verde' incluso se ha puesto de moda: ahora se ofrecen productos comestibles verdes, energías verdes, incluso bancas verdes...

Pero las consecuencias sociales del este progreso de degradación ambiental no siempre aparecen claramente. Incluso una cierta espiritualidad ecológica, que apele al franciscanismo, puede caer en el romanticismo de

Zefirelli en *Hermano sol y hermana luna*, o quedar prendida únicamente en lo poético y estético del oleaje marino y las bellas puestas de sol, sin descender a las consecuencias sociales del cambio climático.

LAUDATO SI', UNA ENCÍCLICA SOCIAL, NO SIMPLEMENTE VERDE

La primera encíclica del magisterio pontificio sobre la ecología ha sido la de Francisco en 2015 *Laudato si'*. *Sobre el cuidado de la casa común*, con un título de inspiración claramente franciscana. Pero el papa se apresura a decir que esta encíclica no es simplemente una encíclica verde, sino una encíclica social que forma parte del magisterio social de la Iglesia (15). No hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental (139). La Iglesia se siente muy preocupada por el deterioro de la calidad de vida humana y la degradación social: contaminación del aire y el agua, pérdida de biodiversidad, deforestación, cambio climático, aumento de nivel del mar, crecimiento desmedido de ciudades, donde casi no hay espacios verdes y sus habitantes viven entre cemento, asfalto y vidrio; junto a urbanizaciones ecológicas lujosas, hay barrios pobres donde viven los descartados sociales; el cambio global provoca exclusión social, violencia, consumo de drogas; el ambiente humano y natural se degradan juntos, los más graves efectos de las agresiones ambientales los sufre la gente más pobre, los excluidos, la mayor parte del planeta, miles de millones de personas (43-47).

Por esto, un planteo verdaderamente ecológico se convierte en un problema social que integra medio ambiente y justicia social, al clamor de la tierra se une el clamor de los pobres (49). No es casual que sean los episcopados de países pobres, los primeros que hayan lanzado esta voz de alerta social. Frente a esta crisis ecológica no hay una cultura necesaria para enfrentarla (53) y escandaliza la debilidad de la reacción política

internacional (54), con un comportamiento que parece suicida (55).

LAS VENAS ABIERTAS DE LA AMAZONÍA

Aunque *Laudato si'* citaba la Amazonía, junto a la cuenca fluvial del Congo, los acuíferos y glaciares, como lugares emblemáticos de esta problemática (38), la encíclica mantenía un carácter general y universal.

Ha sido el Sínodo especial sobre la Amazonía, celebrado en Roma (octubre de 2019), el que ha abordado la situación de una región geográfica y de una Iglesia local concreta, con lo cual pone de relieve con fuerza la dimensión realmente social de la ecología.

Tanto su preparación a través de numerosas encuestas a los pueblos amazónicos por la REPAM (Red Eclesial Panamazónica), como la presencia de hombres y mujeres indígenas en el aula sinodal, ha puesto de manifiesto la gravedad del problema social en la Amazonía, fruto de la explotación inmisericorde del territorio por parte de empresas nacionales y multinacionales petroleras, mineras, forestales, hidroeléctricas, etc., que destruyen el territorio, contaminan ríos, expulsan a sus habitantes, amenazan a sus líderes y muchas veces los asesinan. No se parte de un problema teórico y abstracto (la ecología, el cambio climático...) sino de la realidad concreta de una zona geográfica y de una Iglesia local amazónica. La Amazonía es un caso concreto y paradigmático de las consecuencias sociales del cambio climático que suceden en otros lugares de la tierra. La realidad siempre es más importante e impactante que la pura idea.

También en el Sínodo se ha tomado conciencia de que los indígenas no son solamente pobres, sino poseedores de una sabiduría ancestral anterior al cristianismo que les motiva al «vivir bien», es decir a vivir en armonía con la comunidad, con la naturaleza y con Dios. La vida de los indígenas que han cuidado durante siglos la naturaleza es una alternativa al mundo moderno occidental que, con su deseo de vivir siempre mejor, explota la población y destruye la tierra.

Después del Sínodo, Francisco ha escrito la exhortación postsinodal *Querida Amazonía* (2 de febrero 2020), donde con un estilo poético expresa una serie de sueños:

Sueño con una Amazonía que luche por los derechos de los más pobres, de los pueblos originarios, de los últimos, donde su voz sea escuchada y su dignidad sea promovida.

Sueño con una Amazonía que preserve esa riqueza cultural que la destaca, donde brilla de modos tan diversos la belleza humana.

Sueño con una Amazonía que custodie celosamente la abrumadora hermosura natural que la engalana, la vida desbordante de sus ríos y sus selvas.

Sueño con comunidades cristianas capaces de entregarse y encargarse en la Amazonía, hasta el punto de regalar a la Iglesia nuevos rostros con rasgos amazónicos (7).

Los tres primeros sueños (social, cultural y ecológico) exponen la belleza de la creación que se manifiesta en la Amazonía: sus ríos, la selva, la riqueza de su fauna y flora, la variedad de su riqueza cultural y religiosa, la sabiduría de sus habitantes que nos enseñan a vivir bien, en armonía con la comunidad, con la tierra y con Dios.

Pero esta belleza está amenazada. Hay textos de gran crudeza, por ejemplo, de la época del caucho en la Amazonía venezolana: a los indígenas no se les daba plata, solo mercancía y cara, más de 20 pueblos fueron arrasados, las mujeres violadas y amputados sus pechos, a los hombres se les cortaban los dedos de las manos o las muñecas para que no pudiesen navegar (15, nota 12).

Hoy sigue la explotación inmisericorde del territorio, la migración de sus habitantes, la contaminación del río y la selva, las amenazas de muerte. Frente a esta situación, Francisco lanza un grito profético: el clamor de los pobres y de la tierra clama al cielo (9), es injusticia y crimen, es un nuevo tipo de colonialismo (14), es necesario indignarse como hizo Jesús (15), porque abusar de la naturaleza es abusar del Creador, hipotecando el futuro (42). Y se cita el testimonio de un pueblo amazónico: «La tierra tiene sangre y se está desangrando, las multinacionales le han cortado las venas a nuestra Madre tierra» (42, nota 52). El grito de la Amazonía es como el grito del Pueblo de Dios en Egipto (52).

CUESTIONES DE FONDO

Curiosamente, los medios de comunicación Social, tanto durante el Sínodo como en *Querida Amazonía*, se han concentrado y limitado a resaltar dos temas pastorales de la Iglesia amazónica: la posibilidad de la ordenación presbiteral de hombres casados indígenas y el diaconado femenino, silenciando la denuncia a las empresas explotadoras de la Amazonía y las graves consecuencias sociales para sus habitantes. Por importante que sean estos dos temas pastorales en orden a configurar una Iglesia con rostro amazónico, no deja de ser sospechoso este silencio sobre las víctimas de la explotación. ¿Ha sido este silencio algo casual?

Sin duda muchos medios de comunicación responden a los intereses de los grandes capitales, muchos

de los cuales están implicados en la explotación de la Amazonía o de zonas semejantes en los acuíferos de Paraguay, en Centroamérica, en el Congo, en Borneo y Oceanía.

Las palabras del Sínodo y de *Querida Amazonía* son claras y proféticas. En *Laudato si* ya se citaba una afirmación del Patriarca Bartolomé sobre los daños ecológicos que generamos:

Que los seres humanos destruyan la diversidad biológica de la creación divina; que los seres humanos degraden la integridad de la tierra y contribuyan al cambio climático, desnudando la tierra de sus bosques naturales o destruyendo sus zonas húmedas; que los seres humanos contaminen las aguas, el suelo, el aire. Todo esto son pecados (8).

En el *Documento final* del Sínodo de la Amazonía también se habla del pecado ecológico: «una acción u omisión contra Dios, contra el prójimo, la comunidad y el ambiente. Es un pecado contra las futuras generaciones y se manifiesta en actos y hábitos de contaminación y destrucción de la armonía del ambiente, transgresiones contra los principios de interdependencia y la ruptura de solidaridad entre las criaturas y contra la virtud de la justicia» (82).

En *Laudato si'* se culpa al paradigma tecnocrático y al antropocentrismo moderno como causantes del desastre ecológico actual (106-11) y se afirma que únicamente un cambio de paradigma puede detener esta situación trágica y pecaminosa. Pero hay tantos intereses económicos implicados, que ni las multinacionales ni los líderes políticos están dispuestos a tomar medidas eficaces y dan larga a la situación, dando solo remedios paliativos.

Es necesaria una verdadera conversión ecológica (216-221), hacia una ecología integral que incluya las dimensiones económicas, culturales y sociales (127-144): no hay dos crisis separadas, la ambiental y la social, sino una sola crisis socio-ambiental (139).

Para ello hay que partir de una visión unitaria de la creación, todos somos criaturas del Creador, todos somos hermanos, todo está interconectado, todos hemos de estar en comunión (91-92), no solo «con» las demás criaturas sino «en» comunión con ellas, ya que formamos parte de la única creación, todo está relacionado. Y a partir de la encarnación, vida, muerte y resurrección de Jesús y del don de su Espíritu, esperamos que toda la creación será un día transfigurada en el cielo nuevo y la tierra nueva y Dios será todo en todas las cosas (1 Cor 15,28) (100). Esto es lo que se anticipa litúrgicamente en los sacramentos, sobre todo en la eucaristía,

donde el pan y el vino fruto de la tierra se convierten por la fuerza del Espíritu en pan de vida y bebida de salvación (cf. 223-227).

Y en todo ello, los pobres, los excluidos, los últimos, han de ser los primeros destinatarios de esta nueva creación que ahora está en dolores de parto y gestación (Rm 8,22). Todo ello hace que en *Querida Amazonía* se exprese con mayor fuerza el rechazo de esta situación de muerte: es pecado, crimen, una injusticia que exige indignación, es el nuevo Éxodo del pueblo amazónico, lo cual nos permite «llorar por la Amazonía y gritar con ella ante el Señor» (56).

La Amazonía se convierte en un verdadero lugar teológico, un espacio donde Dios se manifiesta y convoca a sus hijos (57), una nueva versión del pueblo de Dios explotado por los faraones de turno, que nos manifiesta y revela los designios de Dios.

Por todo ello, la afirmación de que *Laudato si'* no es una encíclica verde sino socio-ambiental, ahora queda reforzada después de escuchar el clamor angustioso de las y los indígenas, expulsados de su territorio y amenazados de muerte y que piden a la Iglesia que los defienda ante sus opresores.

Esto puede explicar el sospechoso silencio de los MCS sobre el Sínodo y *Querida Amazonía* y su concentración en temas eclesiológicos sensacionalistas, para así desviar la atención del punto clave ecológico urgente, la preservación del planeta.

En esta crítica a la dimensión social de la ecología se unen tanto la derecha política como la derecha eclesiológica. Ya el Documento de trabajo (*Instrumentum laboris*) fue calificado por eminentes clérigos de ser panteísta, pelagiano, que mitificaba a los indígenas y negaba la salvación en Cristo, algo estúpido, con una ecología biodegradable que nos quería hacer retornar a las cavernas, al arco y las flechas.

Durante el Sínodo, las derechas acusaron de que algunas ceremonias en las que participaban indígenas con caras pintadas de rojo y coronas de plumas y flores parecían el Carnaval de Río.

Y unos violentos integristas arrojaron al Tíber unas imágenes de madera que los indígenas habían llevado a Roma y que representaban a una mujer en gestación, símbolo de la Tierra madre, de su fecundidad y de la vida, pero que ellos creían que eran ídolos. Los *carabinieri* las encontraron y se las devolvieron y Francisco como obispo de Roma pidió perdón a los indígenas por este agravio y en el discurso final de Sínodo, pensando en las elites cristianas y católicas, que quieren ir a la «cosita» pero se olvidan de «lo grande», citó un texto de Charles Péguy:

Porque no tienen el estar en el mundo, ellos creen estar con Dios. Porque no tienen el coraje en comprometerse en las opciones de vida del hombre, creen luchar por Dios. Porque no aman a ninguno, creen amar a Dios.

* * * * *

La actual pandemia del coronavirus, que no respeta fronteras nacionales ni sociales, cuestiona el actual sistema neoliberal que explota a personas y destroza la tierra, pone patas arriba a todo el mundo y demuestra que todos formamos una unidad cósmica y social, todos estamos en la misma barca, la tierra está enferma y no perdona, no podemos seguir con un estilo de vida consumista y con una falsa idea de progreso, nos hemos de salvar todos unidos, no podemos seguir matándonos, ni algunos países enriqueciéndose con fábricas de armamento, ni destruir nuestra casa común, sino que hemos de iniciar un estilo de vida diferente, sencillo y solidario, cuidar de la tierra, porque ecología y sociedad están estrechamente unidas y hemos de escuchar el clamor de la tierra junto con el de los pobres: ecología y pobres no pueden separarse. Lo que parecía imposible e intocable, ahora está en crisis, la humanidad ha de emprender una nueva etapa en su historia.

Ciudades desiertas, familias encerradas con sus hijos en sus casas durante semanas larguísimas, hospitales a punto de colapso, contagios y muertes *in crescendo*, la economía en recesión, angustia ante el futuro, sensación de miedo y pánico. Desde la segunda guerra mundial no se había experimentado una situación tan grave.

Por esto, a las bellas oraciones con las que Francisco concluye *Laudato si'* y *Querida Amazonía*, hay que añadir ahora la oración del papa el 27 de marzo. Francisco solo, en medio de la Plaza de San Pedro totalmente vacía y con lluvia, luego de comentar en su homilía el episodio evangélico de la tempestad calmada y el reproche de Jesús a sus discípulos de que no tengan miedo, sino fe y confianza, pide a Dios que libere a la humanidad de esta pandemia que tantas víctimas produce, sobre todo en los sectores y países más pobres:

Señor bendice al mundo, da salud a los cuerpos y consuela los corazones. Nos pides que no tengamos temor. Pero nuestra fe es débil y tenemos miedo. Mas tú, Señor, no nos abandones a merced de la tormenta. Repite de nuevo «No tengáis miedo» (Mt 28,5) y nosotros, junto con Pedro «descargamos en ti todo nuestro agobio, porque Tú nos cuidas» (1.ª carta de Pedro 5,7).

La pandemia seguramente nos ayudará a tomar conciencia de la dimensión social de la ecología. 

DE LA ECOLOGÍA COMO RELIGIÓN A LA CONVERSIÓN ECOLÓGICA DE LA RELIGIÓN

LUIS FERREIRO

Director de Acontecimiento

Desde que en 1962 Rachel Carson publicara su libro *La primavera silenciosa*, multitudes de personas sensibles han entendido que un gran reto se le presentaba a la humanidad ante lo que se anunciaba como un holocausto de la naturaleza. Ante una perspectiva así, amenazadora para la totalidad de la Tierra y la humanidad, no cabía otra cosa que escuchar un llamamiento a un cambio de rumbo que implicaba una reacción total por parte de la humanidad. Para muchos, esa reacción consistió en el compromiso de toda su existencia para acabar con los desmanes que se estaban cometiendo. Con ello surgió el movimiento ecologista como respuesta integral a la crisis de la naturaleza. El ecologismo estaba dotado de una visión y una voluntad de acción que partía de una actitud existencial marcada por una ética y una estética y, en algunos militantes, también por una religiosidad, que es una dimensión más arraigada de lo que a primera vista pueda parecer, sobre todo, desde el momento en que la praxis ecologista comienza por una especie de conversión y prosigue hacia una meta de salvación.

1. LOS RASGOS RELIGIOSOS DE LA ECOLOGÍA

Pero ¿qué clase de religiosidad podría subyacer a la visión ecologista? Por aquel entonces (1967), un medievista norteamericano, Lynn White, en una famosa conferencia sobre «Las raíces históricas de nuestra crisis ecológica», planteó una tesis muy discutible llamada a tener un gran éxito. Según White: «la tradición judeocristiana, principalmente a través de las sagradas escrituras, sería en gran parte responsable de nuestra crisis ambiental, ya que, al conceptualizar al hombre como un ser superior con respecto a otras criaturas vivientes, posibilita una interpretación antropocéntrica que conduce al despliegue de tecnologías destinadas a dominar la naturaleza». No fue difícil para algunos sacar la conclusión de que una búsqueda religiosa compatible con

la conservación del planeta debía alejarse de las religiones de occidente y pusieron la vista en las de oriente.

Años antes, el conservacionista Aldo Leopold había reclamado una ética de la tierra, comprensiva de todo lo viviente, y cuyo principio fundamental sería: «Una cosa está bien mientras tiende a preservar la integridad, estabilidad y la belleza de la comunidad biótica. Está mal, si tiende a hacer lo contrario». Pero en este principio está ausente cualquier sujeto ético y estético, no se dice para quién es algo bueno o malo ni quien hace el bien o el mal.

En 1979 aparecía un libro de James E. Lovelock, *Gaia, una nueva visión de la vida sobre la tierra*, que presentaba la hipótesis de que la tierra era un sistema autorregulado por su propia vida, lo cual fue derivando hacia la consideración —y la creencia— de que era un organismo vivo, con sus propios fines de autoconservación, de modo que es la misma vida la que gobierna el planeta. La bióloga Lynn Margulis, destacada por su contribución al evolucionismo, apoyó una teoría de Gaia sobre fundamentos microbiológicos.

Con estos y otros hitos se va trazando un camino en el que confluye una visión de la naturaleza como un organismo global y autónomo, que ha sido ilegítimamente sometido a un régimen antropocéntrico del que debe ser liberado. La cuestión clásica sobre el puesto del hombre en el cosmos se replantea bajo acusaciones de un trato abusivo y tiránico. El pecado original está en el hombre, a quien las religiones monoteístas han ensoberbecido. Como consecuencia hay que rechazar la cultura occidental, con sus dualismos recalcitrantes: sujeto/objeto, hombre/animal, hombre/naturaleza, valores naturales/valores humanos, etc. Habría que hacer bajar al hombre de la cima que, por su exacerbado subjetivismo, ha llegado a escalar y desde la cual lo mide todo según sus fines egoístas. Como candidaturas al relevo surgen otros puntos de vista, tales como¹:

1. J. M. G.ª Gómez-Heras. *Teorías de la moralidad. Introducción a la ética comparada*, Madrid, 2003, cap. 10.

1. Una derivación del utilitarismo, guiado por la maximización del placer y la minimización del dolor, establece que el criterio de moralidad es la capacidad de padecer y, por tanto, los animales han de ser sujetos pacientes morales. Sin embargo, esto hace cargar sobre el hombre la obligación de eliminar el dolor. ¿Sólo el que él inflige a los animales o también el que ellos mismos se producen en la despiadada lucha por la vida? De ahí el auge del animalismo actual, guiado por un sentido de la compasión, como también la denuncia de un supremacismo racista de la especie humana sobre otras especies (especeismo).
2. El valor absoluto de la vida, de toda vida, que se presenta como una magnitud suprema, incluso misteriosa y sagrada, digna de respeto, amor y veneración. Incluso la descubre como algo numinoso, perseverante, eterno. Es la corriente que más próxima está a una religiosidad ecológica, con tradiciones milenarias como la del jainismo, o con la actitud vitalista de corrientes filosóficas europeas desde siglo XIX, como también la del ilustre teólogo, músico y médico Albert Schweitzer. Pero resulta que la vida vive de la vida, que la naturaleza incluye la muerte. ¿No es esto inconsistente? La paz mesiánica de Isaías no está dada, el león no pace junto al cordero, al menos todavía no, y si queremos reclamar esa paz habrá que hacerlo a un ser que sea, como mínimo, algo más que un ser natural. Será por tanto otra obligación para el hombre.
3. Por último, en el fisiocentrismo sistemas de pensamiento prestigiosos del pasado, tales como los debidos a los estoicos, a Juan Escoto Eriúgena, Benito Espinoza o F. Schelling, se reencarnan en una visión holista del ecologismo. En ella lo que importa es la naturaleza como totalidad, no son ya los seres vivos particulares los que deben ser respetados, sino el todo viviente (la *fisis* o *natura*), en favor del cual las vidas particulares pueden ser sacrificadas. Y, ante todo, el dualismo hombre-naturaleza debe ser abolido. El hombre es una especie más en función de la autorrealización de la naturaleza en su conjunto. Con ello se exige al hombre una aceptación estoica de la voluntad de la naturaleza, una adaptación a los designios de la naturaleza, una naturalización de su conducta subordinando sus intereses, deseos y aspiraciones a la totalidad viviente. En resumen, el hombre debe decir adiós al hombre y hola a una naturaleza totalitaria.

En todo caso, al final, el planteamiento deja ver que el hombre es el problema o, al menos, que hay un conflicto grave en el que natura y cultura aparecen enfrentadas en su estado actual.

2. LA ECOLOGÍA PROFUNDA

Los intentos de solucionar el problema dieron lugar a un movimiento conciliador que cambiaba algunas cosas, aunque todo continuara igual. La idea básica era la sostenibilidad del desarrollo a la par que una contención de los efectos para la naturaleza. Se reconocían los valores ecológicos, pero se mantenía la supremacía de los valores de utilidad y la finalidad última de servir al hombre.

Ese ecologismo reformista, *light, shallow* (superficial) va a provocar la irritación de otros ecologistas, como el filósofo noruego Arne Naess² (1912-2009), que le opone una concepción profunda de la ecología (*Deep Ecology*). La filosofía de Naess enlaza íntimamente ecología y religión mediante su concepción filosófica de la Naturaleza a la que atribuye vida, actividad y perfección: «La naturaleza concebida por los ecologistas de campo no es la naturaleza pasiva, muerta, moralmente neutra de la ciencia mecanicista, sino que es parecida al *Deus sive Natura* de Spinoza. Es todo-inclusiva, creativa (como la *natura naturans*), infinitamente diversa y viva en el sentido amplio de panpsiquismo, pero también manifiesta una estructura, las llamadas leyes naturales» (Varela, 407).

Para Naess, siguiendo a Espinoza, Dios es causa inmanente de los seres particulares y no separable de ellos. Dios es la Naturaleza y Naturaleza es Dios. Es decir, la Naturaleza integra toda esencia, la divina, la humana y la de los seres no humanos. De este modo ya no hay dualismos válidos, no hay distinción legítima entre sujeto y objeto, espíritu y materia, alma y cuerpo, consciencia e inconsciencia. A esta metafísica le sigue una ética consecuente: «El amor al Dios inmanente es el amor a las expresiones de Dios, no a un Dios separable. Un ser expresa la naturaleza o esencia de Dios; por lo tanto, el amor a Dios no puede ser diferente del amor a tal ser» (Valera, 410).

Estas ideas se aproximan a la religiosidad oriental, tal como declara Naess: «Hay una relación íntima entre algunas formas de budismo y el movimiento de la ecología profunda», especialmente con «los principios de no-violencia, no-lesión y reverencia por la vida». Además, como los fenómenos que aparecen en nuestro

2. Las citas de Naess son de Luca Valera, «La dimensión religiosa de la ecología. La Ecología Profunda como paradigma». *Teología y Vida*, 58/4 (2017), 399-419.

mundo carecen de sustancia, esencia o existencia, la brecha entre el yo y el no-yo, entre naturaleza y humanidad es mera apariencia sobre la que hemos construido una ontología errónea. Aunque Naess no niega la individualidad de los entes y tampoco predica una disolución de los individuos en el todo, sí pretende una unidad ética en la que las diferencias de los seres se difuminan en favor de un «igualitarismo biosférico» que facilite la autorrealización de todos ellos: «Nuestra autorrealización se ve obstaculizada si se impide la autorrealización de los otros, con los que nos identificamos». La generosidad sobreabunda en la propuesta de Naess, que se resume en ocho puntos³:

1. El bienestar y el florecimiento de la vida humana y no-humana en la Tierra tienen un valor intrínseco, con independencia de la utilidad que lo no-humano pueda tener para los propósitos humanos.
2. La riqueza y la diversidad de las formas de vida contribuyen a hacer realidad estos valores y son, por tanto, valores en sí mismos.
3. Los seres humanos no tienen derecho a reducir esta riqueza y diversidad, excepto para satisfacer necesidades humanas vitales.
4. El florecimiento de la vida y cultura humanas es compatible con un descenso sustancial de la población humana. El florecimiento de la vida no humana necesita esta disminución.
5. Actualmente la intervención humana en el mundo no-humano es excesiva, y la situación está empeorando rápidamente.
6. Por esta razón, las políticas deben cambiar. Estas políticas afectan a las estructuras básicas de la economía, la tecnología y la ideología. El estado que resulte será profundamente distinto del presente.
7. El cambio ideológico consiste principalmente en apreciar la calidad de la vida, más que buscar incrementar el estándar de vida. Habrá una toma de conciencia profunda de la diferencia entre lo grande y lo importante.
8. Aquellos que suscriban estos puntos tienen la obligación de intentar realizar, directa o indirectamente, los cambios necesarios.

A partir de este ideario la ecología profunda ha dado lugar a corrientes fundamentalistas de derecha e izquierda, que han modificado algunos puntos en sentido antihumanista. Por ejemplo, en el tercer principio se suprime la excepción y ni siquiera la satisfacción de las necesidades vitales es fundamento de derecho. En el cuarto principio el descenso sustancial de la población humana se vuelve obligatorio, incluso se ponen máximos muy estrictos a alcanzar con métodos severos.

3. EL HOMBRE ES EL NÚCLEO DEL PROBLEMA Y SU SOLUCIÓN

La ecología profunda, al radicalizar la superioridad de los valores de la naturaleza termina haciéndola sagrada (Carlos Díaz se refiere a ella como *ecolatría*). De este modo deriva en una religión de impronta panteísta en la que Dios o la Naturaleza es el Todo consistente y completo que se determina a sí mismo. En realidad, no habría que hacer nada, lo que ocurre tiene su razón de ser en la totalidad y lo coherente sería aceptar el curso de los hechos, aunque sea una fatalidad. Pero la pieza que no encaja es el hombre, al que dirige una acusación y una apelación. El hombre es rebelde y por eso es culpable de los desórdenes de la naturaleza. Infel a la Tierra, él es quien la mancha: su pecado original es contaminar y explotar. Y, por otro lado, se le carga de obligaciones con la Tierra, como al camello de Nietzsche, para que repare las grietas y la cuide: se le pide que sea esclavo de esa Tierra expropiada.

Según esto, con cierto aire budista, la ecología profunda exige contradictoriamente un robusto ego para aniquilar el ego pecador, una voluntad férrea para aniquilar la voluntad, un superávit de libertad para someterse a la Tierra. ¿Cuántos voluntarios puede encontrar para ello? Mirado de forma pragmática, si la religiosidad puede ser un factor que contribuya a la solución de los males de la naturaleza y a su conservación y cuidado, puede que esta vía sea poco eficaz.

4. LA CONVERSIÓN ECOLÓGICA DE LAS RELIGIONES

Se estima que el 85% de la población mundial se confiesa religiosa en el sentido de las religiones tradicionales. Por tanto, en la práctica, si la influencia de estas religiones en el comportamiento humano fuera eficaz su trascendencia para el cuidado de la naturaleza no debería ser despreciada. Para valorar el impacto ambiental de las religiones hay que examinar dos aspectos: a) el sentido espiritual que una religión encuentra en la naturaleza, y b) su potencial orientador de la conducta a través de la transmisión de su sensibilidad para con la naturaleza.

A. Las grandes religiones nacieron en un contexto histórico del cual no formaba parte ninguna crisis ambiental relevante. Aun así, todas contienen un potencial de religación con la naturaleza inherente a su experiencia integral de fe.

Nos contentamos aquí con observarlo en el cristianismo. Más allá de la crítica de Lynn White, hay que

3. Elisa Iglesias. *El Ecologista*, N.º 61, <https://www.ecologistasenaccion.org/20342/ecologia-profunda-2/>

aceptar que la fe cristiana desacralizó la naturaleza. Con ello introdujo una corriente de liberación, de modo que en adelante el hombre no tendría que resignarse a su dictado. Pero el mandato de Génesis 1, 28 —«llenad la tierra y sometedla, dominad...»— no se dirige a un Adán-Prometeo. Hay que leer el segundo relato de la creación (Ge 2, 15) —«y lo colocó en el jardín del Edén para que lo guardara y cultivara»— y ver que Yahveh le manda ser un pacífico jardinero que sabe que «el Señor es bueno con todos, es cariñoso con todas sus criaturas» (Sal 145, 9) y que también él ha de serlo. La desacralización de la naturaleza crea una distancia entre el hombre y las criaturas, que permite hacerlas distinguidas, reconocerles dignidad, como hacía Adán al cuidarlas y darles un nombre.

El cristianismo es esencialmente seguir a Cristo, tener los mismos sentimientos de Jesús, que contempla y se regocija con los lirios del campo y los pájaros del cielo, que no hilan ni trabajan, y nos invita a imitarlos. A esta actitud contemplativa une la invitación a la pobreza y el desprecio de las riquezas: «No atesoréis para vosotros tesoros en la tierra» (Mt 6, 19).

Cristo ha venido a traer la redención de la humanidad, pero su alcance abarca a toda la creación, como explica S. Pablo: «Porque la creación, expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios; en efecto, la creación fue sometida a la frustración, no por su voluntad, sino por aquel que la sometió, con la esperanza de que la creación misma sería liberada de la corrupción... Porque sabemos que hasta hoy toda la creación está gimiendo y sufre dolores de parto» (Ro 8, 19-22). Esta esperanza es la que alienta en san Francisco de Asís, a quien podemos mirar como paradigma de esa manifestación de los hijos de Dios.

Se cumple en san Francisco el deseo de san Pablo, «que Cristo habite por la fe en vuestros corazones, que el amor sea vuestra raíz y vuestro cimiento... Así llegaréis a vuestra plenitud, según la plenitud total de Dios», por eso logra «abarcarse lo ancho, lo largo, lo alto y lo profundo» del amor de Dios a todas sus criaturas (Ef 3, 17-19).

El cántico de las criaturas es un cántico de amor y gozo. Comienza con una obertura de alabanza exultante, gozosa y confiada, «altísimo, omnipotente, buen Señor», con una mirada vertical hacia las alturas, que se pierde en el infinito inalcanzable, porque «ningún hombre es digno de nombrarte», pero el abismo lo salvan las criaturas mismas, a las que Francisco vuelve la mirada para encontrarse en ellas con Dios. El impulso de adoración (latría) se transforma en veneración (dulía).

Es entonces cuando su alabanza desciende y salta alegremente como una cascada torrencial por la escala de la creación. Recorre la jerarquía de los seres, con la cosmología antigua al fondo, y embriagado de gozo por ellos alaba al Altísimo, primero por los cuerpos celestes, perfectos e inmutables, bellos y generosos: el «hermano sol», «la hermana luna y las estrellas». Sigue luego con los seres del mundo subllunar, imperfectos, mutables, corruptibles, dolientes y mortales, compuestos por los cuatro elementos, y por cada uno exclama «*Laudato sí, mi' Signore*» por «el hermano viento y por el aire y la nube», por «la hermana agua, la cual es muy humilde, preciosa y casta», por «el hermano fuego», «por la hermana nuestra madre tierra», para seguir con los hombres, especialmente con los que sufren, los que perdonan y los que trabajan por la paz, y terminar alabando a Dios por «nuestra hermana muerte corporal».

Francisco ve a todas las criaturas situadas a diversas alturas, a distinto nivel ontológico. Entre ellas sobresale el hombre, pero ante la inmensa, la absoluta altura de Dios, las distancias entre las criaturas no son nada, están muy cercanas. Ante el Creador todas tienen en común la condición de ser criaturas llamadas desde la nada a la existencia y ninguna existiría si Dios no las hubiera amado primero. Por eso, Francisco, «lleno aún de mayor piedad al considerar el origen común de todas las cosas, daba a todas las criaturas, por despreciables que fuesen, el dulce nombre de hermanas, pues sabía muy bien que todas tenían con él un mismo principio» (S. Buenaventura)⁴.

El Dios trascendente, por ser el Altísimo, deja espacio para que las criaturas sean, sin ser absorbidas en un todo que todo lo abarca. Él es quien las invita a la fraternidad universal. Y la última expresión de esa fraternidad es Cristo, en quien el Creador se hace criatura.

Así pues, a la genética del cristianismo, desde Adán y Noé, pasando por el Cantar de los Cantares, Isaías y los salmos, por los Padres del desierto y los monjes, por Francisco de Asís y san Juan de la Cruz, hasta los encuentros del Consejo Mundial de las Iglesias y *Laudato sí*, le pertenece el amor a la creación y las criaturas. Ahora bien, ¿cómo desarrollar este espíritu en un programa de defensa y cuidado de la creación? ¿Cómo hacer efectivas estas virtualidades?

B. Los recursos de las religiones para infundir el respeto al medio ambiente y el amor a la naturaleza son abundantes. Les bastaría buscar en sus propias tradiciones para que despertaran sus fuerzas liberadoras y actuaran a través de la praxis de sus fieles. Su potencial de

4. Eloi Leclerc. *El canto de las fuentes*. Acción Cultural Cristiana. Madrid, 1998.

sentido se despliega en múltiples dimensiones, entre las cuales se pueden citar las siguientes⁵:

La actitud profética hace frente a una constelación idolátrica de fines e intereses que agrede a la humanidad y a la tierra, el clamor por la justicia abarca a la totalidad de la biosfera (*Laudato sí'* 16).

El ascetismo promueve una vida que se vive en la austeridad, el desprendimiento, la simplicidad de la vida, frente a la fiebre consumista, el derroche y la acumulación, que llevan a la miseria humana y a la degradación ambiental.

La actitud penitencial, que incluye el arrepentimiento y la reparación del mal causado: «Las tres relaciones vitales se han roto, no solo externamente, sino también dentro de nosotros. Esta ruptura es el pecado. La armonía entre el Creador, la humanidad y todo lo creado fue destruida por haber pretendido ocupar el lugar de Dios, negándonos a reconocernos como criaturas limitadas» (LS 66).

La dimensión sacramental: los seres vivos y los ecosistemas no tienen un mero valor de uso e instrumental, son apreciables «porque poseen un valor intrínseco independiente de ese uso» (LS 140). «El mundo es algo más que un problema a resolver, es un misterio gozoso que contemplamos con jubilosa alabanza» (LS 12). Por eso, «la creación no es simple naturaleza, es obra de Dios dotada de dignidad». La mirada sacramental descubre una gracia invisible y «reconoce una dimensión sagrada en la creación, pero sin llegar a divinizarla».

El sentido soteriológico procura «sanar el desorden personal y comunitario en la relación con Dios, con el otro, con la creación y con uno mismo». Por eso, hay que ir a las raíces, pues «si la crisis ecológica es una eclosión o una manifestación externa de la crisis ética, cultural y espiritual de la modernidad, no podemos pretender sanar nuestra relación con la naturaleza y el ambiente sin sanar todas las relaciones básicas del ser humano» (LS 119).

La vivencia mística es muy importante desde el momento en que «el místico experimenta la íntima conexión que hay entre Dios y todos los seres» (LS 234).

La dimensión comunitaria, tan difícil de vivir hoy, no sólo tiende a unir a los seres humanos, va más allá, hacia una comunidad cósmica: «creados por el mismo Padre, todos los seres del universo estamos unidos por lazos invisibles y conformamos una especie de familia universal, una sublime comunión» (LS 89), lo que lleva a la consideración de un «bien común cósmico».

La dimensión sapiencial corona todos los saberes y rectifica una cultura en la que el saber técnico impera en todos los terrenos, apoyado en su eficacia, a pesar de ser causante de una fragmentación y especialización del conocimiento que se refleja en una pérdida de sentido de la vida y del mundo.

En conclusión, ¿por qué con toda esta riqueza es posible que el mundo esté tan herido? Es necesario admitir la realidad del pecado.

Un indígena del Amazonas preguntaba a un misionero: «¿padre, por qué los cristianos roban?». El misionero respondía: «no, eso lo hacen los malos cristianos». Después le preguntó si los cristianos pegan o engañan a sus mujeres, a lo que el misionero volvió a responder que los que hacían eso eran los malos cristianos. Después de varias preguntas y respuestas parecidas, el indígena se marchó, pero de repente se paró pensando en los cristianos que conocía, y cayó en la cuenta de que le quedaba una duda, volvió sobre sus pasos y le preguntó ingenuamente al misionero: «padre, ¿todos los cristianos son malos cristianos?».

Ese es el drama del cristianismo, la baja calidad del cristianismo practicado por los cristianos. Es el drama de toda religión. Y puede ser el drama de cualquier doctrina, quizás también del ecologismo. Pero ese drama del pecado no debe disuadirnos de seguir luchando. 

5. Jaime Tatay, *Creer en la sostenibilidad. Las religiones ante el reto medioambiental*, Cuadernos Cristianismo y Justicia, 2019. Seguimos este texto, que puede descargarse en: <https://www.cristianismeijusticia.net/es/>

ECOLOGÍA HUMANA, ECOLOGÍA INTEGRAL

La propuesta de la Iglesia católica

GONZALO TEJERINA ARIAS

Facultad de Teología de Salamanca

UN POQUITO MÁS DE HERMENÉUTICA

El lector interesado en la problemática no ignorará el reproche severo dirigido años atrás a la fe cristiana como muy responsable del desequilibrio ecológico. El asunto es que la revelación judeo-cristiana habría enseñado que es voluntad expresa de Dios que el hombre explote la naturaleza en provecho suyo. El «dominad la tierra» de Gen 1, 28 habría alentado una dinámica imparable de dominio de la naturaleza, de modo que esta doctrina bíblica de la creación es muy responsable del desastre actual. Dominio confirmado por la idea de que el hombre está hecho a imagen del Creador, lo que le ha otorgado licencia para abusar de un mundo en el que reina en nombre de Dios. Según algunos ecólogos radicales, la ciencia y la técnica moderna, nacidas en el Occidente cristiano, ostentan la arrogancia cristiana y para salir de la crisis no se puede contar con las Iglesias cristianas, habiendo contribuido de forma decisiva al daño. Lo oportuno es volver los ojos a otras espiritualidades, especialmente orientales, de talante más contemplativo, que promueven una visión panteizante de la realidad y neutralizan la dura dualidad hombre-naturaleza de la civilización cristiana, reintegrando al hombre al seno materno de aquella.

Un análisis un poquito menos superficial podría llegar a una conclusión bien distinta. Pues si la crisis ecológica en gran medida procede del modelo occidental de desarrollo, en realidad en este aspecto bien poco cristiano ha sido dicho modelo, justamente por haber propiciado esa crisis, porque a poco que se asuma la sustancia de la revelación bíblica las cosas hubieran sido de otro modo. Es cierto el mandato bíblico de dominio del hombre sobre la creación, que tiene otras formulaciones de alguna audacia, como la del salmo 8, 7, donde el orante proclama ante Dios mismo los poderes del hombre recibidos de Él: «Le diste dominio sobre la obra de sus manos / todo lo pusiste bajo sus pies».

Pero la más elemental hermenéutica exige situar estas expresiones dentro del entero pensamiento bíblico

que de ningún modo alienta el dominio despótico sobre la naturaleza que ha llevado a la actual crisis. La Escritura judeo-cristiana no cederá un ápice en la proclamación de la neta superioridad del hombre sobre la naturaleza, lo cual se ha de computar como grandísima aportación a la Humanidad. Pero esta afirmación de la superioridad del hombre no implica negar valor y significado a los demás seres, al contrario. Justamente la doctrina bíblica sobre el mundo como creación libre de Dios confiere la mayor dignidad a toda criatura, que existe porque así fue querida y por eso creada por Dios. Y el hombre, según la misma doctrina, en su superioridad, no deja de ser criatura. Justamente la desaparición de Dios del horizonte de comprensión podría facilitar que en su superioridad inconcusa el hombre quede como única norma de toda la realidad que permita el expolio de la naturaleza considerando que es su único amo. Por eso, el carácter cristiano de la civilización occidental, epicentro del desequilibrio ecológico, en este asunto es más que discutible. Los grandes gestores de la actividad industrial, comercial, científica, urbanística, etc. de Occidente desde la primera revolución industrial, no estaban mayormente compenetrados con las perspectivas bíblicas.

PRIMERAS TOMAS DE POSICIÓN

La jerarquía eclesial advirtió hace muchos años del grave desequilibrio ecológico, en una posición clara que, sin embargo, ha tardado en calar en la conciencia de muchos católicos. Y esto, a pesar de que también la reflexión teológica desde hace décadas abordara la crisis ecológica como tema importante en el pensamiento de la fe. Con lo cual resulta sumamente penoso que aún hoy, en gentes de identidad creyente bastante definida en otros aspectos, se sigan viendo actitudes escépticas, cuando no irónicas, hacia la ecología.

Haciendo memoria de la enseñanza oficial de la Iglesia, recordemos la afirmación, en el ya lejano 1970, del

papa Pablo VI en un discurso dirigido a la Conferencia de la FAO en el que con suma claridad hablaba de una posible catástrofe ecológica bajo el efecto de la exposición de la civilización industrial, afirmando la «urgencia y necesidad de un cambio radical en el comportamiento de la humanidad» porque el desarrollo económico debe ser acompañado de un auténtico progreso social. El papa Montini hacía ya presente un elemento fundamental de la posición cristiana que es la decisiva dimensión moral desde la cual hay que abordar un cambio que sin miramientos se califica de radical. En este estudio continuaré presentando algunas posiciones fundamentales desarrolladas por el magisterio pontificio.

DEFINICIÓN DE LA PROPUESTA: ECOLOGÍA HUMANA

En primer término, el concepto de ecología humana. En la encíclica de Juan Pablo II *Sollicitudo rei socialis* (1987), la problemática ecológica aparece desde distintas perspectivas. Un correcto desarrollo, con su carácter moral, no puede prescindir del respeto por los seres que forman la naturaleza por tres consideraciones. La primera, la conciencia de que no se puede utilizar impunemente los seres animados o inanimados como mejor apetezca o según puras exigencias económicas, porque es preciso tener en cuenta la naturaleza de cada ser y *su mutua conexión* en un sistema ordenado. Esta afirmación de la interconexión de todos los seres será siempre un elemento notable en la propuesta de la Iglesia. Segunda consideración, la creciente limitación de los recursos naturales, por lo cual, un uso absoluto de los mismos pondrá en peligro su disponibilidad para los hombres de hoy y de mañana. En tercer lugar, hay un tipo de desarrollo que pone en riesgo la calidad de vida en zonas industriales por la grave contaminación que atenta contra la salud. En definitiva, el desarrollo debe respetar unas normas morales, entre ellas el límite al uso de la naturaleza. Dios no ha concedido al hombre un poder absoluto, «ante la naturaleza visible estamos sometidos a leyes no sólo biológicas sino también morales, cuya transgresión no queda impune» (n.º 34).

El mismo papa en *Centessimus annus* (1991) reiteraba lo preocupante del problema ecológico, vinculado al del consumismo, pues el hombre impulsado por el deseo de tener y gozar consume los recursos de la tierra «y su misma vida» (n.º 37). La encíclica plantea una denuncia muy radical cuando habla del «error antropológico» en este tiempo que está en el origen de la insensata destrucción del ambiente natural: el hombre se cree capaz de crear el mundo con su trabajo, olvidando que su labor se desarrolla sobre la base originaria de la

donación del mundo creado por parte de Dios. El n.º 38 introducía una posición básica en la DSI, la noción de una «ecología humana», es decir, el cuidado del hombre mismo: No basta atender a la irracional destrucción del medio ambiente sin esforzarse por salvaguardar las condiciones morales de una auténtica ecología humana. Si la tierra es don de Dios, los hombres deben usarla según la intención originaria, mas también «el hombre es para sí mismo un don de Dios» y por tanto debe respetar la estructura natural y moral de que ha sido dotado. El hombre posee también una dimensión natural que merece respeto y cuidado.

CUIDAR EL DON DE DIOS

El papa Benedicto prosiguió con gran empeño la enseñanza en torno al problema ecológico, en especial en la encíclica *Caritas in veritate* sobre el desarrollo, que concierne de manera unitaria a la persona en todas sus dimensiones. Su estudio sobre la cuestión ecológica fue el pronunciamiento pontificio de mayor envergadura hasta entonces asumiendo el concepto «ecología humana» que introdujo Juan Pablo II.

Hay una primera afirmación verdaderamente capital (n.º 48): el medio natural es don de Dios para todos, lo que exige un uso de la mayor responsabilidad para con los pobres, las generaciones futuras y toda la humanidad. El primer término de ese enunciado, que la naturaleza es amorosa creación de Dios, es el dato teológico primario que tiene grandes repercusiones y cuando se ignora el dato de la creación y se considera la naturaleza y al mismo ser humano como fruto del azar o de un ciego determinismo evolutivo, inevitablemente disminuye el sentido de la responsabilidad en las conciencias. Si se desvanece esta visión religiosa se acaba por considerar la naturaleza como un tabú intocable o como carente de sentido propio y absolutamente manipulable. Según la fe cristiana, la naturaleza en cuanto proveniente de un proyecto divino de amor y de verdad, está a nuestra disposición, pero no como un «montón de desechos esparcidos al azar» sino como un don del Creador que ha diseñado sus estructuras intrínsecas para que el hombre descubra las orientaciones que se deben seguir para «guardarla y cultivarla» (cf. Gn 2,15). Es decir, los dinamismos más profundos de la naturaleza revelan una verdad normativa que hay que acatar.

Que se reconozca una verdad y un valor internos en la naturaleza no significa absolutizarla. Considerar la naturaleza más importante que el ser humano conduce a actitudes neopaganas o de nuevo panteísmo, y sería contrario a un desarrollo verdadero humano. Al tiempo, se refuta la posición opuesta que mira a la completa

tecnificación de la naturaleza, entendida solo como materia disponible, sin reconocer su sentido inmanente. Reducir la naturaleza a un conjunto de datos fácticos acaba siendo fuente de violencia porque al final se provocan conductas que no respetan la naturaleza del hombre mismo. Vuelve el concepto de «ecología humana» porque la naturaleza humana, compuesta de materia y de espíritu, es rica de significados y fines trascendentes y tiene un carácter normativo para la cultura. Esta es orientada por la libertad responsable, atenta a los dictámenes de la ley moral y teniendo en cuenta los significados internos de su propia naturaleza humana.

Sobre la citada interpretación teológica de la naturaleza, Benedicto XVI descendía a la consideración de problemas particulares. Como el mal uso de los recursos energéticos (n.º 49). Hay que advertir que la denuncia que se formula se refiere al reparto humanamente injusto de tales recursos, no a su posible agotamiento o a sus efectos contaminantes. *Caritas in veritate* plantea aquí más un problema de justicia social que de abuso de la naturaleza, como corresponde al enfoque de una ecología integral —sin mencionar el término— no ceñida en exclusiva a los problemas del entorno físico. No es disociable el desequilibrio en el medio natural de las situaciones de grave injusticia social y una sana ecología incluye también la necesidad de un reparto socialmente justo de los recursos naturales. En concreto, Benedicto denuncia el acaparamiento por parte de algunos Estados, grupos de poder y empresas, de las fuentes de energía no renovables, lo cual es un grave obstáculo para el desarrollo de los países pobres. Constituye, pues, una *urgente necesidad moral una solidaridad renovada*, especialmente entre países en vías de desarrollo y los altamente industrializados. En una posición audaz, el papa afirma que los últimos bien pueden disminuir su gasto energético, porque se pueden beneficiar de la evolución tecnológica, o bien por la mayor sensibilidad ecológica de la ciudadanía. Es necesaria la solidaridad que implica siempre generosidad, el marco de la lógica del don que tiene en la encíclica una presencia muy notable.

ÍNDOLE MORAL DE LA ECOLOGÍA. ECOLOGÍA HUMANA HACIA ECOLOGÍA INTEGRAL

La encíclica de Benedicto expone la condición moral de la ecología (n.º 51) asentando una convicción de fondo: *El modo en que el hombre trata el ambiente influye en la manera en que se trata a sí mismo, y viceversa*. No cabe pensar en actitudes estancas ante la naturaleza y ante lo humano, empezando por el propio yo. Hay una radical actitud ética de la cual procede la

tutela de lo humano y la tutela del medio natural; tan necesario es el humanismo como la ecología, y si solo se cultivara uno de ellos sería un cultivo insuficiente para el mismo elemento cultivado que es indisociable del otro. Queda perfectamente descrito lo que es una ecología integral. La sociedad actual debe revisar su modo de vivir que en muchos lugares tiende al hedonismo y al consumismo, con despreocupación por los daños que se derivan en el medio. En esa interdependencia entre lo humano y lo natural, todo menoscabo de la solidaridad y del civismo produce daños ambientales y a su vez la degradación ambiental provoca insatisfacción en las relaciones sociales. La naturaleza, especialmente en nuestra época, está tan integrada en la dinámica socio-cultural que prácticamente ya no es independiente. Es evidente el efecto devastador de la guerra sobre el medio arruinando tantos recursos naturales; el valor opuesto, la paz, permite una mayor salvaguardia de la naturaleza.

No siendo separable el cuidado de lo humano del cuidado de la naturaleza según el paradigma de ecología humana que propone la enseñanza eclesial, luchar contra la crisis ecológica supone también promover lo humano, luchar contra la autodestrucción del hombre. Dos aspectos distintos pero unidos: el respeto y el cultivo de los elementos estructurales de la naturaleza humana que ha sido conferida por el Creador, y el conjunto de aspectos concretos del entorno que en justa relación con esas estructuras de la naturaleza humana favorecen el recto desarrollo de las personas (n.º 51). Porque la degradación de la naturaleza está estrechamente unida a la de la cultura y la convivencia humana, y si se cultiva la «ecología humana» en la vida de la sociedad, se beneficia entonces la ecología ambiental. Un proyecto ecológico verdadero «abarca tanto la sana convivencia social como la buena relación con la naturaleza». Cuando se respeta esta «ecología humana» en la sociedad, entendida como un orden justo en las cosas humanas, entonces la ecología ambiental se beneficia. Ambas ecologías están íntimamente unidas y proceden de una misma raíz ética. Abundando en la raíz ética de esta ecología global o unitaria, *Caritas in veritate* descartaba soluciones parciales que no son válidas. Para salvaguardar la naturaleza no bastan incentivos económicos, ni basta siquiera una instrucción adecuada. La instrucción y los incentivos económicos son instrumentos importantes, pero *el problema decisivo es el rigor, el temple moral global de la sociedad*, que como global afecta a todo.

LAUDATO SI', ECOLOGÍA INTEGRAL

La encíclica del papa Francisco (2015) es el fruto maduro del magisterio de la Iglesia sobre el asunto y consagra el concepto de ecología integral pergeñado por papas anteriores. «Ecología integral» no es una propuesta concreta, es toda una opción de fondo de la encíclica como revela la inicial descripción de los factores del desequilibrio ecológico, donde con la contaminación, el cambio climático, el problema del agua, se cita la degradación de los entornos vitales humanos y la inequidad planetaria por mor de la interacción entre desequilibrio ecológico e injusticia social. Degradación ambiental y degradación humana y ética están íntimamente unidas.

La encíclica reitera el dato de la creación como fundamento de la propuesta cristiana. La Escritura muestra un mundo creado bella y amorosamente por Dios, cuyas criaturas no son objetos sometidos al arbitrario dominio del hombre, y que la naturaleza es vista únicamente como objeto de provecho tiene serias consecuencias para la sociedad. El conjunto del universo, con sus múltiples relaciones, es la interdependencia de las criaturas querida por Dios. Un sentimiento de íntima unión con todos los seres no puede no provocar ternura en el corazón y «todo planteo ecológico debe incorporar una perspectiva social que tenga en cuenta los derechos fundamentales de los más postergados» (n.º 93). Profundizando en la raíz humana de la crisis ecológica denuncia lo que denomina paradigma tecnocrático y el exacerbado antropocentrismo moderno, próximo al «error antropológico» ya visto. La ciencia y la técnica contemporánea han conferido un enorme poder al hombre, desarrollo que no ha estado acompañado de otro de su responsabilidad moral. Se ha asumido el desarrollo tecnológico con un paradigma unidimensional, lo que interesa es extraer todo lo posible de las cosas, ignorando la realidad misma. La pobreza del mundo no se resolverá con el crecimiento del mercado, Francisco sostiene que el mercado por sí mismo no garantiza el desarrollo humano integral. En este panorama, una cultura ecológica debería ofrecer resistencia al paradigma tecnocrático; de hecho, es posible reorientar la técnica y ponerla al servicio de otro tipo de progreso más sano e integral (n.º 114). El antropocentrismo moderno en su desmesura daña la dimensión común y los lazos sociales. Si el hombre se considera autónomo y dominador absoluto de la realidad, la misma base de su existencia se desmorona, por lo cual, en una sentencia firme, Francisco escribe que «no habrá una nueva

relación con la naturaleza sin una adecuada antropología» (n.º 118). La crisis ecológica es una eclosión de la crisis ética y espiritual de la Modernidad y no podemos sanar las relaciones con la naturaleza sin sanar las relaciones básicas del ser humano.

COMPRENSIÓN UNITARIA: TODO ES INTERDEPENDIENTE

En la encíclica hay un factor, el principio de la gracia, que siendo realmente radical no podemos considerar, y con él la interdependencia señalada y que está unido al anterior: todo es interdependiente porque el don que es el mundo ha sido formado por Dios en esta conexión ontológica. Que la realidad forma una unidad es el último factor de inspiración de la ecología integral. «Todo está conectado» (n.º 138) y la naturaleza no es algo separado de nosotros, como un mero marco exterior, de modo que, si un lugar se contamina, hay que ver el funcionamiento de la sociedad, su economía, las conductas. No hay dos crisis separadas, la ambiental y la social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental.

Dada esta interrelación general y desde la necesaria ecología integral, Francisco señala parcelas más concretas de ésta, como una «ecología económica», porque la protección del medio ambiente debe estar presente en el desarrollo económico. Se hace necesario un humanismo que convoque a los diversos saberes a una visión de la realidad integradora. Igualmente, es necesaria una «ecología cultural» que cuide las riquezas culturales de la humanidad y en concreto de las culturas locales que pueden salvaguardar su entorno natural. Dado que el auténtico desarrollo requiere una mejora integral en la calidad de la vida, es preciso cuidar el espacio en el que viven las personas, —casa, barrio, lugar de trabajo—, lo que se denomina «ecología de la vida cotidiana». Hay que considerar la relación con la ley moral escrita en la propia naturaleza, existe una «ecología del hombre», porque también el hombre tiene una naturaleza que no debe manipular a su antojo; el propio cuerpo debe ser aceptado como don de Dios. Esta ecología humana es inseparable del bien común, que cumple un rol unificador en la ética social y que presupone el respeto a la persona humana, con derechos inalienables en orden a su desarrollo integral. Las predicciones catastróficas a propósito de la crisis ecológica ya no pueden ser miradas con desprecio. A las próximas generaciones podríamos dejarles demasiados escombros, desierto y suciedad. 